



EL HIJO DEL DESIERTO

POEMA DRAMÁTICO EN CINCO ACTOS

ACTO SEGUNDO.

(Un bosque en Cévennes. Una arboleda espesa en la que hay un sitio un poco despejado, desde el cual se descubren unas montañas pedregosas. En el fondo, á la izquierda, hay una hoguera medio apagada, sobre la que está un caldero. Varios Tectosagos, envueltos en sus pieles de carnero, duermen alrededor del fuego; á su lado, lanzas, cascos, escudos, copas y cacharos esparcidos por el suelo. Detrás, completamente en el fondo, varias tiendas de campaña cubiertas de pieles de animales. En primer término, y á la derecha, Ambivar, Novio y Trinobante jugando á los dados sentados en torno de una piedra. A la izquierda, y en medio de la escena, duerme Ingomar bajo un árbol, en cuyo tronco están colgados su escudo y su espada. Myron está sentado en el suelo á algunos pasos de él.)

AMBIVAR.—Un punto más. ¡Yo he ganado!

TRINOBANTE.—¡Diantre! Esto sí que se llama tener suerte.

NOVIO.—¡Ahora me toca á mí!

AMBIVAR.—¿Qué juegas tú?

NOVIO.—Juego mi potro negro. Ya le conoces tú; tiene dos años y es ligero como el viento. ¿Se admite?

AMBIVAR.—Juego dos carneros cebados. (*Tiran los dados.*)

MYRON.—Todo esto me parece un cuento. Primero, han devorado como lobos su grosera comida, luego se han llenado de aguamiel y ahora hacen sonar los dados..... Los otros, completamente borrachos, están tendidos por tierra, y un sueño de plomo pesa sobre sus párpados. ¡Y yo esclavo de esos bárbaros, de esos brutos! ¡Yo que era aún ayer ciudadano de Masalia, libre, y hoy.....

INGOMAR (*soñando y con movimientos nerviosos*).—¡Sus!
¡Perseguidles!

NOVIO.—¡Esclavo, dame aguamiel! ¡Aguamiel!

AMBIVAR (*tirando los dados*).—¡Mirad! ¡El potro es mio!

TRINOBANTE.—¡Diez puntos!

NOVIO.—¡Rayos y centellas!

MYRON (*aparte*).—Todo lo que tengo no bastará para comprar mi libertad, y además tengo ya tantos años..... ¡Si fuese jóven tomaria ánimos, trataria de escaparme; pero para mí no hay salvacion posible!

NOVIO (*á Myron, amenazándole con el puño*).—Dame aguamiel, esclavo, ó te corto tus tupidas orejas!

MYRON (*cogiendo precipitadamente un cántaro y llevándolo á Novio*).—¡Aquí está el aguamiel!

AMBIVAR.—¡Bueno! ¿Y tú qué juegas, Trinobante?

TRINOBANTE.—Mi brazal que tengo aquí.

AMBIVAR.—Y yo pongo un tahalí. ¿Se acepta esto?

TRINOBANTE.—Aceptado.

MYRON (*alejándose con el cántaro*).—¡Oh! ¡Si esto fuese veneno, con qué gusto os lo serviria! ¡Y sin esperanza alguna!... Sin embargo, mis amigos Polydoro, Adrasto, Amyntas, Epenor, piensan seguramente en mí, y me libertarán. ¡Oh, dioses! ¡Que no vea yo desvanecida esta esperanza; volvedme al seno de mi familia y que pueda morir en la tierra de mis padres!

INGOMAR (*hablando siempre en sueños*).—¡Sus! ¡Sus! ¡Matar!
¡Matar! (*Se despierta.*) ¡Ah! No era más que un sueño. ¡Qué lástima! El combate habia concluido y habiamos ganado el dia. ¡Cómo corrian!.... ¡Cuántos prisioneros! ¡Y qué botin!
¡Y sólo era un sueño! ¿Dónde estará Alastor?

TRINOBANTE.—¡Perdido!.... Vamos, basta por hoy.

AMBIVAR.—Otra vez nada más.

TRINOBANTE.—Otro dia será. (*Se levanta y se acerca á Ingomar.*)

AMBIVAR.—¿Y tú, Novio? Yo juego mi última parte del botin: esa mujer alóbreaga.

NOVIO.—Y yo esta daga que cogí á ese esclavo.

MYRON (*aparte*).—¡Mi daga! ¡Juegan mi magnífica daga!

Nunca creí dárla tan barata. ¡Oh, cuánto más me agradaría ver su acero en sus corazones!

INGOMAR (*que se ha levantado, y acercándose á Samo*).— ¡Samo! ¡Levántate! ¡Levántate!

TRINOBANTE (*adelantándose también*).— ¡En pié! (*Sacudiéndole.*) Sólo los muertos duermen así.

SAMO (*borracho y sin poder abrir apenas los ojos*).— ¿Es hora ya de comer?

INGOMAR.— No; pero es hora de recoger los rebaños que hemos cogido. Frótate los ojos y sacude el sueño.

AMBIVAR (*mientras los Tectosagos, despertándose poco á poco, se alejan por el fondo de la escena*).— Mi golpe ha sido mejor.

NOVIO (*levantándose súbitamente*).— ¡No, que ha sido el mio!

AMBIVAR.— ¡Mientes!

NOVIO (*agarrándole por el cuello*).— ¡Ah! ¡Perro! ¿Conque haces trampas?

AMBIVAR (*blandiendo su hacha*).— ¡Perro!..... ¡Pues estos muerden!

MYRON (*aparte*).— ¡Muy bien! Mataos, estrangulaos y devoraos como arañas rabiosas.

INGOMAR (*volviendo al proscenio*).— ¿Qué es esto?.....

NOVIO (*luchando con Ambivar*).— ¡Avaro! ¡Asesino!

INGOMAR (*separándolos por la fuerza*).— ¡Ya os he dicho que quiero la paz!

NOVIO.— ¿Quién se atreve?....

INGOMAR.— Yo, vuestro jefe, el elegido por vosotros..... ¡Haya, pues, paz entre vosotros; yo lo mando!

NOVIO.— ¡Dejadme pasar!

AMBIVAR (*blandiendo el hacha*).— ¡La sangre de tu corazón ó la suya!

INGOMAR (*con aire amenazador*).— ¡Atrás!.... ¡Si dais un paso más os mando á la eternidad! (*Novio retrocede y Ambivar baja el hacha.*) Por última vez os lo digo. Alejaos; tú, Novio, sube al peñasco á ver si viene Alastor, y tú coge el hacha y véte á cortar leña en el bosque para la comida de esta noche. ¡Idos, repito!

AMBIVAR (*murmurando aparte y entre sí*).— Bueno, ya lle-

gará el día en que yo..... ¡Bueno! (*Ambivar sale por la derecha y Novio por la izquierda.*)

INGOMAR.—¡Atreverse á mí! ¡Por los rayos del cielo!.... Pero me río de vosotros, fanfarrones, y si no viene otro más fuerte que vosotros dos, la hora en que he de ser domado está aún muy léjos. Pero, ¿qué es lo que yo queria?.... ¡Ah! Sí, sí, queria beber. Esclavo, dáme aguamiel..... (*Despues de haber bebido en el cántaro que le trajo Myron.*) ¡Ah! ¡Esto sí que es un buen trago! ¡Y lo que refresca!.... (*Extendiéndose sobre la piedra donde se habia jugado á los dados.*) Y ahora cuéntame algo, esclavo, para que me hagas más corto el tiempo.

MYRON.—¿Yo?

INGOMAR.—Díme primero cómo te llamas.

MYRON.—Myron, señor.

INGOMAR (*imitándole en son de burla*).—Myron, señor..... Este hombre lloriquea como un pichoncito en su nido; tiene la cara tan afligida que parece que acaba de comer un agrajejo. Vamos, díme: ¿te habrán acaso azotado mientras yo dormia?

MYRON (*espantado*).—¡Azotarme!....

INGOMAR.—¿Te han pegado?

MYRON.—No, señor.

INGOMAR.—¡Por todos los dioses! ¡Díme qué tienes para lloriquear así, viejo enfermo! Aquí podrás comer y beber cuanto quieras; por la noche tendrás un buen lecho sobre el musgo, y cuando estemos en nuestra tierra te construiremos una fragua, en la que trabajarás como lo has hecho hasta ahora.

MYRON.—¿Y no cuentas en nada la pérdida de mi libertad?

INGOMAR.—¿Cómo de tu libertad? Me haces reir..... ¿Qué te falta libertad? No gozabas de más cuando te hemos cogido. La edad te habia puesto ya su yugo. ¡Sólo la juventud es fuerte y solo la fuerza es libre!

MYRON.—Y si, como tú mismo dices, la vejez paraliza mis fuerzas, ¿quién cuidará de mí entre vosotros?

INGOMAR.—¿Cuidar de tí? ¿Hay por ventura alguna yerba contra la vejez? Nosotros sabemos curar mucho mejor esta enfermedad..... Cuando nos sentimos ya viejos y cascados,

nos vamos al bosque con provisiones para tres dias, nos acostamos en el musgo bajo un árbol y pasados los tres dias nos vamos con los dioses.

MYRON.—¿Y vosotros consentis esto?...., ¿No lo impedís?.... ¿Es decir, que el hijo deja al padre?....

INGOMAR.—Morir. ¿Y por qué no? Habiéndole llegado la hora, ¿por qué habia de vivir siendo un tormento para sí mismo y una carga para los suyos? La fuerza es el elemento de la vida, y desde el momento en que desaparece, la vida es lo que una daga sin hoja, lo que un arco sin flecha, y la arrojamos léjos de nosotros.

MYRON.—¡En el bosque, despues de tres dias! ¡Es horrible!.. Es decir, que si me faltasen las fuerzas, tendria yo.....

INGOMAR.—Tú no, porque eres un esclavo. Tu suerte depende del que te obtenga como parte del botin. Puede tambien suceder que la suerte te designe á los dioses, y entónces en medio del círculo de piedras sagradas te herirá el hacha...

MYRON.—¡El hacha!.... ¡Desgraciado de mí!.... ¡El hacha de los sacrificios! ¡Me parece que siento ya el acero en mi cuello!

INGOMAR.—Diríase al oírle que al desaparecer de la tierra el mundo dejará de existir.

MYRON.—¡Ah! ¡Protegedme, dioses misericordiosos de mi pátria!.... ¡Oh, Masalia, qué desgraciado soy por haber traspasado tus límites!

INGOMAR.—Cállate, y sé cobarde para tí solo; pero no aturdas mis oídos con tus quejas.

MYRON (*retrocediendo*).—Bueno..... muy bien..... ya me callo.

INGOMAR (*aparte*).—Puede ser que en el pueblo de este haya hombres, pero él no lo es. (*Alto.*) ¡Esclavo!....

MYRON.—¿Señor?

INGOMAR.—Tranquilízate y no temas nada. La suerte no caerá sobre tí, y con tal que nos fabriques buenas dagas, que sirvas como debes y que vivas como nosotros vivimos, te encontrarás bien á tu gusto.

MYRON.—¿Yo encontrarme á gusto con vosotros?

INGOMAR.—¡Qué loco eres! Tú, que tanto amas la vida; tú,

que invocas la libertad, no la conoces. La libertad existe entre nosotros bajo el cielo hermoso, en los bosques, y alienta en las montañas! Y en cuanto á la vida..... ¿Vivís acaso vosotros? Nosotros sí sabemos lo que es vivir; tan pronto aquí, luego en otra parte, y en nuestro país sin penas en el presente y sin pensar en el porvenir..... Cazas, festines, combates y peligros; á esto es lo que yo llamo vivir! Esto si es una dicha que hincha las venas y dá alientos; pero vosotros, con vuestros muros conoceis solo la vida como si fuera un duelo eterno.

MYRON.—Yo he nacido allí, señor. Allí reinan la ley, la justicia y el orden. Luego yo poseo..... yo poseia, quise decir, los bienes más preciosos: una esposa fiel y una hija idolatrada.....

INGOMAR.—¡Ahora lloras por mujeres! ¡Aparta de mi presencia! ¿Eres acaso tambien una mujer? ¿Qué son, pues, las mujeres? Séres vanos y voluptuosos nacidos para procrear y servir. Apenas formadas, os acosan con miradas provocativas. Se agrupan en torno del hogar y crian los hijos. Se perfuman los cabellos y se miran en el arroyo..... Si yo fuese un dios que tuviese que crear un mundo, no haria ni una sola mujer. Nosotros usamos de las mujeres como de un baño cuando hace calor, ¡y tú lloras por mujeres! Vamos, sal de mi presencia.

MYRON.—Señor, te alteras. Sin embargo, si hubieses sido libre ayer y hoy pobre esclavo.....

INGOMAR.—¡Yo esclavo! ¡Nunca lo seré! (*Se oye á lo léjos el sonido de una trompa*).—¡Silencio! Es el cuerno de Alastor; son ellos que llegan. (*A Novio que aparece por el fondo*).—¿Dime, son ellos los que llegan?

NOVIO.—Sí, ya suben por el barranco; Alastor los precede, ya sube la montaña, ya llega. (*Alastor aparece por el fondo de la escena y luego uno á uno Samo, Trinobante, Ambivar y otros Tectosagos.*)

ALASTOR.—Sí; héme ya aquí; pero mejor me valdria no haber salido, pues vengo con las manos vacías.

INGOMAR.—¿Es cierto lo que dices? ¿Y esos hermosos rebaños que los de Avenio mandan todos los años á pacer en las montañas?.....

ALASTOR.—No he visto señal de ellos.

INGOMAR.—En fin, lo mismo dá. ¿Y qué es lo que traes?

ALASTOR.—Nada..... Aunque sí traigo un lindo capullo de mujer.

NOVIO.—¡Una mujer!

INGOMAR.—¡Una mujer! ¡Pues mira que es cosa que vale la pena!

AMBIVAR.—¿Y de dónde has sacado tú esa presa?

ALASTOR.—Ella misma se nos ha venido á las manos. Estaban los nuestros acechando en la espesura, cuando oímos ruido de pasos y de voces. Avanzaba ella por medio del sendero bajo los ardores del sol, cuando nos presentamos repentinamente. El niño que la guiaba huyó; pero ella, separando nuestras manos que la apresaban: «Deteneos, dijo, yo os busco. ¿Sois los Tectosagos?»

TRINOBANTE.—¿Qué dices? La chica.....

NOVIO.—¿Y vosotros qué digisteis?

ALASTOR.—Nos echamos á reir. «Si es á nosotros á quien buscas, le digimos, ya nos has encontrado, es decir, ya nos perteneces.» Pero ella, roja de cólera, librándose de nuestras manos: «No, dijo, yo no os pertenezco. Traigo el rescate para uno de vuestros esclavos, y este es un salvo conducto.»

MYRON (*aparte*).—El rescate..... para un esclavo.....

INGOMAR.—Si es que trae el rescate, tiene razon en lo que dice: es libre.

ALASTOR.—Al fin consentimos en conducirla ante Ingo-mar, nuestro jefe. Nos sigue, ó mejor dicho, se nos adelantó con planta ligera, y nosotros la seguimos.

TRINOBANTE.—¡Ah! Lo que es esa, sí tiene valor en su pecho.

INGOMAR.—¿Y de cuál esclavo trae el rescate?

ALASTOR.—Ha dicho que el de Myron, de Masalia.

INGOMAR (*con desprecio*).—¿De quién, de éste?

MYRON.—¡Dioses eternos!

INGOMAR.—Vamos, se conoce que no es tan mala mercancía cuando encuentra quien lo compre.

MYRON.—¡Ser libre! ¡Volver á ver á Masalia! ¡Oh, dioses, que no pierda la razon!.... Y tú, dime, ¿no es cierto que son

oscuros sus cabellos, claros y brillantes sus ojos, flexibles sus miembros y su voz dulce como la del ruiseñor? Dime, ¿no es cierto que es mi hija?

ALASTOR.—Juzga por tí mismo. (*Partenia aparece por el fondo de la escena rodeada de Tectosagos.*)

MYRON.—¡Partenia! ¡Hija mia! ¡Mi querida y dulce hija! ¿Eres tú? Sí, tus ojos me miran, te tengo, y teniéndote, todo lo poseo. Ya pensaba yo que si mi pequeña Partenia podía comprarme, lo haría..... y lo ha hecho.

PARTENIA.—¡Padre idolatrado!

INGOMAR.—¡Ya llora otra vez! Por todos los dioses del cielo, que este diablo se desagua como una nube.

ALASTOR.—Basta de llanto y de cuchicheos. Mujer, ¿no buscabas á Ingomar? Pues ya le ves. ¡Habla!

PARTENIA (*arrodillándose ante Ingomar*).—Señor, á tus plantas pide una hija la libertad de su anciano padre, que es para nosotros todo lo que poseemos. ¿Qué haceis vosotros con un hombre como él, viejo y débil?.... ¡Oh! ¡Devolvédmelo, os lo ruego!

NOVIO.—¿Cómo devolverle?

AMBIVAR.—¿Era ese el rescate que ofrecia?

ALASTOR.—Quiere que se lo den por nada.

INGOMAR.—Mujer, tu padre es esclavo de todos nosotros: si fuese mio, te lo daria, aunque solo fuera por libertarme de ese Jeremías; pero no es así..... No esperes, pues, arrancármelo con palabras dulces é insinuantes, y aunque tú.....

PARTENIA (*levantándose súbitamente*).—¡Basta! Deten tu palabra; los dioses lo quieren; tomad, pues, el rescate.

INGOMAR.—¿Y qué nos ofreces tú?

PARTENIA.—¡A mí misma!

MYRON.—¡Estás loca!

INGOMAR.—¡Tú misma!

PARTENIA.—Una vida que está en todo su esplendor, por una ya acabada, juventud por vejez, fuerza por debilidad; hé aquí lo que os ofrezco. Decid que sí y dejadle libre.

MYRON.—¡No! Yo no quiero..... ¡Jamás!

INGOMAR.—Tu padre fabrica armas y puede sernos útil, mientras que tú eres sólo una mujer.

PARTENIA.—¿Crees que os serviré de estorbo? Te equivocas, pues sé hilar y tejer artísticamente; sé hacer trajes y preparar la comida. Toco la lira y sé también contar cuentos preciosos y cantar dulces canciones, con las que arrullaré vuestro sueño. Soy fuerte, sana de cuerpo y alma, y siempre feliz y risueña.

INGOMAR.—Ya esto es algo, pues tu padre solo sabe llorar.

PARTENIA.—Decid que sí, y no os arrepentireis.

MYRON.—¡No la escucheis, que es una loca y una insensata!

INGOMAR.—¡Cállate!.... ¿Y vosotros, qué pensais? Decidlo. *(Pasa á la izquierda con los otros Tectosagos, de modo que Myron y Partenia quedan solos á la derecha.)*

MYRON.—¿Qué has hecho, desgraciada? ¿Es así como quieres librarme? Pero aunque me costase la vida, no quiero, no..... ¿Pero cómo? ¿Polydoro y los otros no te han podido dar consejo mejor?

PARTENIA.—Ni auxilio ni consejo he encontrado en tus amigos.

MYRON.—¿Pero Masalia? ¿Y el Timarco? ¿Y los augustos miembros del consejo?

PARTENIA.—Todos han estado sordos á mis quejas. Héme, pues, aquí para romper tus cadenas.

MYRON.—¡Ah! ¡Por qué no me he muerto antes de que hubiese llegado este día!.... Más te valdria vivir en la caverna del dragon, que aquí entre estos bárbaros, que la naturaleza ha hecho hombres por irrision, que dejan morir á sus ancianos de hambre y que..... ¡tiembla, pobre hija mia..... sacrifican los esclavos á sus ídolos!

PARTENIA.—¡Qué, ellos no me sacrificarán!

INGOMAR *(del otro lado de la escena, mientras Partenia y Myron siguen hablando bajo.)*—Que vuelva otra vez donde ha venido, tenemos ya demasiadas mujeres con nosotros..... Y luego, el viejo fabrica armas.

NOVIO.—¡Despachar á una chica tan vivaracha! Devolved al viejo.

INGOMAR.—Pierden el juicio.

AMBIVAR.—Escuchad; mejor fuera que nos guardásemos los dos.

INGOMAR.—No, ese es un consejo indigno. Ella se ha fiado á nuestra nobleza y no la hemos de engañar.

PARTENIA (*mientras los Tectosagos siguen hablando bajo*).—Ya está convenido. Mi madre está desesperada, vé á enjugar sus lágrimas, que yo soy jóven y soportaré bien lo que á tí te aniquila, y donde tú tendrías que morir yo viviré con valor. Sé libre y déjame.....

MYRON.—Dejarte aquí donde te espera la muerte, y peor aún que la muerte, la violencia y la humillacion. ¡Jamás!.... Ayudadme, dioses, á servirme de este puñal, único tesoro que he podido sustraer al pillaje de esos bribones.

PARTENIA (*sujetándole el brazo y quitándole el puñal*).—¡Dame ese puñal!.... Y ahora parte tranquilo, pues, ó viviré digna de tí ó moriré..... Pero no, moriré si á tu regreso Masalia te rehusa tambien la ayuda como á mí; reúne á los pescadores y pastores, y poniéndote á su cabeza, sorprende á los bandidos.

MYRON.—Habla más bajo... ¡Reunir los amigos! ¡Sorprender á los bandidos! Solo un dios puede haber puesto esta palabra en tus lábios.

INGOMAR (*á los Tectosagos*).—Vosotros lo quereis y vuestros votos lo deciden..... (*A Partenia.*) Sabe, pues, mujer, que tu deseo está satisfecho y que te aceptamos como rescate de este hombre. Que se vaya y tú quédate.

PARTENIA.—¡Gracias, oh, dioses!

MYRON.—Ya os he dicho que no quiero eso. Quiero seguir siendo vuestro esclavo y que ella sea libre y vuelva á su pátria.

INGOMAR.—¿Y quién se preocupa de tu voluntad? Nosotros queremos que te vayas y que ella se quede. ¡Véte, pues!

PARTENIA.—Parte, padre mio, ya vendrás á comprarme. ¡Oh! ¡No escites su cólera!

INGOMAR.—¿Te irás por fin ó no? Vamos, compañeros, animadle un poco los miembros.

NOVIO Y TRINOBANTE (*aproximándose á Myron y empujándole*).—¡Vamos, véte!

MYRON.—¿Quereis arrancarme á mi hija de los brazos?

TRINOBANTE (*agarrándole*).—En marcha, viejo.

PARTENIA.—No lo agarreis con tanta fuerza que ya se irá él sólo. ¡Oh! ¡No tardes más, parte!

MYRON.—¡Bueno! Pero ya volveré.

AMBIVAR.—¡Qué! ¿Tú?

MYRON.—Sí, volveré para desgracia de todos vosotros.

ALASTOR.—¡Y todavía amenaza!

AMBIVAR.—Muélele á palos!

INGOMAR.—No; echad á ese fanfarron y dejadle escapar.

(*Varios Tectosagos empujándole*).—Vamos, que esto concluya de una vez. ¡En marcha!

MYRON.—¡Partenia! ¡Hija mia! ¡Adios!

PARTENIA.—¡Adios!.... (*Aparte.*) ¡Ya se marcha y no le volveré á ver jamás! (*Se cubre el rostro con las manos y solloza en el proscenio.*)

INGOMAR (*que se ha subido á un alto para ver marcharse á Myron*).—¡Cómo corre! ¡Casi vuela! ¡Por todos los dioses! ¡Seguro estoy de que ese fanfarron no se detiene hasta que se vea en su casa con la cabeza escondida entre las faldas de su mujer! El miedo debe ser una cosa muy particular. Yo no lo he conocido nunca, y por el cielo que casi deseo una vez sentir qué cosa es. Pero, ¿y esta esclava?... ¿Qué veo? ¡Lloras! ¿Es esa la alegría de que te alababas? ¿Así es como sostienes tu palabra?

PARTENIA (*á media voz*).—¡Ya no le veré más!

INGOMAR.—Bueno estaria... ¿Habremos quizás cambiado lo malo con lo peor? ¿Un viejo chocho por una mujer loca, miedosa y llorona? ¡Basta de lágrimas!

PARTENIA.—Sí, basta; no porque te burles de ellas, sino porque son vanas. ¡Por todos los dioses que ya no lloraré más, aunque sólo fuera para desmentirte! (*Golpeando con el pié.*) ¡Ya he dicho que no quiero llorar más! (*Se enjuga los ojos y se dirige hácia el fondo de la escena, donde vários Tectosagos, ocupados en atizar el fuego, traen leña.*)

INGOMAR (*siguiendo á Partenia con la vista*).—¡Enhorabuena! Esta al ménos sacude su dolor con cólera. Se mueve y se defiende... «¡Yo no quiero llorar más!» ¡Vaya una palabra! Y la sostiene como si la hubiera dicho un hombre... (*A Partenia que mientras no la decian nada ha cogido dos*

cántaros y se dirige á la derecha para irse.) Detente, jóven
¿A dónde vas?

PARTENIA.—¿A dónde quieres que vaya sino al rio á llenar los cántaros? (*Desaparece.*)

INGOMAR.—Los cántaros pueden hacer falta... Sí, hazlo... ¡Pero cómo! ¡Ya se ha marchado! ¡Este sí que es un sér servicial! Esto tiene vida al ménos: corre, trabaja: decididamente hemos ganado en el cambio. ¡Ah! ¡Qué lástima que no pueda fabricar armas!... El sol está aún alto y ya podría cazar; pero no; iré á dar un vistazo á los rebaños, ó casi mejor seria que me echara á dormir un poco; luego comeríamos y ya el dia habrá pasado... Y mañana vendrá lo que manden los dioses. (*Se adelanta hácia el árbol en cuyo tronco están colgadas sus armas.*)

(*Partenia vuelve con sus cántaros y un gran ramo de flores silvestres en la mano. Se sienta en la piedra de la derecha, coloca los cántaros á su lado y se pone á hacer coronas.*)

INGOMAR (*deteniéndose repentinamente sin ver á Partenia, y avanzando lentamente por la escena*).—«Tomadme por rescate...» Y diciendo esto echa su cabeza hácia atrás como si ofreciese un tesoro. Y despues: «¡Yo no quiero llorar más!...» Es altiva y eso es justamente lo que me gusta. Me gustan mucho los caballos que se encabritan; amo el ruido del torrente en la montaña, y al mar cuando lanza su espuma á las estrellas. La indolencia sujeta es la muerte viva. La vida no brilla más que en la lucha de las fuerzas... ¡Hola! ¡Ya está aquí! (*Se aproxima á Partenia, y apoyado en la piedra se inclina hácia ella.*) Ea, ¿qué haces ahí?

PARTENIA.—¿Quién? ¿Yo? Coronas.

INGOMAR.—¿Coronas?... (*Aparte.*) Me parece casi que la he visto en un sueño. ¡Ah, sí, ahora recuerdo; á mi hermano, que murió tan pequeñito, mi querido Folcon!... Sí, eso es. Tiene sus mismos cabellos, sus ojos oscuros, y casi reconozco el timbre de su voz... (*Alto.*) ¿Es eso, pues, lo que vosotros llamais coronas?... ¿Y para qué las haces?

PARTENIA.—Para estos cántaros.

INGOMAR.—¿Cómo? ¿Qué dices?

PARTENIA.—¿No las usais vosotros acaso? En Masalia nos

gusta entrelazar las flores alrededor de las copas y vasos.

INGOMAR.—Pero á nosotros solo nos importa que los cántaros estén bien llenos de aguamiel. Deja, pues, eso, y no te tomes el trabajo de hacer esa corona. ¿Para qué sirven esos juguetes?

PARTENIA.—¡Que son juguetes! ¿Y para qué sirven?.... ¿Es preciso entónces que todo sirva, hasta las coronas? Son bonitas y para esto sirven. ¡Su belleza alegra la vista y su perfume refresca el alma! Mira tú. (*Levantándose y enlazando la corona á medio hacer alrededor del cántaro que le presenta*). —¿Ves? ¿No es cierto que está precioso?

INGOMAR.—¡Por los rayos del sol, me gusta la cosa! Ese verde oscuro, esas flores claras..... Mira, es preciso que enseñes á tejer coronas á nuestras mujeres.

PARTENIA.—Esto se aprende pronto. Tu mujer te las tejerá pronto tan bonitas como las mías.

INGOMAR.—¿Mi mujer? ¡Que tengo yo mujer!

PARTENIA.—¿No eres casado?

INGOMAR (*moviendo su daga*).—Esta es mi mujer: mi daga, mi lanza, mi escudo..... Que otros, malgastando lo que la fortuna les ha dado, compren á los padres sus hijas en cambio de esclavos, de rebaños y de oro para arrepentirse al dia siguiente. Yo sé mejor lo que hago y compro más barato.

PARTENIA.—¡Oh, dioses!

INGOMAR.—¿Qué tienes que me miras con esos ojos tan espantados? ¿Por qué me miras así?

PARTENIA.—¡Cómo! ¿Y es con el oro, con el miserable oro, con lo que comprais á vuestras prometidas? ¡Es decir, que las comprais y cambiáis esclavos por esclavos! ¡Dios eterno! ¿Son acaso las mujeres mercancías?....

INGOMAR.—¿Pero qué te sorprende en esto? Creo que las mujeres sirven en todas partes, y además nosotros no las tratamos con severidad.

PARTENIA.—¿De veras? ¿Conque no las tratáis con severidad, generosos amos?.... ¡Ah! ¡Si mi alma pasara á vuestras mujeres, así fuera tan solo por un dia!

INGOMAR.—Poco á poco. ¿Por qué nos insultas? Nosotros tenemos nuestras costumbres como vosotros las vuestras, y

segun parece, vosotros seguís vuestra eleccion y no escuchais la voluntad de vuestros padres.

PARTENIA.—La escuchamos y seguimos la inclinacion de nuestro corazon. Nosotras, libres vírgenes de Masalia, no pertenecemos al que dá más, sino solo la afeccion nos une con dulce y florido lazo como este ramo que tengo en la mano, y solo el amor nos lleva á los brazos del ser amado.

INGOMAR.—¿Cómo el amor? ¿Y cómo os casais por amor?... ¡Eh! ¿Cómo podeis hacer esto?

PARTENIA.—Casándose por amor.

INGOMAR.—Bueno; yo he querido con todo mi corazon á más de un compañero de armas y he tenido amigos fieles y valientes á quienes he idolatrado. Pero dices que casarse por amor..... ¿Qué es, pues, el amor?

PARTENIA.—¿Qué es? Mi madre me ha dicho que es la cosa más dulce, que es el cielo de la vida. Pero yo no lo he sentido nunca.

INGOMAR.—¡Tú no! ¿De veras?

PARTENIA.—No, nunca. (*Mirando, sonriéndose, la corona que teje.*) ¡Mira qué bonita es! ¡Ah! ¡Aquí me vendrian muy bien, si las tuviera, flores encarnadas!

INGOMAR.—Allá abajo en el matorral las veo..... Verdaderas llamas de púrpura.

PARTENIA.—¿Dónde? ¿Allá abajo? ¡Ah! Sí. ¡De color de fuego! ¡Y qué bien harian! Vé; házme el favor de coger algunas.

INGOMAR (*hace un movimiento rápido para ir y luego se detiene*).—¡Yo! ¡Yo ir á cogerte flores!

PARTENIA.—Sí, pero coge sólo las más bonitas.

INGOMAR (*aparte*).—¡El amo servir á la esclava!.... ¿Y por qué no lo he de hacer? Está la pobre tan cansada.....

PARTENIA.—¡Pero cuánto tardas!....

INGOMAR.—Voy y las tendrás en seguida, frescas y cubiertas de rocío. (*Sale rápidamente por la izquierda.*)

PARTENIA (*mirando su corona*).—¡Nunca me ha salido tan bien! ¡Va á ser preciosa!... ¡Preciosísima!... ¿Y para quién?... Aquí no podrá ella adornar la frente de ningun dios, ni obtendrá la sonrisa de mi madre... ¡Estoy sola! ¡Abandonada!...

¡Pero no, no quiero llorar más!.... Y aunque soy mujer y tuviese todos los motivos y deseos de llorar, no han de decir que soy una cobarde.

INGOMAR (*volviendo con las flores lentamente, aparte*).— Cuando mi pequeño Folion me pedia frutos ó flores y lloraba é insistia diciéndome: «Traémelas, yo las quiero,» de buena ó mala gana yo se las llevaba; creo que ella tiene mucho de él. (*Alto.*) Aquí están las flores.

PARTENIA.—Gracias, muchas gracias te doy..... Pero mira, estas no valen nada, pues las has cogido muy cortas de tallo. (*Tira algunas flores al suelo.*)

INGOMAR.—Bueno, iré por otras.....

PARTENIA.—No, gracias; esta rama puede servirme.

INGOMAR.—Para pagarme mi servicio cuéntame algo de tu país y tambien de lo que te decia tu madre. Habla, que estoy aquí á tu lado.

PARTENIA.—¡No, aquí no, que aplastarias mis flores!

INGOMAR (*sentándose á sus piés*).—¡Pues bien, aquí!.... Y ahora cuenta.

PARTENIA.—¿Qué quieres que te cuente?

INGOMAR.—Cómo os amais, y cómo os casais; cómo nace el amor, y cómo muere, y lo que es amor... ¡Por todos los dioses! Esa palabra me parece un lago azul, en cuyas profundidades quisiera penetrar.

PARTENIA.—¿Cómo nace el amor?.... Mi madre me decia: repentinamente..... Decia —dáme acá esa violeta— que el amor nace como las flores en una noche. El amor, añadía, es un fuego que una mirada enciende, que los sueños alimentan y que los pensamientos atizan. El amor es una estrella que nos conduce al cielo, un verde oasis en un desierto árido, un grano de oro en la arena de la vida..... Dicen que cuando los dioses, cansados de este mundo, se refugiaron allá arriba en sus tiendas estrelladas, se llevaron todo lo que poseian en la tierra y olvidaron en ella el amor.

INGOMAR (*que no ha dejado de mirar un solo instante á Partenia y despues de una pausa*).—No lo comprendo.

PARTENIA.—Ni yo tampoco.... Mi madre me decia que era preciso sentirlo; pero conozco una cancion antigua que, segun

mi parecer al ménos, lo dice más claramente. Espera á ver si me acuerdo..... ¡Ah! Es esto. (*Habla en voz baja como para recordar su cancion.*)

Corazon mio, quisiera
Conocer lo que es amor;
Dime, indícame siquiera,
Anda, dilo, por favor.

«Es de dos fuegos la llama,
»De dos almas pensamiento.
»¿Cuándo nace?.... Cuando se ama...
»Os sorprende en un momento.
»¿Cuándo pasa? Amor que pasa
»Es solo sombra de amor
»Y cuando.....»

Pero... si no es así.

INGOMAR.—Sigue.

PARTENIA.—Ya no sé más.

INGOMAR (*con pasion*).—Piensa bien.

PARTENIA.—Ya pienso, pero no me acuerdo; mas ya me acordaré y entónces..... Pero aquí me hacen falta rosas..... Y allá abajo veo un zarzal todo lleno. ¡Y qué lindas son! Voy á cojerlas, y tú en tanto guárdame las flores y la corona. (*Se levanta saltando, tira las flores y la corona en las rodillas de Ingomar y desaparece corriendo por la izquierda*).

INGOMAR (*despues de una pausa, sin cambiar de posicion absorbido profundamente, murmura*):

«Es de dos fuegos la llama,
»¡De dos almas pensamiento!»

(*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

FEDERICO HALM.

AFINIDADES DEL PORVENIR.

Excmo. Sr. D. Emilio Arrieta:

Mi respetable y muy querido amigo: ¿Qué dirá Vd. al encontrarse en presencia de este largo y desaliñado artículo que tengo el atrevimiento de dedicar á Vd.? ¿De qué modo apreciará Vd. mi conducta, que hace á Vd. cómplice inconsciente de enfáticas, oscuras y pesadas lucubraciones literario-musicales?

Escúcheme Vd. un momento.

No sé si en Vd. conozco al artista; tantas y tan diversas suelen ser las fases bajo las cuales se manifiesta este en sus obras, que no es mucho que la crítica se vea con frecuencia perpleja y vacilante, cuando no desorientada del todo. De cualquiera manera que sea, tengo mis opiniones fijas respecto á esa importante entidad que en Vd. se halla encarnada, y bajo este punto de vista no hay por qué insistir sobre el asunto, desde el momento en que la personalidad artística de Vd. nada tiene que ver con el objeto que me indujo á dedicarle este modesto trabajo.

Porque si en Vd. desconozco ó no conozco bien al artista, préciome, en cambio, de conocer perfectamente al hombre, y al hombre se dirige mi humilde dedicatoria. Al hombre generoso, al hombre (*rara avis!*) que encuentra en la felicidad de los demás satisfacciones más vivas quizá que en la suya propia; al desinteresado protector de más de un individuo que yo conozco; al Mecenas de otros que tampoco me son desconocidos; al sér social, en fin, que dedica su existencia á la elevada tarea del bien, incurriendo, como todos los de su

clase, en el imperdonable defecto de prodigarlo con largueza y sin previas meditaciones, teniendo como lema único el proverbio que dice: «haz bien, sin mirar á quien;» proverbio con el cual mis opiniones, un tanto pesimistas en cuestiones dadas, me tienen completamente reñido.

Tengo la seguridad de que bajo el amparo de su nombre de Vd. este artículo mio ha de hacerse simpático áun para algunos de los que me persiguen con su ódio, y yo juro á usted que esta será la primera victoria que contra ellos haya tenido la fortuna de alcanzar. ¡Vea Vd., pues, si voy ganando con la dedicatoria, y no le extrañe que mi egoismo rompa todos los diques, hasta el muy respetable de la esquisita modestia de Vd.!

Por lo demás, sé que ha de leer Vd. con interés este trabajo, porque sé que lee Vd. con interés todo cuanto al arte musical hace referencia, venga de donde viniere.

El asunto que he elegido se presta á grandes consideraciones, no por mis opiniones personales respecto á la cuestion, sino por los datos históricos que he reunido y ante cuya inflexibilidad enmudece todo raciocinio.

Vd., que despues de servir al arte español con tanta brillantez como decision y entusiasmo, se ve hoy perseguido por la noble y eterna pesadilla del desarrollo y engrandecimiento de ese arte tan decaido en la actualidad, comprenderá mejor que nadie mi propósito al escribir este artículo, mis ideas al publicarlo y mis intenciones al dedicárselo á Vd. Esto es lo importante.

De lo que algunos piensen é imaginen me importa poco, por nó decir nada. ¡Oh! respecto á este particular ¡*Sfido io!* como dicen los italianos.

I.

Nada ha habido en la carrera artística de Ricardo Wagner que más daño ocasionara á la fama del insigne maestro como su carácter, que muchos pintan irascible, altanero y orgulloso, y sus apasionadísimos juicios respecto á los más célebres compositores contemporáneos. Los ataques que con tal mo-

tivo se han dirigido y siguen dirigiéndose á Wagner, son innumerables; las simpatías que esa conducta le ha enagenado, muchísimas, y el perjuicio que á sí mismo se ha causado, considerable.

¿Pero es Ricardo Wagner el único maestro de reputacion que se ha hecho reo de tan punible delito? ¿Alcanzan sólo al compositor aleman las censuras que por sus violentas críticas y por su carácter atrabiliario uno y otro dia contra él se escriben? No, ciertamente.

Quien estudie con algun detenimiento la historia de todas las artes, hallará frecuentemente la prueba de tan profunda negativa. Y es que todo artista innovador, en el mero hecho de serlo, se separa, en grado visible, de las condiciones generales en que se agita la naturaleza humana.

Destinados á purgar el arte de las preocupaciones que entorpecen su marcha, nacidos para destruir, para asimilar principios por los que quizá durante siglos enteros se rigiera, la vida de los innovadores, de los revolucionarios, ofrece ancho campo para el estudio de las injusticias de que casi siempre son víctimas, de los ódios que encarnizadamente los persiguen, de las infamias que contra ellos se cometen, de la tardía gloria que al fin rodea sus nombres y sus obras, de la horrible lucha, para decirlo de una vez, que se ve precisado á sostener todo aquel que, dueño de un ideal de progreso, se lanza decidido á su realizacion y propaganda.

Y esto se comprende fácilmente. De las tres facultades del alma, la sensibilidad es aquella que con mayor fuerza se revela contra toda innovacion, prefiriendo por lo general, conservar el usufructo de emociones conocidas que la proporcionan un positivo goce, antes que violentarse en lo más mínimo para correr nuevas aventuras.

Prescindiendo de hojarasca literaria, las abdicaciones de la sensibilidad suelen ser muy penosas.

Compréndese, por tanto, que las innovaciones que atañen á la música, arte subjetivo por excelencia, deben estar sujetas á peligrosas contingencias desde el momento en que el arte de los sonidos obra directamente sobre la sensibilidad misma.

No es mucho, pues, que neutralizados los efectos de la in-

teligencia por la atracción que la sensibilidad ejerce sobre la voluntad, el alma se preste difícilmente á los cambios de postura, si me es permitido expresarme así, que necesariamente traen consigo las revoluciones artístico-musicales.

La historia está ahí para probarlo con irrefutables argumentos.

Nótese, en primer término, que las innovaciones que se efectúan en el dilatado campo del arte musical, revisten caracteres especiales que obedecen directamente á la esencia del mismo, y se separan, por tanto, de las que se verifican en las demás artes.

La universalidad de los medios de expresión que distingue á la música, constituye en ciertos casos una palpable desventaja para el artista. Hablo, por supuesto, de la música, que acepta el nérvio, no como objetivo principal, sino auditivo, como conducto por cuyo medio llegan al alma las impresiones musicales.

La música es en realidad el arte que requiere más condiciones de cultura, de organización en la masa general de los que á su profesión se dedican; el arte que exige más caudal de conocimientos, más desarrollo intelectual en los que pretenden gozar de todos sus efectos.

Habla al sentimiento y hiere directamente las fibras del corazón, porque nace de la manifestación más espontánea de la criatura, la palabra; pero desde el momento en que, prescindiendo de su forma primitiva, las combinaciones del arte colocaron á la música en el elevado rango que hoy ocupa; desde el momento en que la música asentó su trono en la más íntima y elocuente expresión de la naturaleza humana con relación á sus manifestaciones más sensibles, dilatóse su dominio de tal suerte y de tal suerte llegaron á crecer y multiplicarse sus medios expresivos, que sólo á organizaciones dadas fué permitido comprender en absoluto y gozar en toda su pureza de los efectos de arte tan grande como delicado.

No hay que hacerse ilusiones; la música, en la acepción empírica de la palabra, se halla, como ningún arte, al alcance de todo el mundo; pero la música como arte, la música como elemento motor de la sensibilidad; la música concur-

riendo á expresar el alma, á destacar sentimientos, á retratar pasiones, á formar, en una palabra, una accion concreta, levantada, digna bajo todos los conceptos de los altos fines de la humanidad, del arte y del progreso, no está, no estuvo, no puede jamás estar al alcance de todo el mundo.

La vaguedad, la indeterminacion de sus medios expresivos, constituye su principal encanto; pero de esa vaguedad y de esa indeterminacion, nace tambien la naturaleza esencialmente compleja del arte musical.

A su constitucion concurren elementos diversos, basados todos en causas puramente subjetivas y que carecen, por tanto, de la precision y claridad de órden fisiológico que la poesía y las artes plásticas conservan en todas sus manifestaciones.

En tal concepto, el arte musical no puede prestarse á la percepcion inmediata de lo bello, y requiere, por tanto, cierto trabajo interior, ciertas inclinaciones espirituales, cuya aptitud no puede ser patrimonio comun, ni obedecer á las leyes generales, por las que las grandes colectividades se rigen.

Esto supuesto, es decir, admitido ya, como no puede ménos de serlo, que el arte musical exige para el absoluto goce de sus efectos, condiciones especiales que se derivan de su naturaleza misma, necesario es buscar en la historia de ese arte trasladado al teatro, en la historia de la ópera, la razon de las inmensas dificultades que han tenido que vencer, de las luchas cruentas que se han visto obligados á sostener todos los innovadores.

Yo he hallado siempre en la historia la solucion de muchos problemas, y á la historia me gusta acudir en todas ocasiones como manantial purísimo de enseñanza para esclarecer los hechos, deducir consecuencias, sentar afirmaciones y proclamar, en fin, ese principio fecundante, grande, impercedero que se llama la verdad.

II.

Sabido es que la música teatral, el arte lírico dramático, es un arte excesivamente moderno, un arte de ayer. Perdido, ó

poco ménos, el arte colosal del paganismo, y rotas, por tanto, en el terreno de la práctica, las fuentes de conocimiento, la orfandad en que la música ha vivido con relacion á las demás artes, es un hecho demasiado palpable para que yo insista sobre ello en este lugar.

Y sin embargo, ¡circunstancia digna de tenerse en cuenta! cuando aquella brillante pléyade de músicos y poetas que en los primeros años del siglo XVII rodeaba á los Médicis en Florencia, creó con maravilloso instinto los fundamentos de la ópera, al arte griego, á la grandeza tradicional del helesmo, acudieron Peri y Rinnuccini, Caccini y Emilio del Cavaliere; en ella buscaron estos ingenios superiores sus inspiraciones más puras.

La patética declamacion, el estilo severo que ostentaban dramas, bailes y madrigales, necesitaba, no obstante, un impulso innovador, una voluntad de hierro que lanzara al arte por sendas hasta entónces desconocidas. La armonía uniforme, el canto silábico que hacia veces de melodía propiamente dicha y los estrechos límites que á la instrumentacion estaban asignados, no podian satisfacer á un espíritu fuerte, á un artista de instinto superior, á un génio, en fin. Aquí surge el primer innovador, el primer revolucionario, el primer *músico del porvenir*: Claudio Monteverde.

Creó la armonía moderna y se burlaron de él y le insultaron. Inventó ritmos, descubrió el *trémolo* y los músicos de la orquesta se amotinaron contra el maestro y quisieron maltratarle.

Despues de Monteverde, el más importante revolucionario se personifica en el florentino Lulli, el creador de la ópera francesa y de la overtura. Madame de Sevigné dice á propósito de un *Miserere* del célebre maestro que se cantó en las exequias de Gurenne, que sólo *en el cielo* puede componerse música semejante. La historia ha asignado á Lulli un puesto eminentísimo, y con su nombre se envanece hoy la Francia.

Veamos el reverso de la medalla. El orgullo de Lulli llegaba á tal extremo, que á la comision de un enviado real mandado por Luis XIV para participar al maestro que el rey se aburría con lo mucho que duraban los preparativos de

cierta fiesta musical, contestó Lulli: «El rey es el dueño absoluto y puede aburrirse cuanto guste.»

Trataba de tal modo á los músicos de la orquesta, que rompió una vez el violin sobre la cabeza de uno de dichos músicos. Los enemigos de Lulli eran numerosísimos y los epigramas de todas clases llovian sobre el maestro. Boileau, el gran Boileau, le dedicó los siguientes versos:

*En vain par sa grimace, un bouffon odieux
A table nous fait rire et divertit nos yeux
Ses bons mots ont besoin de farine et de platre
Prenez-le tete á tete, otez-lui son theatre
Ce n'est plus qu'un cœur bas, un coquin ténébreux;
Son visage essuyé n'a plus rien que d'affreux.*

«Bufon odioso, corazon bajo, bribon tenebroso.» Ni más, ni ménos. Así se trataba entónces á los *músicos del porvenir*. Y de entónces acá las cosas han cambiado muy poco.

Trasladémonos desde Francia á Inglaterra. A mediados del siglo XVIII, Handel se encuentra en Lóndres acosado por una multitud de cantantes que no quieren prestarse á sus *exigencias*. Las exigencias de Handel se reducen á querer que sus intérpretes se limiten á cantar lo que el maestro escribe; los cantantes, en cambio, desean ejecutar lo que á ellos les plazca componer. Handel, inflexible, resiste con la energía y la conviccion de un gran artista y amenaza un dia á cierta *prima donna* ¡á una señora! con arrojarla por una ventana.

El tumulto se calma, pero los cantantes se quejan á la aristocracia, que comienza á dirigir á Handel los consabidos epitetos de tirano, orgulloso, insufrible, etc., etc. El gran compositor, vencido, ántes que convencido, se retira de la Academia Real de Música, de que era director, y trasládase á otro teatro. Los grandes señores opónenle un nuevo coliseo y siguen arrojando contra Handel los más groseros epitetos.

Atienda ahora el lector. En 1741, Handel hace que se ejecute su inmortal oratorio, *El Mesías*; primera representacion, fiasco completo; segunda representacion, teatro vacío. El desgraciado maestro abandona á Lóndres y marcha á Dublin. *El Mesías* causa fanatismo en la capital de Irlanda, donde el

maestro es aclamado con el mayor entusiasmo. A los ocho meses, vuelve á Londres, y *El Mesías*, tan bajamente despreciado por los *dilettanti* de la Gran Bretaña, es acogido de un modo brillantísimo. La fortuna se vuelve propicia al gran génio, y Handel se ve colmado de honores y riquezas. Su cuerpo descansa hoy en Westminster.

¿Quiéren ahora saber los lectores cuál era el carácter del célebre artista cuya gloria han reclamado siempre con justicia los ingleses? Basta un detalle para hacerse una idea del carácter de Handel. Al frente de la orquesta, era intratable; dirigía á los profesores las censuras más denigrantes, y cuando, estando el telon levantado, bostezaba fuertemente un espectador ó habia alguno que entraba tarde y haciendo ruido á ocupar su localidad, levantábase Handel y con voz enérgica y ademanes descompuestos, increpaba directamente y con la mayor dureza á los que se permitian semejantes irreverencias. Era, en una palabra, ¡un *músico del porvenir!*

El lector habrá observado que á pesar de los ódios que perseguían á los grandes maestros de que antes hice referencia y al carácter altanero con que trataban todo cuanto á sus fines era obstáculo, la mayor parte de ellos, logró, sin embargo, vencer las dificultades más importantes, aquellas que más directamente se relacionan con las necesidades de la vida.

Y es que hasta entónces las revoluciones musicales no se habian acentuado con el vigor y el *sans façon* de nuestros dias; eran aquellas revoluciones verdaderos escarceos, ligeros chispazos que si como cuestion local no podian ménos de revestir caracteres de importancia innegable, no afectaban, en cambio, al ilimitado círculo que hoy conmueven y agitan todas las innovaciones modernas. Destruian principios y dejaban en pié los sistemas; pero en medio de estas convulsiones parciales, divisábanse claramente las hendiduras que en el edificio del arte lírico-dramático de ayer habian causado sus pocos innovadores.

Hacia falta una mano vigorosa, hercúlea, una voluntad de hierro y un génio incomparable; un hombre, en fin, dotado de la energía suficiente para prender fuego á las materias explosivas que rodeaban el frágil edificio. Este hombre llegó,

removió las entrañas, los cimientos del monumento, y lo lanzó hecho pedazos en el aire.

Se llamaba Gluck. Aprendió el arte en Alemania, lo practicó en Italia, y llevó á cabo en Francia la obra de su más admirable regeneracion. En vez de erigirse como Voltaire en adulator nauseabundo de las Mailly y la Pompadour, en beneficio de Luis XV y del *vaudeville* de salon, se encaró con las queridas del mundo musical, puso de manifiesto sus vicios, desenmascaró sus fealdades, y á lo frívolo y deleznable del goce mundano de los placeres sensuales, opuso con irresistible elocuencia lo sério, lo grande, lo eterno del goce espiritual, de los placeres del alma.

No se contentó con hendir el edificio, lo hizo volar y construyó en frente un monumento magno, monumento imperecedero en el cual se apoyan y apoyarán siempre las revoluciones de lo futuro, testigos Berlioz y Wagner.

Como se vé, el acontecimiento se salia por completo de la estrecha órbita en que sus semejantes habian anteriormente girado. La guerra era, pues, inminente, inevitable, y sus consecuencias tenian necesariamente que revestir caracteres de lucha y encarnizamiento de que hasta entónces no habia habido ejemplares. Así sucedió.

¿Tendré necesidad de hacer aquí una extensa reseña de las célebres luchas que conmovieron á todo París durante doce años (1767-1779)? No: las cruentas batallas que gluckistas y piccinistas libraron desde los dos memorables rincones, el del rey y el de la reina, de la Academia Real de Música, han quedado grabadas en los anales del arte, y pocos habrá que no sepan al dedillo acontecimiento tan importante.

Las siguientes líneas que Marcillac en su *Historia de la música moderna* toma de la *Correspondencia literaria* de Grimm, bastarán para demostrar hasta qué punto eran apasionadas las opiniones de los dos bandos.

«La discordia, dice Grimm, se ha apoderado de todos los espíritus; ha arrojado el disturbio en nuestras Academias, en nuestros cafés, en todas nuestras sociedades literarias. Las personas que más unidas se hallaban ántes, huyen ahora las unas de las otras; los banquetes que tan perfectamente

conciliaban toda clase de espíritus y de caracteres, no respiran ya más que embarazo y desconfianza. Los centros de reunion más brillantes y numerosos ántes, se hallan ahora casi desiertos. Ya no se pregunta ¿es jansenista, es molinista, filósofo ó devoto? sino ¿es gluckista ó piccinista? Y la contestacion á esta pregunta, decide de todas las demás.»

De tal modo se expresa Grimm, y en verdad que sus afirmaciones llevan impreso el sello de la más rigurosa imparcialidad. La guerra sin cuartel que los dos bandos se hacian, era consecuencia inevitable de los antitéticos principios que Gluck y Piccini defendian. «El que no está conmigo, está contra mí;» decian, imitando al Salvador, aquellos entusiastas aficionados, y mientras los gluckistas ridiculizaban sin piedad al pobre Piccini, los partidarios de este manchaban á Gluck con los más denigrantes y soeces epitetos. ¡Y al frente de los piccinistas figuraban La Harpe y Marmontel, dos hombres de gran talento!

¿Qué hacian en tanto los dos maestros? Piccini, el dulce, el timorato, el honradísimo Piccini, maldecia probablemente el momento en que las instancias de La Harpe habíanle hecho abandonar la Italia, donde reinaba sin rival, para convertirle en bandera de reaccion en frente de la revolucion de Gluck.

Poco dado á servir de instrumento á ningun género de intrigas, el pobre artista, desconsolado y lloroso, disponíase á abandonar á París en la víspera del estreno de su obra maestra, *Roland*, cuando el éxito grande y merecido que esta obtuvo, reanimó un tanto sus perdidas esperanzas. Pero el fiasco de su *Ifigenia*, compuesta bajo el mismo título y argumento que la de su rival, fué para el malaventurado Piccini un golpe de muerte. Dejó, por fin, la Francia y arrastró en Italia una existencia poco envidiable, para venir á morir pobre en Passy, donde se le enterró en la fosa comun.

Gluck, en tanto, sereno y valiente, desafiaba las tempestades, con esa fuerza de voluntad, con esa firmeza que sólo puede prestar la conviccion.

Tenia una mision que cumplir y la cumplia con enérgica calma, sin vergonzosas abdicaciones, con la fé y la abnegacion de un predestinado.

Inflexible con las exigencias de los artistas, planteaba su sistema con la misma rigurosa seriedad, con el puritanismo que presidía á todas sus teorías innovadoras. Privaba, no sin gran resistencia, á los violines de la orquesta, del ridículo accesorio de los guantes (los profesores tocaban *con guantes*), ensayaba á los cantantes con severo cuidado, y, explicándoles la razón de los procedimientos que empleaba, lograba llevar al alma de sus intérpretes el entusiasmo y la fidelidad.

Y así venció todas las dificultades, y así aquel *músico del porvenir*, insultado y escarnecido, supo legar al arte que cultivaba una página, quizá la más fructuosa entre las muchas y brillantes que en sus anales registra.

Con Gluck terminan las revoluciones del siglo XVIII, con el gran artista acaban entónces los músicos del porvenir; pero de las doctrinas por él proclamadas, han de nacer más tarde nuevas revoluciones y nuevos innovadores que encenderán otra vez la tea de la discordia, que otra vez darán margen á la calumnia y al insulto, y que nuevamente han de elevarse trasfigurados sobre el cieno de las preocupaciones y de la ignorancia.

III.

Beethoven, Méyerbeer, Berlioz, Wagner: hé ahí los revolucionarios del siglo XIX.

El primero, artista colosal, naturaleza desordenada, hombre nacido para apurar hasta las heces el cáliz del dolor y de la miseria, aparece á principios del siglo, como inmenso arcano destinado más tarde á rugir con fuerza inexplicable el más osado *fiat lux*.

Su vida breve, íntima y penosa, resume con evidencia desgarradora las penosas alternativas, las luchas internas, los grandiosos desbordamientos del verdadero génio.

Carpani, el célebre autor de las *Haydnianas* es el primero en anatematizarle. Oigámosle:

«Es innegable que la ciencia musical va hoy decayendo de día en día, porque abandonadas las huellas de los buenos compositores, no se buscan más que novedades peligrosas, y

los unos han sustituido lo caprichoso á lo verdadero; otros lo erudito á lo bello, y casi todos han confundido los géneros y vuelto las espaldas á la naturaleza, con lo cual se ha introducido la ficcion de lo bello, que en vez de partes luminosas produce *abortos de efímera duracion*. Me parece, por tanto, obligacion y deber de toda persona honrada (*d'ogni buona persona*) oponerse, cuanto de nosotros dependa, á semejante corrupcion.»

Y el bueno de Carpani añade más adelante que *!!!Mozart!!!* y Beethoven no hicieron más que *acumular los números y las ideas y la cantidad y la rareza de las modulaciones rebuscadas, que no producen sino eruditas é intrincadísimas confusiones llenas de rebuscamiento y de estudio, pero desprovistas de efecto.*

Es más. El mismo Carpani dice lo siguiente:

«Uno de mis amigos preguntó á Haydn su opinion respecto á este jóven compositor (Beethoven). El anciano contestó con toda sinceridad: «Sus primeras composiciones *me gustaron bastante*; pero confieso que no entiendo las últimas. Me parece que escribe siempre *fantasías*.»

Cuando el sereno y beatífico, cuando el virginal Haydn se expresaba en tales términos, calculen los lectores el porvenir que á Beethoven esperaba. Porque si el creador de la sinfonía, si el artista eminente juzgaba *fantasías* las obras del gran maestro, ¿qué juicio habian de merecer estas de la generalidad del público? ¿Cómo recibiria la masa indocta é impresionable aquellas creaciones artísticas palpitantes de vida, exuberantes de color, elevadas siempre, siempre sublimes; pero privadas de las aparatosas exterioridades que tanto halagan las inclinaciones del vulgo?

Sabido es lo que acaeció al autor de la *Sinfonía Pastoral* (cito esta porque es la más conocida en Madrid y la que más ha apreciado el público en los conciertos de primavera). No sólo el público, sino maestros eminentes; no sólo la masa ignorante, sino la flor y nata de los artistas de aquel tiempo, acogió á Beethoven con el más absoluto desprecio.

Más tarde, algunos espíritus elevados penetraron en el maravilloso tejido de bellezas que encierran las obras del gigante

y tomaron la defensa de Beethoven. Entónces estallaron las invectivas; llamóse á Beethoven *bárbaro*. Fetis dió á entender que el autor de la novena sinfonía era un *borracho*. Ries, el único discípulo de Beethoven, publicó contra su maestro un libelo lleno de infames calumnias. Cherubini le apostrofó con los más irritantes dicterios; los profesores de la orquesta de conciertos en París, se levantaron indignados cuando ensayaron la *Pastoral*, arrojaron los atriles, se amotinaron contra aquella admirable obra y la deprimieron con inaudita saña.

En Viena el público corria á extasiarse con la ópera italiana mientras Beethoven carecia del sustento. Exceptuando quizá un breve período de tiempo, desde 1805 á 1811, en que el sumo artista gozó un tanto de las más íntimas y puras satisfacciones, la vida entera de Beethoven fué una série de contratiempos y amarguras de todos géneros hasta el 24 de Marzo de 1827, dia en que aquel hombre excepcional exhaló el último aliento, lleno de necesidades, acorralado por la miseria y abandonado de todos. La sociedad Filarmónica de Lóndres, por mediacion de Moscheles, habia acordado un donativo de cien guineas para sufragar á los gastos de la enfermedad del maestro. El donativo llegó tarde.

¡Y así vivió y así murió, insultado, pobre y desconocido, aquel cuyo nombre representa hoy toda una época de descubrimientos; aquel que, cual otro Colon, legó al arte musical un nuevo mundo!

Veán ahora los lectores cuál era el carácter de Beethoven por las siguientes frases que tomo á Filippo Filippi de su curioso libro *Musica e Musicisti*:

«Beethoven era por naturaleza, no sólo tétrico y taciturno, sino inquieto, desconfiado y extremadamente colérico; en sus accesos de ira no respetaba á nadie, ni aún á su amigo y protector el archiduque Rodolfo. Con los artistas era intratable: ejemplo Rossini, á quien jamás quiso recibir, y el jóven Liszt, que nunca pudo conseguir de Beethoven un tema para componer improvisaciones en el piano. En público era altanero, duro, inaccesible, y en las cuestiones sociales, políticas, y aún en las artísticas, carecia de tacto. En

cuanto al desorden, era una necesidad para Beethoven; jamás permanecía tranquilo en una casa; cambiaba de habitación á cada instante y se encontraba mal en todas partes, aún cuando estuviese alojado *gratis*, como alguna vez le sucedió, y con todo género de comodidades. Su cuarto era un verdadero caos; música, libros, cartas, papeles de toda especie diseminados por todas partes y en el suelo; las pruebas de música se confundían con los restos de una comida: aquí botellas vacías ó rotas; allí un legajo con el borrador de una sinfonía; sobre el piano notas, embriones de música, violines con las cuerdas rotas. Con los criados y sirvientes estaba siempre en lucha, porque si buscaba algo y no lo encontraba, la culpa era de los domésticos y no suya; entónces se oían maldiciones, aullidos (*wili*) y blasfemias, y las sillas y los manjares volaban por la habitación.»

¡Y despues de esto, la miseria, las deudas, las envidias, las injusticias, y una terrible sordera que le aisló en la sombra contemplacion de sí mismo!

Tal fué la miserable existencia de aquel luminoso génio que, blanco de todas las iras, sucumbió al fin en medio del mayor olvido, para alzarse más tarde hasta el puesto inaccesible que hoy en la historia ocupa.

Meyerbeer viene despues de Beethoven á iniciar la muerte del convencionalismo italiano en la ópera. Al tratar del incomparable maestro, autor de *Los Hugonotes*, he de ser muy breve, porque colocado por una fortuna inmensa al amparo de toda privacion material, la vida de Meyerbeer no presenta el violento interés que encierra la de sus predecesores revolucionarios.

Pero quien se imagine que el célebre artista no fué objeto de las más soeces calumnias y de los insultos más apasionados, ese se equivoca por completo.

Con *Roberto el Diablo* comenzó la campaña de los enemigos de Meyerbeer, y el artista por su poderoso genio y el hombre por su cuantiosa fortuna, apuraron el cáliz de la envidia y del encono.

«¿Cuando Meyerbeer haya muerto, quién se ocupará de su gloria?» exclamaba Heine.

«Dicen que la ha asegurado para diez años,» contestaba Berlioz ¡*Tu quoque!*

«No se hablará de *La Africana*,» escribía Rossini al pié de ciertas tarjetas de invitación.

«Es un tráfuga,» gritaba encolerizado Weber.

Y su país, Prusia, que tanto había de honrarle después, declaraba también la guerra al gran maestro.

Véase la carta que escribía Heine á Augusto Lewald.

«PARÍS, 17 Octubre 1842.

»Meyerbeer entra en este momento en mi casa, y, después de presentar á Vd. sus respetos, se queja de que lo maltratan tanto algunos periódicos. Supongo que le habrán dado noticias exageradas, porque yo por mi parte no puedo creerlo; ni Meyerbeer, tan bueno, tan honrado, y á quien quiero tanto, merece ser tratado de esa manera.»

No era sólo en Francia y Alemania donde Meyerbeer era tratado de tal modo. Yo conozco un compositor español, muy distinguido y muy reputado, que era objeto de burla y chacota ante un cónclave de músicos españoles, porque aquel compositor tenía la debilidad de declarar que era partidario entusiasta del *Roberto*, cuando esta obra se estrenó en Madrid. ¡Se reían de él porque le gustaba el *Roberto!* ¡Y los que se reían eran músicos!

En cambio hoy.....

En medio de todo, las desgracias de Meyerbeer, que en nada afectaron realmente á la inmensa reputación que desde luego le conquistaron sus admirables creaciones, no pueden compararse con las de los innovadores que le precedieron, ni ménos con las de sus sucesores. Modelo intachable de honradez y caballerosidad, buen padre, buen esposo y amigo leal, Meyerbeer llegó á reunir en su individualidad poderosísima, al artista creador y á la persona decente, sin que las diatribas de los Heine, Wagner, Acevedo, etc., y las bajas intrigas de Spontini y consortes, llegaran jamás á ejercer coacción alguna sobre el público. Pero téngase en cuenta que no fué por falta de voluntad de sus acérrimos enemigos.

Poco tiempo despues del *debut* de Meyerbeer, apareció en la arena artística otro revolucionario, otro innovador, alma ardientísima, naturaleza abrupta, casi salvaje, iluminada por los resplandores del más depurado romanticismo. Aquel hombre extraño, inculto, refractario á toda idea de órden y de concierto, que llegaba de una aldea para estudiar en París la medicina, abandonó el bisturí, lanzóse al terreno del arte musical con un ímpetu y una despreocupacion inverosímiles, y poco tiempo despues ardia en sus manos la tea de la discordia.

Era Hector Berlioz, nuevo Mesías del arte, único y verdadero Mesías que como Jesucristo habia de sufrir el suplicio de la crucifixion despues de propagar por el mundo entero el verbo del porvenir.

Confieso ante todo que Berlioz es para mí uno de esos artistas á quienes rindo apasionado culto; el culto de la desgracia. Que su génio era grande, lo reconocen hoy todos; que sus teorías contribuyeron de un modo ostensible al perfeccionamiento del arte de hoy, es innegable; pero aparte de estas cualidades que bastarian por sí solas para hacer simpático el nombre de Berlioz, las circunstancias que acompañaron á su azarosa vida acrecientan aún más el cariño que sus dotes artísticas inspiran.

Beethoven y él han sido los únicos verdaderos mártires del progreso, y bien examinados el carácter, temperamento é inclinaciones de Berlioz, descúbrese desde luego la semejanza palmaria que entre Beethoven y su entusiasta apologista existe. Berlioz sordo, hubiera muerto como Beethoven.

Afortunadamente oia muy bien y poseia una voz poderosísima. Díganlo si no Fetis, á quien dió soberanas lecciones; Scudo, á quien pulverizó varias veces y que siempre le persiguió con estúpida saña; Castil-Blaze, á quien puso para siempre en ridículo, y tantos otros artistas y escritores que quedaron mal parados bajo los tremendos golpes del crítico sin rival. Porque despreciado por el público y los músicos desde los albores de su carrera, Berlioz tuvo el consuelo de las represalias, empuñando la pluma del literato y haciendo de ella doble arma, desahogo admirable de sus raptos de feti-

quismo en favor de Gluck, Weber y Spontini, y poderosa palanca que removía y obligaba á caer en tierra á sus implacables enemigos.

Paraba los golpes que le dirigian con maravillosa destreza, y cuando queria herir, cuando atacaba, era de ver la argumentacion sólida, la sutileza sin par, y sobre todo el sarcasmo, sal ática y la iracunda saña que sus frases encerraban. Se excedía á veces, como lo demuestra el siguiente hecho.

Fuera del terreno musical, Berlioz adoraba á Homero y Goethe; pero su amor á Sheakspeare no tenía límites; era una completa idolatría. La gran actriz inglesa Miss Smithson se casó con Berlioz, porque enloqueció á este interpretando en París el papel de Julieta en la sublime creacion del dramaturgo inglés, con cuyo argumento escribió más tarde Berlioz una de sus mejores sinfonías. Esto prueba la admiracion que el artista francés profesaba á Sheakspeare.

Pues bien: Scudo, el crítico de quien decia Fetis: «Dice Scudo que es hijo mio; no es verdad, y si lo fuera, habria que confesar que he descuidado mucho su educacion,» escribió en cierta ocasion estas palabras: «Berlioz no comprende á Sheakspeare.»

El golpe era demasiado fuerte. *¡Crapaud gonflé de sottise, quand tu me prouveras ça!....* rugió el gran maestro. «¡Sapo henchido de orgullo, si pudieras probarme eso!....»

Así le atacaban y así se defendía.

Cuando se estrenó su sinfonía *Aroldo en Italia*, un periódico escribió la crítica de esa obra, comenzando el artículo de esta manera: *¡Ah!... ¡Ah!... ¡Aro!... ¡Aro!... ¡Arol!... ¡Arol!...*

En otra ocasion, fracasó como de costumbre una overtura de Berlioz. Al dia siguiente recibió un anónimo en que le compadecian por no tener valor suficiente «*para levantarse la tapa de los sesos.*»

Dos frases suyas caracterizan fuertemente al eminente artista y demuestran hasta qué punto habia llegado su desconfianza con respecto al público y la fé que tenía en el *porvenir*.

Sorprendido un dia por los aplausos unánimes con que el auditorio saludaba una pieza instrumental de su composicion. «¡Cielos! exclamó, ¿habré escrito alguna tontería?»

«Soy viejo, voy á morir, dijo en otra ocasion. ¡Gracias á Dios! Entónces se ejecutarán mis obras.»

Pobre y lleno de deudas, desconocido y despreciado por su país, tuvo que acudir á suelo extranjero en demanda de proteccion, y Alemania, Inglaterra y Rusia se la otorgaron con largueza.

Volvió más tarde á París, nombráronle miembro del Instituto; redactó una carta-memoria sobre asuntos artísticos musicales, para que aquel alto cuerpo la leyera en sesion y, con efecto, el Instituto se negó á la lectura de la carta de Berlioz.

Repudiado por todos los teatros, triste, descorazonado y rodeado de sus íntimos, entre los que se contaban D'Ortigue y Reyer, Berlioz murió pobre, lleno de desconsuelo y rendido de tanta lucha estéril, de tanta fatiga.

Morir el gran artista y elevarse su nombre fué obra de un momento. El loco furioso de ayer fué la eminencia de hoy, el visionario se convirtió en modelo de claravidencia, sus composiciones silbadas fueron aplaudidas con entusiasmo; aquel tesoro oculto por tanto tiempo, se habia revelado claro y potente en breves momentos. Berlioz ha muerto. ¡Viva Berlioz!

Y hoy le ensalzan, le aplauden, le glorifican, como ayer le flagelaban y le escarnecian. ¡Siempre lo mismo!

La tumba extendiendo credenciales de talento y de virtud.

Berlioz y Wagner presentan afinidades que siempre han llamado extraordinariamente mi atencion.

Ambos han dirigido sangrientas sátiras á Meyerbeer, Wagner notablemente, y los dos confiesan haber recibido del eminente artista grandes atenciones. Gluck y Weber eran los dioses de ámbos, y los dos profesaban en el fondo las mismas doctrinas artísticas. Pero la afinidad más notable está en las opiniones que respecto al absolutismo inquisitorial del compositor sobre los intérpretes y el teatro, sustentaban Berlioz y Wagner.

Las ideas de Berlioz en los últimos años de su vida, eran las siguientes, segun las expresa el gran maestro en sus Memorias.

Hé aquí sus mismas palabras:

«Tengo el sentimiento profundo de lo que yo podría producir en música dramática; pero intentarlo solamente sería tan inútil como peligroso. En primer lugar, la mayor parte de nuestros teatros líricos son lugares bastante malos, musicalmente hablando; el de la Opera, sobre todo, es á estas horas un sitio innoble. En segundo lugar, no podría dar vuelo á mi pensamiento en ese género de composición, sino suponiéndome dueño absoluto de un gran teatro como soy dueño de mi orquesta cuando dirijo la ejecución de mis sinfonías. Debería disponer de la buena voluntad de todos y ser obedecido por todos, desde la primera tiple y el primer tenor, los coristas, los músicos, las bailarinas y comparsas, hasta los pintores, los maquinistas y el director de escena. Un teatro lírico tal como yo lo concibo, es, ante todo, un vasto instrumento de música, sé tocarlo; pero para tocarlo bien, necesito que me lo confíen sin reservas.»

Las palabras anteriores de Hector Berlioz, ¿no anuncian claramente los *Nibelungen* de Ricardo Wagner y el ya célebre teatro de Baireuth?

IV.

Aquí toca á su término la tarea que me habia impuesto. Nada quiero decir respecto á Wagner, objeto constante de las mismas intrigas y de los mismos ódios que sus antecesores, víctima de las mismas acerbas censuras de que fueron objeto los grandes artistas, de que ligeramente y para determinados fines, me he ocupado.

Las frases apasionadísimas, las diatribas de todo género que contra otros compositores ha dicho ó escrito el autor de *Lohengrin*, obedecen naturalmente á la presión que sobre la mente del innovador ejerce el ideal que ha puesto en práctica y cuya sancion definitiva tendrá efecto dentro de muy breve tiempo.

Fuera de ese ideal al que dedica su existencia toda, el artista no ve sino errores y prejuicios que á toda costa es necesario combatir, segun la mayor ó menor influencia que esos *soi disant* errores y prejuicios ejercen aún sobre el público.

Y para demostrar que no es solo Wagner el responsable de esa conducta, me bastará citar algunas frases y hechos de grandes maestros; entre los infinitos de que pudiera hacerse mención.

Handel dijo que su cocinero sabia más música que Gluck.

Gretry dijo que Mozart colocaba la estatua en la orquesta y el pedestal en la escena.

Rossini decia que la música de Weber le producía cólicos.

Beethoven fué calificado de bárbaro por célebres maestros.

Una intriga de Scalieri hizo que el *Don Juan* fuese silbado en Viena.

Fueron tantas las cábalas que se pusieron en juego en París para impedir que se representara *La Vestale*, de Spontini, que sólo á la decidida protección que la emperatriz Josefina dispensó al gran maestro, se debió que el arte contara con aquella admirable producción.

En cambio, si hay que creer á Heine, Spontini cometió luego las más bajas infamias contra Meyerbeer.

¿Pero qué importan todas estas debilidades del hombre al lado de las altas cualidades que enaltecen al artista? ¿Y qué es ello sino un trasunto de lo que ha sucedido, sucede y sucederá siempre en la sociedad, aquí y en todas partes, en esta continua lucha de la vida?

¡Menguada crítica la que deja á un lado la entidad artística para dirigir sus tiros al hombre! ¿Qué nos importa el hombre? ¿Qué nos importa la personalidad? Una gran artista, una gran cantante, ¿interpretará mejor la Valentina de *Los Hugonotes* porque sea Mesalina, Vestal ó Penélope?

Si Meyerbeer, en vez de ser modelo de honradez hubiera sido un malhechor, ¿valdrian menos por eso sus mágicas creaciones?

No y mil veces no, que la divina centella del génio desprecia la vil materia, y solo se asienta allí donde el hombre acaba, allí donde la vida material desaparece, donde comienza la existencia del espíritu, donde se presiente la pureza de un mundo mejor, donde se halla entronizada la más grande y consoladora de todas las ideas: la inmortalidad.

Esa han alcanzado los grandes hombres que á la ligera

mencioné en el curso de este pesado trabajo, y á ella está destinado el potente y luminoso génio que hoy, vivo, se ve aún perseguido encarnizadamente, y mañana, muerto, será glorificado.

Gluck, Beethoven, Berlioz y tantos otros tuvieron igual suerte. Ahí está la historia; ahí está Mozart, cuyos restos mortales no se encuentran ni se encontrarán probablemente.

En medio de todo, es seguro que los de Wagner reposarán en un suntuoso mausoleo; pero sabe Dios la suerte que espera al innovador que venga inmediatamente despues del maestro aleman.

Tengamos presente que las distancias se acortan cada vez más, y no olvidemos, sobre todo, que los tontos constituyen en este mundo una inmensa mayoría.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

INVOCACION.

¡Salve! radiante sol, astro luciente,
que eres del orbe espléndida corona:
himnos de amor la creacion entona
á tu fecunda luz resplandeciente.

Por do quiera que vas, do quier se siente
la vida germinar de zona á zona;
y tu grandiosa magestad pregona
la magnitud de Dios Omnipotente.

Sigue tu curso en mágico vislumbre,
y cuando oprima mi urna cineraria
la tierra, con inmensa pesadumbre,

Como lámpara triste y funeraria
pueda el último rayo de tu lumbre
bañar ¡oh sol! mi tumba solitaria.

E. LOPEZ IRIARTE.

LAS CORRIENTES DEL PENSAMIENTO RELIGIOSO.

Atrevido es el epígrafe de mi artículo: con objeto de dar una idea clara, he prometido lo que sólo me es dado cumplir muy imperfectamente.

Este escrito es de actualidad. Vivimos en un tiempo en que el interés que excita el pensamiento religioso—el pensamiento que á la religion concierne,—está difundido en área más extensa que nunca lo estuvo, y en el que tambien el aspecto de este pensamiento es singularmente multiforme y confuso. Desafía todas las tentativas de reducirlo á la unidad y recuerda la descripcion que hizo Ovidio del cács:

*Nulli sua forma manebat
Obstabatque aliis aliud, quia corpore in uno
Frigida pugnabant calidis, humentia siccis,
Mollia cum duris, sine pondere habentia pondus* (1).

Surgen á cada paso multitud de fuerzas sin fin determinado ó errantes, que se cruzan y chocan unas con otras, las cuales, no solamente no pueden ser regidas, sino tampoco clasificadas. Cualquier intento de agruparlas, siquiera ligera y toscamente, es atrevidísimo cuando no desesperado; pero como por atraccion y repulsion obran en todos nosotros, á todos nos importa saber cuanto más podamos de su naturaleza y direccion: y un esfuerzo inicial, por débil que sea, acaso marque el camino á trabajos más comprensivos y exactos.

Trataré por tanto de indicar, sin pretensiones, cuáles parecen ser en nuestros dias las principales corrientes del pensamiento en lo concerniente á religion: y como quiera que en

(1) Ovid. Metam., I. 17.

cuestiones de esta clase es difícil juzgar acertadamente el efecto sin la causa, me propongo tratar también con brevedad en otro artículo el cómo y por qué han llegado esas corrientes á su actual movimiento desordenado y brusco.

Los cauces en que á mi ver corren principalmente son cinco. Este Punjaub se diferencia del que en la geografía se conoce, en que sus rios no convergen, aunque entre ciertos puntos y para determinados propósitos, todos ó algunos de ellos puedan correr en direcciones paralelas. Ni van ellos como el Pó y sus tributarios deslizándose desde el monte al llano para hallar su reposo (1), pues al ménos hoy dia, mientras más léjos corren, más, al parecer, se alborotan.

Mi tosco mapa no traspasará los límites de la cristiandad. Hay quienes opinan, segun parece, que como en pasados tiempos, vendrán hácia nosotros hombres sábios del Oriente á instruirnos sobre los pensamientos y las cosas. Sobrado tiempo tendremos para examinar estas especulaciones y su valor práctico cuando conozcamos con más claridad el verdadero interior moral y espiritual de las vastas regiones del Oriente. Podremos formar entónces y de este modo alguna idea de las relaciones que existen, tanto entre su religion teórica y la actual, cuanto entre sus creencias y su práctica personal y social; y podremos además en cierto modo ser capaces de apreciar la aptitud que tienen para sufrir la escudriñadora forma de una transición, que partiendo de su actual estancación los lleve á la vivaz y activa condición de la vida del siglo. En la actualidad estamos los más en tinieblas tocante á estas cuestiones capitales, y en donde como con el Islam acontece, tenemos unos pocos rayos luminosos, la perspectiva de la ayuda que puede obtenerse de tal rumbo está muy léjos de darnos aliento.

Interinamente, pues, empiezo por la proposición de que al tratar esta cuestión para la cristiandad, la estamos tocando en su corazón mismo. El pensamiento cristiano, la tradición cristiana, la sociedad cristiana, son el pensamiento, la tradición y la sociedad más grandes y que más imperan en la tierra.

(1) Dante. Divina Comedia, v. 98.

Del cristianismo irradian el poder y la influencia; no afluyen hácia él ni vienen á él desde fuera. Parece que hay un punto al ménos en la superficie de la tierra—el que ocupan las razas negras del Africa occidental—donde el mahometismo gana terreno al cristianismo; pero seguramente no es aquel punto la residencia de gobierno desde la cual han de salir los *fiats* del porvenir, para dar direccion á los destinos de los hombres.

Aún tengo otras observaciones preliminares que hacer. Una es apologética, admonitoria otra. Admito, en primer lugar, que muchos escritores, muchas inteligencias y caractéres, tales como J. S. Mill y la escuela de H. G. Paulus y muchos de los que ahora se llaman de la amplia iglesia (*Broadchurchmen*), no están comprendidos precisamente en ninguna de las cinco divisiones, sino que quedan entre dos de ellas, ó se colocan por encima y participan de los caractéres de varias. Esto sucede forzosamente, más ó ménos, en todas las clasificaciones del pensamiento; y en ésta probablemente más que ménos, porque son complejas las distinciones y la operacion dificultosa. En segundo lugar, mi objeto es exponer principios cuando están en oposicion y se distinguen de las opiniones. No vaya á suponerse que éstas van siempre conforme con aquellos, como tampoco los hijos se parecen siempre á sus padres. Los principios son ciertamente los padres de las opiniones, y en último caso, podrán demostrar el origen, determinando lineamientos de los descendientes. Así individual como colectivamente, conocen los hombres sus propias opiniones, pero ignoran á menudo los principios que les son propios. A la larga, sin embargo, son siempre los principios los que gobiernan, y las opiniones dejan libre paso á aquellos; pero es éste un trabajo que requiere tiempo, y no poco en algunos casos.

Hay hombres que necesitan nada ménos que toda su vida para ello, y no pocos para quienes toda la vida no es plazo bastante. Un notable caso histórico de esta distincion puede verse en aquellos puritanos ingleses del siglo XVII, que rechazaban en globo la autoridad de credos, textos y formularios. Sus opiniones eran calvinistas ó al ménos evan-

géticas. Después de tres ó cuatro generaciones, se descubrió que, conservando el título de presbiterianos, las congregaciones, por regla general, se habían hecho unitarias; y no obstante seguían en posesión de los edificios y otras donaciones, procedentes de creyentes trinitarios. Por uno de estos casos surgió el famoso pleito de la donación de Lady Hewley. Sir Lancelot Shadwell, que decidió la cuestión, sabía perfectamente que se hubiera puesto de punta hasta el último pelo de la cabeza de Lady Hewley si hubiera sabido á qué género de evangelio iban á dedicarse sus fondos, y decidió que sólo podían emplearse en conformidad con las opiniones de la donante. Satisfecho con una primera inspección del caso, el público aplaudió el fallo y no se revocó éste; pero los que estaban en posesión del legado no se dejaron desalojar por la metralla de tales alegaciones y apelaron al Parlamento. Sostuvieron que los puritanos, sus antepasados, les habían instruido en descartar toda autoridad intermediaria y en interpretar por sí mismos las Escrituras, como mejor pudieran. Hubiera sido, en verdad, intolerable que los mismos que enseñaron á rechazar esta autoridad cuando era antigua y estaba profusamente extendida, la hubieran reconstituido en sus propias personas, recentísima y cruda, como límite de la conciencia. Los unitarios sostuvieron que habían obedecido la lección que se les enseñara, y que no era falta suya si el resultado de su fidelidad era diferir de sus maestros. El Parlamento profundizó en la cuestión que la justicia sólo había tocado superficialmente y confirmó el título de posesión á los que lo tenían.

Hay más. Del mismo modo que los hombres pueden tener distintas opiniones amparados por el mismo principio, pueden tener también las mismas opiniones estando dirigidos por principios distintos ú opuestos. Nadie fué en principio más contrario á la Iglesia de Roma que el difunto Mr. Henry Drummond, y sin embargo expresaba en la Cámara de los Comunes un concepto tan elevado del sacrificio eucarístico, que forzosamente hubiera satisfecho á un teólogo de la Iglesia latina. También la doctrina de la trasustanciación fué recibida en el siglo XIII por la autoridad de un Concilio papal,

y es probable, sin embargo, que muchos de los *viejos católicos*, que han rechazado el dominio, sigan todavía conviniendo con la proposición.

Pienso que se verá que estas observaciones explican los casos ya indicados de personas que no se hallan comprendidas en ninguna de las cinco clases. Son principalmente, á mi modo de ver, ó los indolentes, que adoptan una opinion á la ventura con vislumbres fragmentarios del dominio del pensamiento religioso, ó los amantes de lo pintoresco, que se dejan gobernar por el color exterior ó por otros signos superficiales: ó bien son escritores en un estado de transición que han recibido el choque que les ha arrancado de su base original y que todavía no han encontrado una region á propósito para volverles á su equilibrio, un fluido de la misma gravedad específica que la suya.

No hago caso del sistema denominado Erastiano (1). Apenas puede, en cuanto á mí se me alcanza, ser llamado un sistema de pensamiento religioso, ni estar con este relacionado en manera alguna. Su centro de gravedad no está dentro del recinto religioso.

El ultramontano más violento, el agnóstico más determinado, pueden del mismo modo hacer excelentes erastianos, según varien tiempos y circunstancias. Si seguimos la idea erastiana, no importa averiguar á qué Dios rendimos culto, ó cómo se lo tributamos, con tal que deduzcamos la creencia y el culto del poder civil, ó que los tengamos una y otro sujetos á sus órdenes. Muchas respetabilísimas personas han sido, ó han creído ser erastianas; pero el sistema, en los desarrollos de que es capaz, se cuenta entre los más rebajados que haya conocido el hombre:

«*Non ragioniam di lui; ma guarda e passa.*»

Por último, cosa es llana que un mapa religioso, como el que trato de presentar en bosquejo, hace referencia

(1) Sistema que niega que la Iglesia anglicana tenga el poder de excomulgar. Nota de la R. C.

á la *Ecclesia docens* más bien que á la *Ecclesia discens*; á la base científica ó especulativa de los respectivos sistemas y á los pocos que en ellos se ocupan, no á su desenvolvimiento en la vida y práctica generales, asunto mucho más difícil y cuyo estudio me es odioso.

Ahora puedo sentar las cinco escuelas ó sistemas principales, que están constituidas como siguen. Tenemos:

I. Los que aceptan la monarquía del Papa ó sea la escuela ultramontana.

II. Los que, rechazando la monarquía del Papa, creen en la visibilidad de la Iglesia, ó sea la escuela histórica.

III. Los que, desechando la monarquía papal y la visibilidad de la Iglesia, creen en los grandes dogmas centrales del sistema cristiano, la Trinidad y la Encarnacion. Estos serán llamados aquí la escuela protestante evangélica.

IV. Aquellos que, rechazando declaradamente todas las expresiones conocidas de dogma, creen, sin embargo, en un sér que rige moralmente al Universo y en un estado de prueba para la humanidad, uniendo ó no á esta creencia algunos de los particulares del sistema cristiano, ya doctrinales, ya morales. A estos llamo escuela deista.

V. La escuela negativa. Negativa, es decir, en cuanto al pensamiento que puede llamarse religioso en el sentido más usual. Bajo este epígrafe, me veo obligado á colocar un número de construcciones, cuyos adeptos acaso se resientan de la colocacion. Están así colocados bajo el punto de vista de que concuerdan en negar categóricamente, ó cuando no, en que rehusan reconocer ó afirmar el reino de una providencia y la existencia de un estado de disciplina ó prueba. A este grupo pertenecen á mi parecer:

- | | |
|------------------|----------------------------|
| 1.—Escepticismo. | 5.—Paganismo (Resucitado). |
| 2.—Ateismo. | 6.—Materialismo. |
| 3.—Agnosticismo. | 7.—Panteismo. |
| 4.—Secularismo. | 8.—Positivismo. |

I.

De estas cinco grandes divisiones, la primera está muy por delante de cualquiera de las otras en extension material. Sus números ostensibles pueden casi igualar á los de la segunda y tercera juntas. La cuarta y la quinta están formadas con partidarios desperdigados y aislados: los cuales, ó no tienen credo reconocido, ó si existen en comunidades, es sólo en comunidades tan pequeñas que no son sino pequeños puntos en el aspecto general.

El sistema ultramontano tiene tambien la gran ventaja, para el buen éxito de sus esfuerzos, de ser con mucho la organizacion más elástica, la mejor tejida y la más altamente centralizada.

Además, deriva su origen por sucesion no interrumpida de Cristo y sus apóstoles. No puede concebirse bien título más imponente; sin embargo, y como es natural, no tiene un peso decisivo para los que recuerdan ó creen que un sistema deista, dado por el Todopoderoso á nuestros primeros progenitores, pasó, en los tiempos clásicos y de un modo semejante, por trasformaciones mucho más fundamentales. Por una série de desviaciones insensibles y sin el choque de ningun cambio revolucionario, en un largo curso de edades, despues de un principio puro, fueron construidas muchas formas de religion que en el período del Advenimiento habian llegado á ser en su parte principal nécias y falsas. Tal vez se alegue que las tradiciones de la Iglesia latina, lo mismo que su sucesion personal, aún no se han roto. Pero esto, naturalmente, será negado por los que consideran que el Concilio de 1870 ha introducido de un golpe un cambio fundamental en los artículos de la fé cristiana. Las autoridades romanas han conseguido, sin embargo, recomendar la proposicion á la inmensa mayoría, y su pretension pasa con popularidad como cosa corriente.

Este sistema singular, que recibe las Sagradas Escrituras y que dá nominalmente gran autoridad al testimonio de la tradicion, sujeta las unas y la otra á lo que sobre ellas

pueda construirse, ya por una reunion de obispos y de otros determinados altos funcionarios,—la cual deriva su autoridad del Papa,—ya por el mismo Papa, cuando cree conveniente tomar sobre sí el encargo. Es verdad que se dice que él escucha consejos; pero es el sólo juez para saber qué consejos ha de tomar y si ha de seguirlos ó no. Verdad es que declara que cuanto promulga como artículo de fé estaba contenido en la revelacion original; pero por su sólo juicio puede determinarse la cuestion de si está ó no realmente comprendido. No parece sino que para la generalidad han estado al principio escritos en tinta invisible muchos artículos de la creencia cristiana, y que solamente el Papa se arroga el encargo de poner el papel al fuego y exponer estas noveles antigüedades al asombro de un mundo admirado. Con respecto, no obstante, á asuntos de disciplina y gobierno, ni siquiera está el Papa restringido por la profesion de seguir la antigüedad. La comunidad cristiana está organizada bajo él como un ejército, en el cual cada gerarquía está estrictamente sujeta á otra que está por encima. Mil obispos son sus generales; unos doscientos mil clérigos son sus oficiales subordinados; los láicos son sus proletarios. Las fuerzas auxiliares de este gran establecimiento militar son las órdenes monásticas. Y se diferencian de los auxiliares de otros ejércitos en que tienen una disciplina todavía más estricta y una dependencia del jefe más completa que los soldados ordinarios. Dos cosas pueden asegurarse incondicionalmente acerca de estos cuatro órdenes gerárquicos: que á los láicos ningun derecho pertenece y que todo derecho reside en el Papa. Todos los demás derechos que no sean el suyo, son sólo provisionales, y únicamente se llaman derechos por vía de acomodamiento, porque pueden ser retirados á voluntad. Los derechos de los seglares contra los sacerdotes, de los sacerdotes contra los obispos, de los obispos contra el Papa, dependen enteramente del juicio ó placer de este, segun crea conveniente decir que es lo uno ó lo otro. A todas las órdenes dadas por él y emanadas de él, por este sistema, demandando absoluta obediencia, se debe una obediencia absoluta.

Al encanto de una continuidad no interrumpida; á la ma-

gestad de una masa inmensa, á la energía de una organización fuertemente trabada, añade el sistema que hoy justamente se llama papismo ó vaticanismo, otra fuente más legítima todavía de fuerza, que consiste en que innegablemente contiene en sí mismo una gran parte de la vida religiosa individual del cristianismo. La fé, la esperanza, la caridad, que fué oficio del Evangelio engendrar, florecen en su recinto en los corazones de millones y millones, que sienten poco y conocen ménos sus reclamaciones extremas y el desenvolvimiento constantemente progresivo de éstas. Muchos hermosos y nobles caractéres crecen en su seno. Más aún: las criaturas y niños de pecho del Evangelio—los pobres, los débiles, los ignorantes, las almas sencillas que en esferas tranquilas dan el corazón y la voluntad á Dios, y cuya sombreada vereda no está abrasada por las candentes cuestiones del pensamiento y vida del hombre,—estas personas no están de ningun modo peor dentro de la Iglesia romana que estarian bajo otros sistemas cristianos. Aumentan la masa del cuerpo principal, obedecen la voz de mando cuando hasta ellas llega, y ayudan á suministrar los recursos que ponen en movimiento tan vasta maquinaria.

Y hay más. La hueste papal tiene razones para congratularse por los cumplimientos que recibe de sus más extremos opositores cuando los compara con el desden que esos mismos opositores manifiestan hácia todo lo que hay en medio. Así E. von Hartmann, el principal oráculo vivo del panteísmo germano, dice que con un honorable espíritu de consecuencia, el catolicismo, despues de una larga modorra, ha declarado guerra sin cuartel á la cultura moderna y á las más altas adquisiciones del reciente desarrollo mental (1); y observa que al mismo tiempo que denuncia abiertamente la esterilidad de momia y la incapacidad religiosa del ultramontanismo, sin embargo, «tiene que sentirse halagado porque yo reconozca en él el campeón legítimo del cristianismo histórico y señale sus medidas contra la cultura moderna como el último esfuerzo del sistema por su conservación

(1) *Die Selbstzersetzung des Christenthums*, p. 15. Berlin 1874.

propia» (1). Conforme con lo que antecede, reserva sus denuncias más severas para el «protestantismo liberal», su pariente más inmediato, aún cuando los más sonoros truenos del Vaticano suenan para proclamar las iniquidades de los «católicos liberales» (2).

Citaré más brevemente las abrumadoras causas de debilidad del sistema ultramontano. Creo yo que las principales son: 1) su hostilidad en general á la libertad del pensamiento; 2) su incompatibilidad con el pensamiento y movimiento de la civilización moderna; 3) sus pretensiones contra el Estado; 4) sus pretensiones contra los derechos de los padres y maridos; 5) sus celos, en algunas partes disminuidos, de la libre circulación y uso de la Sagrada Escritura; 6) el enagenarse *de facto* las inteligencias educadas en los países en que prevalece; 7) sus efectos nocivos sobre la fuerza y moralidad relativas de los Estados en que domina; 8) su tendencia á minar la veracidad en la mente individual. Si este cargo se tuviera por duro, podría referirme, para una exposición mucho más fuerte, á las obras del hoy difunto Mr. Simpson, que desde la Iglesia anglicana se convirtió al sistema romano.

II.

Inmediatamente despues de la escuela ultramontana viene una cuya mejor designación acaso sea la de histórica; porque, sin sostener que todo lo que ha sido ha debido ser, considera el consentimiento general de la cristiandad, honradamente examinado y suficientemente averiguado, como un guía auxiliar de la razón individual para buscar la verdad religiosa. A esta pertenecen esos «católicos liberales» que acaban de ser mencionados, y los cuales, á diferencia de los viejos católicos, permanecen externamente en la comunión latina confiando brava y generosamente sin probabilidades

(1) Idem. Volwort, p. 10.

(2) El último ejemplar de esto puede verse en una pastoral del obispo Bourget, de Montréal, héroe de la notable y famosa ocurrencia de Guibord. Publicada en el *Montreal Weekly Witness* de 10 de Febrero de 1876.

de triunfo, en condiciones que deben forzosamente asegurarles una existencia en extremo incómoda. Su posición parece ser en sustancia idéntica á la de una parte de los protestantes del siglo XVI, quienes con perfecta buena fé creían que estaban manteniendo el verdadero sistema del cristianismo tal como lo enseñan la Escritura y la Historia Sagrada, pero que tenían que sostener esta convicción como propia contra los tribunales constituidos de la Iglesia latina. La apelación hecha ahora, en verdad, es del Concilio del Vaticano á un Concilio legalmente constituido; pero la autoridad viviente ha negado el derecho de apelar, y según parece descansa, por tanto, ahora que aquella autoridad ha dado una expresión final al dogma de la infalibilidad, en los últimos fundamentos del juicio privado. La cuestión aquí, sin embargo, no es tanto su posición eclesiástica como su forma de pensamiento religioso y su lugar propio en el diseño ó carta general. Acaso sean pocos y están ciertamente aislados. Pero esencialmente simpatizan con ellos muchos que no llevan la misma divisa; en resúmen, todos aquellos que, desechando la monarquía papal, se adhieren al dogma antiguo formulado en los credos, y creen que Nuestro Señor y sus apóstoles, obrando éstos con la autoridad de aquel, fundaron una sociedad con una promesa de perpetuidad visible y con la comisión de predicar el Evangelio y administrar los sacramentos. Ese Evangelio es la fé que fué entregada á los santos; y mientras que algunos de esos creyentes admitirían que la Iglesia puede equivocarse, todos estarían conformes en sostener que no puede errar fatal ó finalmente, y que la prenda de su vitalidad, ya que no de su salud, es incondicional; incondicional, sin embargo, no en una parte ó en cada una de sus partes, sino en conjunto y como conjunto. Convendrían en que sigue Dios manteniéndola en posesión de toda verdad esencial. Convendrían en aceptar aquellas declaraciones de la verdad que há doce ó quince siglos emanaron de ella como cuerpo unido, obrando en Concilios legales y que recibieron el sello final con la aceptación general de los fieles. No reconocerían autoridad final subordinada á la de la Iglesia unida, y demandarían una aceptación razonable y libre de esta autori-

dad por parte de las individualidades cristianas. Antes, si estas proposiciones nos hacen entrar demasiado en los detalles, creen ellos en una Iglesia histórica, más bien constitucional que despótica, con su fé inmutablemente definida mucho tiempo há, y segun todas las apariencias de un modo adecuado, y no se dejan inducir por el pretexto del desarrollo para tolerar que innovaciones palpables ocupen un lugar al lado de las verdades reconocidas en el curso de cincuenta generaciones.

Si doy á los que así piensan el título de históricos, es porque parecen estar en conformidad con el tipo esencial del cristianismo, tal como fué manifestado en los sistemas apostólico, episcopal y patriarcal; y porque no se entremeten en la práctica con aquel testimonio tradicional, cuya real validez y peso admiten en teoría, además de su gran utilidad en union con la apelacion de la Iglesia á la Sagrada Escritura.

Este, en sus contornos esenciales, es el sistema que constituye la base científica de las Iglesias orientales ú ortodoxas. No hablo de los defectos, faltas y abusos, que sin duda en ellas abundan, porque en una ú otra forma á todo cuerpo religioso le sucede lo mismo; pero sí de los fundamentos últimos, que son, segun ellos pretenden cuando se les obliga á defenderse, la garantía de lo que es esencial en su sistema.

Grande, á no dudar, es en todos casos el intervalo entre la teoría escrita y la práctica de los cuerpos eclesiásticos. Apenas es menor la diferencia entre su doctrina autorizada en el verdadero sentido, que ellos como obligacion tienen, y el desarrollo que esta misma doctrina recibe del predominio sin freno ó con pocos obstáculos de la preocupacion que prevalece en las obras individuales de escritores y en la tradicion popular. Con la primera sola tengo yo que ocuparme ahora. En cuanto, sin embargo, pocas ó ninguna de ellas son juzgadas entre nosotros, en mi opinion, tan superficial ó duramente como las Iglesias orientales, yo me atrevo á observar, en su defensa, que nada tienen que ver con cuatro grandes conflictos que más que nunca perturban á la Iglesia latina, considerada en conjunto: conflicto entre la Iglesia y el Estado; conflicto entre la Iglesia y las Escrituras; conflicto entre la

Iglesia y la familia; conflicto entre la Iglesia y la cultura, la ciencia y la civilización modernas.

Aunque la más numerosa falange de este plan de creencia ha de encontrarse en las Iglesias orientales, volviendo al contorno que me ha servido para describirlo, se verá que incluye la teología clásica de la Iglesia inglesa, juntamente con los que se llaman católicos-liberales á quienes la corte papal mira como insectos parásitos de su Iglesia, y con los viejos católicos á quienes ha conseguido despedir de ella visiblemente. Puede decirse que dicha teología forma una de sus alas. Los grandes libros y los escritores reconocidos que expresan el espíritu teológico del anglicanismo, parten siempre de la afirmación ó supuesto de que la Iglesia es una sociedad ó congregación visible, y sus jefes y gobernadores episcopales conservaron con una escrupulosidad constante la sucesión de los obispos en un tiempo y bajo circunstancias en que la política del momento debía más bien recomendarles tratarla como asunto indiferente. De ningún modo se debilita esta proposición por el hecho de que en los más ó en muchos de los casos hicieron grandes concesiones por la posición de los protestantes en el continente. La de ellos era entónces, en gran medida, indefinida y provisional, y susceptible de ser considerada como representando hasta cierto punto un caso de necesidad con respecto al gobierno y al orden. Ellos dicen que los cambios hechos en Inglaterra durante el siglo XVI, en cuanto á dogmas y usos, estuvieron dentro de la competencia de la Iglesia local que los aceptara, y que nunca fueron condenados por autoridad legítima; y están temerosos de que el rechazar en general la tradición indique realmente un desprecio hácia la historia. Estos principios son tratados por muchos que los ven desde fuera, por ejemplo, Lord Macaulay, como «extravagancias del partido de la alta Iglesia» (*High Church*). Pero es hecho histórico establecido que el «partido de la alta Iglesia» no es otra cosa que un nombre más quizás tosco pero verdadero, para la influencia que ha moldeado la teología de la Iglesia inglesa ó mejor aún, de las Iglesias anglicanas, desde el reinado de Isabel, hasta nuestros días.

Entre los protestantes que no son episcopales, una pe-

queña parte de teólogos alemanes quizás simpatiza con el sistema aquí descrito. Como ejemplo reciente, aunque no demasiado reciente, puedo mencionar á Rothe (1). Pero en otros tiempos hubiera incluido este grupo á muchos de los nombres de más peso del protestantismo, como son los de Casaubon y Grotius, y descollando sobre estos el del gran Leibnitz.

La fuerza de este sistema estriba, generalmente, primero, en que se apoya en la antigüedad y autoridad y consentimiento de los primeros escritores cristianos, conocidos como padres; todos y cada uno de los cuales sostienen la visibilidad y oficio de enseñanza de la Iglesia, mientras que solamente retorciendo una palabra aquí ó allí de poquísimas de sus obras en forzada prominencia y aislamiento, puede hacerse creer que alguno de ellos esté en buenos términos con la monarquía papal. En este punto hay que hacer una distincion entre el Oriente y el Occidente. La opresion y la pobreza han lanzado las Iglesias del Este á una actitud defensiva, y han limitado, por necesidad, el campo de instruccion y condenádas especialmente á los males de la inmovilidad. Pero su continuidad doctrinal no es responsable de la pretension que hace daño á la de la Iglesia romana. En tiempos pasados aparecen como protestantes, en el sentido más legítimo é histórico de la palabra, contra las innovaciones de la supremacía papal y de interpolacion en el credo de Niza y Constantinopla. En los dias que corren son los más determinados y los más temidos entre los antagonistas del Concilio Vaticano. En Occidente, este plan de religion se ha apoyado en instruccion y solidez más bien que en número y organizacion. Pero su respeto por la historia y por la libertad del pensamiento, y la moderacion general de sus opiniones sobre el poder eclesiástico, habian mitigado del todo, hasta nuestros dias, sensiblemente las violentas asperezas del sistema romano; y, bajo una forma anglicana, le han hecho posible, en cierto sentido, mantener y áun fortalecer, en tiempos recientes, su dominio sobre una gran parte

(1) *Anfänge der Christlichen Kirche*. Witenberg, 1837.

de las más activas naciones del viejo mundo, sobre las que más seguras están de sí mismas. Ultimamente, el plan tiene la ventaja de que no es la mera profesion de una escuela, ni un sistema en el papel ó en el cerebro, sino que está firme, aunque variadamente embebido, en documentos auténticos y tradiciones históricas de grandes cuerpos eclesiásticos, grandes miembros de la cristiandad.

Si tal es la fuerza de la segunda de mis cincodivisiones, imparcialmente considerada, tiene de igual modo señales de debilidad que le son características. Sus adeptos, mientras que enseñan que los cristianos deben de estar unidos en la organizacion visible de la Iglesia, están *de facto* separados uno de otro; y muchos de ellos de la parte más numerosa del mundo cristiano. Lo que es todavía peor, en un sentido meramente popular—y en este sentido únicamente hablo de fuerza ó debilidad—es que descansa esencialmente en un intermedio: que acepta la base de la creencia religiosa, muy á la manera que tenemos todos de aceptar la guia de la Providencia y el deber moral en la vida práctica. Reconoce la autoridad de la Iglesia; pero no puede, por decirlo así, señalar los medios por los cuales pueda esa autoridad ser plena y finalmente ejercida en un momento dado. Deja que la Sagrada Escritura sea suprema en materias de fé; pero interpone más ó ménos un sentido interpretativo, en puntos de controversia, entre la palabra divina y la inteligencia individual. Lo que más gusta á los hombres en religion es sencillez y rectitud. Pero este método no habla con la rectitud ó sencillez de ninguno de los sistemas que le son próximos, de los cuales el uno dirige sus preguntas categóricas al sacerdote, al obispo y al Papa; y el otro promete una infalibilidad particular y personal, como consecuencia del piadoso ejercicio de la mente sobre la Divina Palabra. Lo mismo le sucede en una gran crisis religiosa que á los matices moderados de la opinion en tiempos de excitacion revolucionaria. Son aptos para desaparecer como los presbiterianos ante Cromwell, ó como Lafayette ante la Gironda, que á su vez tiene que dejar el sitio al Terror. Las proposiciones más agudamente definidas son aquellas que más alivian el entendimiento, satisfaciendo la parte

afectiva de nuestra naturaleza. En uno y otro lado permanecen silenciosos los tartamudos lábios, y los adeptos están individualmente expuestos, como ha demostrado la experiencia, á ser empujados á campos opuestos, en los que tales proposiciones son las consignas de las huestes rivales.

III.

El tercer gran poder (1) que hay que anotar en el mapa del pensamiento y sentimiento religiosos, es el que yo me he atrevido á denominar el protestante evangélico. Porque el nombre puro y simple de protestante es ahora usado lata y descuidadamente algunas veces, hasta por hombres que sin creer en nada, necesitan sin embargo ser ayudados para sus fines por aquellos que creen en algo, y que confían para esto en el encanto que todavía revisten los primeros pasos de su carrera, y lo asocian con una batalla varonilmente dada por la libertad contra la opresion y el abuso. Para precisar su sentido, basta el afijo *Evangélico*. La frase, de este modo ampliada, comprende á todos los que, rechazando la monarquía papal, rechazan tambien, ó al ménos no aceptan, la doctrina de una Iglesia católica, visible é histórica; los cuales, sin repudiar siempre en absoluto todo auxilio de la autoridad ó de la tradicion, están en nombre de la libertad humana celosos en extremo de semejante ayuda, y dispuestos más bien á apoyarse solamente en el simple contacto del espíritu individual con la palabra divina. Tal es su lado negativo. Pero ellos se adhieren á casi todas las grandes afirmaciones de los credos. Creen firmemente, si no de un modo científico en la revelacion, la inspiracion y la profecía, en la dispensacion de Dios

(1) Se ha hecho un esfuerzo notable para incorporar la idea que he descrito como base de la tercera division, en lo que fué conocida como capilla de Surrey. Fué fundada en un principio por el Rev. Rowland Hill, y ahora, bajo el ministerio del Rev. Newman Hall, está á punto la congregacion de emigrar á edificio mayor y más magnífico. El plan descansa en una "Lista de doctrinas" que excluye la iglesia visible, como una institucion histórica ó constitucion política, pero requiere la creencia dogmática de la clase expuesta en el texto; y no requiere ni incluye conexion con cualquier persuasion particular de los que profesan ser cristianos.

manifiesta en la carne; en un sacrificio expiatorio por el pecado del mundo; en un espíritu conversivo y santificante: en resúmen, aceptan en toda su plenitud, acaso en algunas partes con cruda exageracion, las llamadas doctrinas de la gracia. Es evidente que tenemos aquí la verdadera médula de la gran tradicion cristiana, áun cuando ésta médula no esté encajonada en el bien enlazado esqueleto de un sistema dogmático y eclesiástico, tal como era mantenido en principio por las antiguas Iglesias. Es tambien, de seguro, evidente para el ánimo despreocupado que tenemos aquí una verdadera incorporacion de la creencia cristiana, hasta cierto punto en las instituciones, y todavia más extensamente en la vida y en el carácter. Y esta doctrina puede sin duda reclamar, con no ménos razon que los ya descritos ántes, que es un árbol fructífero. Ha organizado grandes comunidades. Ha formado naciones cristianas; ó al ménos no las ha destruido. Ha sostenido una experiencia de diez generaciones. Puede ser que no genere en gran medida las más refinadas formas de religion, ó mucho de la más elevada espiritualidad; pero seria osado el que intentara enlazar con ella cualquier inferioridad marcada y palpable en resultados morales, comparados con los de otras constituciones cristianas. No entro en la discutible cuestion de la pretension que probablemente tendria á una superioridad marcada. Mi objeto es establecer en su nombre que ha hecho bueno hasta cierto punto su fundamento en el mundo del hecho cristiano: que no puede dejarse á un lado por expediente ó figura de controversia, tales como el de que es una rama arrancada del tronco con una vida sólo derivada y provisional. Tiene puntos flacos ante la crítica, como fácilmente puede demostrarse; pero es un gran factor del sistema cristiano, tal cual ahora existe en el mundo. Está claramente expuesta, y refiere al mundo sus propias debilidades lo mismo que sus victorias ó méritos; alista millones y veintenas de millones en sus banderas: y mientras que por entero armoniza con el movimiento de la civilizacion moderna, exhibe su sello en el trabajo de los trabajos, esto es, en unir al alma humana con Cristo.

La frase que he empleado hubiera descrito correctamente, en el período de la Reforma, con excepciones insignificantes, á las comunidades reformadas del continente. Ahora, en el siglo XIX, temo que sólo represente un partido, mayor ó menor, en cada una de esas comuniones: un partido, cuya fuerza numérica es difícil de estimar aun por conjeturas. En el Reino Unido, no obstante, puede reclamar casi el cuerpo entero de presbiterianos é independientes (*Nonconformists*) en sus varias denominaciones. Más aún, la seccion de la Iglesia de Inglaterra que se titula la Evangélica ó Baja Iglesia, que ahora no es muy extensa, pero todavía activa y celosa, parece en su mayor parte pertenecer á él. De la poblacion del Nuevo Mundo que habla el inglés, es decir, en los Estados Unidos y colonias británicas, que puede ser apreciada en números redondos en cincuenta millones, puede reclamar quizás como propios unos treinta millones: y no parece que ninguna porcion del grupo entero esté dotada de mayor vigor que ésta, que ha crecido en nuevo suelo y léjos de la sombra debilitadora acaso de las nacionales instituciones religiosas.

En su lado popular y de trabajo, en su energía pastoral y misionera, en la casi ilimitada libertad de sus movimientos, es fuerte este grupo. Ni tiene que sufrir mucho del reproche de separaciones que formen comunión exterior, cuando se considera que las formas particulares de organizacion religiosa son, en su opinion, asuntos de indiferencia relativa y que la intermixon de oficios ministeriales, tan incóngrua é indecorosa donde principios ordenados trazan la línea de demarcacion, es para sus respectivas secciones nada más que un signo que crea y alienta la fraternal benevolencia. Su debilidad está en la parte del pensamiento. Esta es la forma de la idea cristiana, y es la única que acepta la responsabilidad de sostener la principal parte del sistema dogmático de los primeros tiempos; pero renuncia, por miedo á ulteriores consecuencias, la inmensa ayuda que su argumento sobre el texto y *corpus* de los libros sagrados, deriva del vivo desenvolvimiento, á través de tantos tiempos, del sistema cristiano y del continuo asentimiento de la Iglesia á una y la misma fé. Está

cargado con las necesidades de un plan exclusivo; porque no sólo denuncia como desercion de la fé el abandono de la doctrina de la divinidad de Cristo, sino que de igual modo, en algunas de sus secciones, interpola nuevas esencialidades propias, tales como seguridad personal, eleccion particular, perseverancia final y conceptos peculiares respecto á la concordia de Cristo y la doctrina de la justificacion. Con respecto á esta última, frecuentemente ha dado á la fé el carácter y eficacia de una obra, aparentemente ignorando hasta que estaba de este modo, cortando debajo de sus pies el famoso *articulus stantis aut cadentis ecclesiæ*. Tiene una dificultad lógica para librarse de tales excrescencias; puesto que la excrescencia y aquello á que ésta se une nacen y crecen de un idéntico suelo, por ser recibidos con idéntica garantía, ora sea esta la de un maestro religioso favorito, ora la de iluminacion personal.

Más que todo, ha sufrido muy gravemente por los recientes ataques al *corpus* de la Escritura, que él recibió simplemente como un volúmen autorizado por sí mismo, y á su inspiracion verbal; cuestion que nunca ha ofrecido tan sério dilema para los que se contentan con tomar su puesto en la antigua constitucion de la Iglesia y con tolerar su oficio de testimonio y enseñanza. Basándose en el cánon de la Biblia, con exclusivismo, que peca de rígido, está obligado á protestar contra el gobierno y muchas de las doctrinas de la Iglesia, justamente en la época en que aquel cánon fué formulado. Sus repudiaciones son tan considerables y de alcance tan extenso, que apenas le queda un terreno sólido, propio para la defensa de aquello que no está ménos decididamente resuelto á retener. Es, por lo tanto, como podia esperarse, una escuela pobre todavía en la literatura de la historia de la Iglesia, de la teología dogmática y del pensamiento filosófico. Sus propios anales, desde el siglo XVI aquí, dan prueba abundante de que queda abierta en muchos puntos á grandísima disminucion. No es esta desintegracion, como en el último caso, personal y atómica. No es la mera separacion accidental de desertores individuales: es la decrepitud y decadencia de leyes orgánicas. Aun ahora, en medio de sus

muchas excelencias, hay señales de ser el peligro inminente. En verdad que si no fuera por el fundamento de esperanza que siempre dan la verdadera piedad y el celo, seria difícil asignar un límite al futuro campo del principio destructor. Aun la desaparición de las crudezas calvinistas, requeridas en un tiempo como la verdadera quinta esencia del Evangelio, puede excitar recelos en los ánimos de observadores amistosos, aunque extraños, cuando reflexionen que no se concede á las más altas y más centrales verdades de los antiguos credos, ninguna ni más alta autoridad que las que dichas crudezas tuvieron.

IV.

De un gran salto vamos ahora á la region del deísmo. Hemos dejado la zona en que todos igualmente adoran el nombre y la persona del Mesías; en que la Escritura es suprema; en que es reconocido un órden sobrenatural lo mismo que uno providencial; en que la religion es autoritaria y obligatoria, y está basada en una regla fija objetiva. Hemos entrado en una zona en que el instinto subjetivo, la necesidad ó tendencia del hombre á la religion, son consideradas como título de esta y como su medida; en que, en lo que á la religion se refiere (y presumo que no en otros asuntos), la verdad es principalmente aquella que un hombre concibió, y en que el individuo, creciendo hácia la madurez, en vez de aceptar y usar la tradicion de sus padres hasta que sus facultades adultas vean motivo para discutirla, está más bien apercebido contra tal aceptacion por lo que ella aumenta las dificultades de la eleccion imparcial. Aquí somos introducidos comunmente, al ménos en teoría, en un nuevo modo de educacion. En cosas tocantes á su vida corpórea é inteligente; se permite al jóven, en verdad, que aproveche el vasto capital acumulado por el trabajo y experiencia de su raza. Pero, con respecto al mundo no visto y á su Autor, no debe ser embaucado con preocupaciones; no hay aquí nada que se parezca á una verdad establecida ó supuesta, de la cual pueda aprovecharse; está destinado, ó aconsejado, á

empezar de nuevo. Lo que él alcance del mismo modo que empezó con su infancia, morirá con él. No heredó de nadie, y nadie heredará de él.

Al hacer esta transición, confieso sentir un gran cambio de clima. No es simplemente que se hayan abandonado ciertos dogmas. Se han cambiado la actitud mental, el método del conocimiento. En los tres primeros sistemas, ese método era tradicional y continuo; en este es independiente y sencillamente renovable por un arriendo vitalicio en cada hombre.

Tal bosquejo está, pienso yo, en conformidad con la teoría del deísmo moderno, y tal es su meta ó punto final de parada en la práctica. Pero esto no es el cuadro completo. Tiempo es de mostrar su lado positivo. Reconoce un Todopoderoso director del mundo aunque tiene escrúpulos en llamarle Persona; sin embargo, teniendo conciencia de Él como de uno que tiene algo que ver con nosotros y con el cual nosotros tratamos del modo que las personas tratan unas con otras, este Sér Omnipotente nos ha colocado bajo disciplina en el mundo, y hará de algun modo real y efectivo que el bueno sea feliz y que los que hacen mal sufran con seguridad por ello. Son estas verdades del mayor valor intrínseco. Más aún, ¿quién dirá que, si fuera la gran enfermedad del mundo moral ménos virulenta de lo que es, no darian aquellas mismas una medicina suficiente? Pero yendo más léjos todavía, la mayor parte de los deístas han llegado á serlo, no por rechazar el cristianismo, sino por separarle de él, y al abandonar su antigua casa, se han llevado una parte, á veces grande del mueblaje; una profunda reverencia personal por la persona del Salvador y una ardiente adhesión á la mayor parte, cuando ménos, de su enseñanza moral, y aún, como sucede por ejemplo en los escritos de Mr. Martineau, un devoto reconocimiento de sus fines espirituales más elevados.

Puede observarse, sin embargo, de parte de esta escuela de maestros una disposición, no exclusiva, sino especial, á recomendar su sistema asociándolo con lo que se llama universalismo ó la doctrina de que todo sér humano, ó con más propiedad, todo sér creado, por averso y remoto que pueda ahora estar de Dios, será puesto en algun tiempo futuro en

conformidad con él, y por consiguiente, en un estado de felicidad. No puede abrigarse duda de la predisposición de muchísimos á asentir á una proposición de esta índole. Da la especie de placer que podemos concebir que experimenta el caballo fogoso á quien se quita un bocado duro. Pero propone una creencia; y una proposición afirmativa necesita tener por fundamento algo más sólido que un mero sentimiento de consuelo. Para que un plan de esta clase pueda alcanzar peso y autoridad distintos de la mera popularidad, parece requisito necesario hacer algún esfuerzo, no diré para soportarlo en la Escritura ó en la tradición, sino para darle un lugar entre los principios admitidos de religión natural, para sostenerlo por analogías y presunciones sacadas de la experiencia humana y de la observación de la vida, carácter y manera de ser de las cosas bajo que vivimos. Cuando por un uso sólido de los métodos de Butler se haya demostrado que un plan de esta clase encaja y conviene en el gobierno moral del mundo y en el trabajo natural de la conciencia humana, entónces verdaderamente se habrá hecho algún progreso hácia obtener la atención para que lo que reclama sea tenido como un artículo de fé religiosa. Pero hasta que llegue ese tiempo, acaso no sea para sus partidarios manantial de gran fuerza intelectual ó moral.

Ahora bien; no tenemos derecho alguno para imputar mala fé á los unitarios y á los otros por pretender que no pueden ni quieren separarse del nombre de cristianos, que son los que verdaderamente profesan un cristianismo reformado, y que han llevado á cabo certera y consistentemente aquella reducción del cristianismo á la forma de su primitiva promulgación por su ilustre maestro, que en el siglo XVI no efectuaron otros porque fueron demasiado tímidos ó no bastante ilustrados.

Desde el tiempo de Belsham, han ocurrido, al parecer, considerables cambios en el sistema del cristianismo. En la actualidad incluye probablemente mucha variedad de pensamientos religiosos. Pero yo no sé que haya abandonado la pretensión de ser el mejor representante del primitivo Evangelio como fué dado por el mismo Cristo.

Los judíos, que juntos todos forman una comunidad numerosa, han creído hasta ahora que son los servidores de una redención no cumplida. Pero parece que una parte al menos de ellos, está ahora dispuesta á resolver su esperado Mesías en un personaje típico, que simbolice las bendiciones de la civilización. Debe dudarse que modificación semejante á la indicada añada mucho á la fuerza moral del judaismo ó haga más valiosa su alianza al grupo que ahora estoy tratando de definir.

Desde que la doctrina de la Encarnación fué la que dió al Amor, como poder práctico, un lugar en la religión; podemos del mismo modo suponer que á la negación de esa doctrina aquel serafín desplegaría sus alas y abandonaría el arca sagrada á que durante largo tiempo ha dado calor y bendición. Pero no es así. Sea la que sea la causa, todavía residen la devoción y el fervor, tal vez pueda decirse que todavía están en expectación, dentro de este recinto de abstracciones algún tanto frías. Hay dentro de él muchos hombres, no solamente irreprochables en la vida, sino excelentes; y muchos que han escrito en este país y en el continente con no menor poder que seriedad en defensa de los fundamentos de la creencia que mantienen. Tales son, por ejemplo, el profesor Frohschammer en Alemania y Mr. Laveleye en Bélgica; y en Inglaterra, sin pretender dar toda la lista, tengo que pagar tributo de honor y respeto á Mr. Martineau, Mr. Greg, doctor Carpenter y Mr. Levons. Véase, por ejemplo, la última edición del *Credo de la cristiandad* de Mr. Greg: el discurso del Dr. Carpenter á la asociación británica de Bristol: el notable capítulo con que ha cerrado Mr. Levons su obra sobre el método científico; y más reciente que todo eso, las poderosas producciones que ha publicado Mr. Martineau en la *Contemporary Review*, en las que ha mostrado el concepto teológico de la gran voluntad causal, como el núcleo más interno del pensamiento dinámico (1).

La verdad es que la escuela se compone, no de una nación ó tribu con sus materiales promíscuos y á menudo groseros,

(1) *Contemporary Review*, número de Mayo, páginas 531-546.

sino de individuos selectos repartidos aquí y allí y unidos por poco más que la coincidencia de opiniones. Por lo general son hombres exentos de las tentaciones que la miseria trae consigo, y fortificados con los frenos que la cultura proporciona. No es exageradamente caritativo suponer que una parte de ellos al ménos pueda ser de los que por una constitucion dichosa, moral y mental, nunca han sentido en sí mismos la necesidad del gobierno más severo y eficaz que dan las doctrinas de la Iglesia cristiana. En este sentido, dadas las condiciones de nuestro estado humano, la misma bondad puede ser un lazo. En cualquier tentativa, sin embargo, para estimar el sistema como sistema, tiene que recordarse que el tipo moral de los individuos se fija, no solamente, y algunas veces no principalmente, por sus convicciones personales, sino por los principios, las tradiciones y los hábitos de la sociedad en que viven y bajo la cual es un punto de honor y tambien de deber no hundirse. La verdad de un sistema religioso queda solamente probada cuando está destinado éste á reformar y educar en territorio propio grandes masas de la humanidad. No nos dejemos llevar, sin embargo, demasiado precipitadamente por el antagonismo de opinion y vayamos á juzgar ligeramente la influencia que una escuela limitada en número como esta, pueda ejercer en el porvenir. Porque si ellos no son gobernantes, gobiernan á los que lo son. Pertenecen á la clase de pensadores y maestros: y de este círculo siempre estrecho aún en las organizaciones más grandes es de donde salen las influencias que una á una forman el espíritu de los hombres, y que en su conjunto determinan el curso de los asuntos, la suerte de las instituciones y la felicidad de la raza humana. Lo que yo por mi parte temo es que, en contra de sus intenciones, mientras que la agregacion que resulta de la parte destructiva de sus operaciones pueda ser grande, en su enseñanza positiva y constructora ensayada en gran escala, han de fracasar por completo.

No es solamente su debilidad numérica la que me infunde el miedo de que, si alguna vez se redujera la creencia á las dimensiones concedidas por esta clase de maestros, su re-

síduo caería fácil presa del elemento destructor. Es en parte, porque el plan nunca ha sido capaz de sufrir la prueba de la práctica en grandes comunidades. El único gran monoteísmo conocido en los tiempos históricos es el de Mahoma, y sin deseo de juzgar con dureza á este sistema, presumo que nadie lo considerará competente para llenar el vacío que quedaria derribando el cristianismo histórico. El monoteísmo general que muchos investigadores y la mayor parte de los cristianos encuentran en los tiempos más primitivos, no vivió lo bastante para dejar algo como una huella clara en el terreno de la historia. El monoteísmo de los hebreos vivió en estrecha y reducida área una vida fluctuante y de sobresaltos y aparentemente debió esa vida á socorros del todo excepcionales. El monoteísmo de las escuelas filosóficas fué poco más que una declamacion y un sueño. Escuchemos por un momento á Macaulay hablando sobre los antiguos filósofos:

«Dios el increado, el incomprendible, el invisible, atrajo
 »pocos adoradores. El filósofo podia admirar tan noble concepcion, pero la muchedumbre volvia las espaldas con disgusto á palabras que no presentaban imágen á la inteligencia.
 »Ante la divinidad incorporada en forma humana, andando
 »entre los hombres, partícipe de sus enfermedades, apoyada
 »en sus pechos, llorando sobre sus tumbas, dormida en el
 »pesebre, derramando sangre en la cruz, se hundian en el
 »polvo las preocupaciones de la Sinagoga y las dudas de la
 »Academia y el orgullo del Pórtico y las fasces del Lictor y
 »las espadas de treinta legiones» (1).

Es, pues, este sistema seco, abstracto; no atrae, no tiene camino para llegar al corazon de la generalidad. Y seguramente hay todavía razones más graves y concluyentes para que en su enfermiza resurreccion añada otro fracaso á los que hasta ahora han marcado y formado sus anales. Está abrumado intelectualmente con cargas que no puede soportar. Vivimos nosotros, como hombres, en un laberinto de problemas y de problemas morales, de los cuales no nos es dado escapar. La prevalencia de la pena y del pecado, las

(1) Essay on Milton. Essay I. 22.

limitaciones de la voluntad libre, que se aproximan á veces á una extincion virtual, las leyes misteriosas de la independencia, lo indeterminado para la mayor parte de los hombres de la disciplina de la vida, los encontrados propósitos que parecen en todos puntos atravesarse á dispensaciones de la benevolencia del Todopoderoso, pueden solamente combatirse por una suspension grande, casi incomensurable de juicio. Solucion para ellos no tenemos ninguna. Pero vino una construccion al mundo hace mil ochocientos años que es prenda y presagio de solucion; que ha desterrado de la tierra ó hecho esconder llenos de miedo á muchos de los más malvados mónstruos que asolaban la humanidad; que ha restablecido á la mujer en su sitio en el órden natural; que ha levantado la ley del derecho contra la ley de la fuerza; que ha proclamado, y en muchos grandes particulares puesto en vigor, el cánon del amor mútuo; que ha abierto desde dentro manantiales de fuerza para la pobreza y la debilidad, y puesto un freno en la boca y una brida al cuello del orgullo. En una palabra, este proyecto mitigando la actual presion de uno y de todos estos tremendos problemas, se ha dado títulos para ser oido cuando nos asegura que llegará un dia en el cual conoceremos del mismo modo que somos conocidos y cuando su presion no eludirá por más tiempo las fuertes inteligencias y caractéres entre nosotros; ni llevará al más débil hasta la desesperacion. Mientras tanto, nadie, á no ser por propia falta intencionada, ha perdido nada por el advenimiento de Cristo, mientras que muchos cuando ménos están mejor. Así que, al derramar sobre nosotros la sustancia de tantos dones y la promesa de tantos más, nada ha hecho para agravar las cargas del alma, que no ha hecho desaparecer. Por las teorías adventicias, forzadas y artificiales de hombres, tiempos y lugares particulares, no puede hacérsele responsable. Juzgado por sus propios documentos auténticos y universales, es un sistema que remedia y alivia. Es singular embrollo de la psicología comprender cómo los hombres pueden desechar sus auxilios benévolos aunque sean limitados, y destinarse, por tanto, á hacer frente con escasos recursos al ejército entero del enemigo. Porque como deistas tienen, para hacer todas las concesiones, que batallar con to-

das las objeciones que aparecen implícitas contra la regla establecida para el gobierno del mundo; pero se privan del inapreciable título de apelar ya á las benévolas doctrinas del cristianismo histórico, ya á los nobles resultados que ha producido, siquiera sean estos parciales.

Pero ya es tiempo de entrar en la última jornada de nuestro viaje.

V.

No necesito repetir el catálogo de sistemas que caen en apariencia bajo mi último y quinto epígrafe, ya dados en una página anterior.

Es una verdad social fuera de toda duda, que si se dice á *A* que es como *B*, en la mayor parte de los casos se le ofende; y que si se dice á *B* que es como *A*, comunmente tiene el mismo efecto. Temo que las clasificaciones que he intentado hacer, puedan en un sentido tener semejantes consecuencias y con razon más grande: porque estamos inclinados á pensar bien de nuestras creencias; pero no de los aspectos que presentamos. Todavía es posible que sea ménos aceptable la clave en que nada ménos que ocho sistemas van á ser comprendidos á la vista. Previendo yo el disgusto y queriendo evitarlo, debo manifestar de nuevo que el principio de clasificacion es negativo, y que el lazo comun de los sistemas que van á ser expuestos juntos, es que no reconocen ni dejan espacio para un gobierno personal y un director personal del mundo, en el sentido en que estas frases han sido recientemente explicadas. Parece que ellos renuncian por una necesidad de sus sistemas á la religion, en su sentido popular y usual; pero iria más léjos de mi propósito y más allá de mi intencion si dijera que todos ellos renuncian á aquella en el sentido de un lazo que los une á algo que es externo á ellos mismos. Hartmann, en la obra á que ya me he referido, nos da lo que él piensa que es una religion, para reemplazar al cristianismo que se marcha, y nos lo da bajo el nombre de panteismo. Strauss nos ofrece el culto al *Universo* en su *Alte und Neue Glaube* (*antigua y nueva fé*). Comte quiere producir un aparato más

perfecto en la religion de la humanidad. Esta pretension no es para mí otra cosa que una alucinacion, aunque estoy muy léjos de decirla ó creerla una impostura. Pero hay más: en el caso individual puede no ser de modo alguno una alucinacion. Para más de un antiguo estóico la imágen de la virtud, para más de un peripatético la constitucion y ley de su propia naturaleza como habia sido analizada y descrita por Aristóteles, puede haber constituido en grado mayor ó menor un objeto de verdadera reverencia y culto, freno para las tendencias al mal, aliento para ir tras lo bueno, ciertamente hasta un consuelo en la adversidad y sufrimiento y un recurso en las proximidades de la muerte. En más de un pensador moderno imágenes parecidas á estas tambien, y sistemas mucho ménos racionales que estos pueden en estos momentos vivir y abrir, ó al ménos, vivir sin cerrar las mismas fuentes de buena influencia. Pero, así como en los vinos, una cosa es la composicion que ha de producir algo potable en el país en que se hacen y otro saber qué más hay que hacer para que el producto pueda aguantar un largo viaje marítimo sin convertirse en vinagre, así en asuntos de creencias, individuos aislados pueden subsistir bajo un pié de dieta pobre, escasa, compuesta de hervidos, que sencillamente haría morir de hambre á la multitud.

Los sistemas, pues, pueden bastar para las necesidades morales de unos pocos hombres de inteligencia y cultura; pero no pueden ser propagados y no pueden ser trasmitidos: no pueden sufrir el tira y afloja de un constante movimiento; no pueden responder á las exigencias sin cuento y siempre mudables de nuestra naturaleza en general; no pueden hacer la ruda tarea del mundo. Los colores, si duraran el término de la existencia de una mariposa, no servirían para llevar las obras del Ticiano de generacion en generacion, de siglo en siglo. ¡Imagínese á doce agnósticos, ó á doce panteistas, ó á doce materialistas saliendo por esos mundos desde una Jerusalem moderna á hacer el trabajo de los doce apóstoles!

Pero, sean las que sean las amenazas que á mí me parezca que envuelven los sistemas en cuestion en sus eventuales resultados, deseo evitar hasta la apariencia de acusar á los

que los profesan, por el hecho de profesarlos, de ilegalidad mental ó moral. No echo en olvido el dicho de un eminente presbiteriano, Dr. Norman Macleod, de que más de un opositor al dogma está más cerca de Dios que algunos creyentes ortodoxos; ó las palabras de Laertes sobre la muerta Ophelia y el sacerdote:

«*A ministering angel shall my sister be
When thou liest howling*» (1).

No trataré de incluir en este artículo, que acaso ya ha traspasado los debidos límites, un bosquejo incisivo de estos diversos sistemas, ni pasar, en verdad, mucho más allá de la competencia de un diccionario.

Por escéptico entiendo aquel que, bajo la presión de dificultades, ya intelectuales, ya morales, que se le presentan en el sistema de Revelación y Providencia, hace esa suspensión de juicio, con respecto á lo no visto y universal que el creyente en Cristo ó en alguna forma de religion puede admitir como en parte defendible; y que por consecuencia, por convicción en parte, y en parte por hábito, deja que la influencia de lo no visto descienda en su ánimo á cero. Este diseño dejaria una ancha distincion entre el escéptico propiamente dicho, y el que lleno de buena fé y con un fin práctico va buscando una respuesta á sus preguntas, aunque los dos puedan avenirse en el momento en que prescinden por completo de toda conclusion afirmativa.

Por ateo entiendo al hombre que no solamente se tiene aparte de la afirmacion como el escéptico, sino que se lanza ó se ve lanzado á la asercion negativa con respecto al conjunto de lo no visto y á la existencia de Dios.

Por agnóstico, tambien, se significa uno que formula dentro de una proposicion la duda universal del escéptico; conviniendo con él en que declina predicar la no existencia de los

(1) Mi hermana será un ángel de consuelo cuando tú estés dando alaridos.....

Hamlet. v. 5.

objetos de religion; pero conviniendo con el ateo en cuanto los quita, por un dogma, de la esfera abierta y posible al conocimiento humano, ya absoluto, ya práctico.

Viene despues el secularista. Entiendo que se separa de las tres primeras escuelas en que no asevera de necesidad nada más que las demandas positivas y exclusivas de los propósitos, los goces y las necesidades, que se nos presentan en el mundo de la vista y de la experiencia. No exige en principio aún la universal suspension del escepticismo; sino que, poniendo los dos mundos en dos balanzas para apreciarlos, encuentra que uno pesa mucho y el otro nada, ó una cantidad inapreciable. A lo más es como un químico que, en un análisis de prueba, despues de separar en divisiones todo lo que puede medir, si encuentra algo además tan insignificante que no puede entrar en ningun cálculo cuantitativo, lo designa con el nombre de vestigios (*trace*) (1).

Pariente cercano del secularista seria el que profesa lo que yo he descrito como paganismo resucitado. Yo lo hubiera llamado más bien helenismo, si no hubiera y respirara en el mundo real otro helenismo, con mejor derecho al título. Este sistema evoca del remoto pasado lo que de un modo ú otro fué en un tiempo realidad histórica y mantuvo su puesto á través de los tiempos y presentó á la vista la concha de una religion para las comunidades de hombres que profundamente han marcado los anales de nuestra raza. Puede acaso llamarse secularismo glorificado. Aseveraba ó asumia, no solamente los derechos exclusivos de esta vida, sino la omni-suficiencia de la vida, en cuyo nombre estos derechos se reclaman. Era lisamente una religion para magos y no para Lázaros; una religion, cuya primera necesidad era que la masa de la comu-

(1) El párrafo que sigue es del prospecto de un periódico hebdomadario: «*El secularista* es un expositor de la filosofía de la vida llamada secularismo, que menosprecia la antigua política de sacrificar el bienestar cierto de la humanidad en la tierra á las meramente posibles y por completo desconocidas exigencias de una vida más allá de la tumba: que concentra la atención humana en la vida que ahora es, en vez de llevarla á una dudosa vida futura: que declara que la ciencia es la única Providencia utilizable del hombre: que repudia la fé infundada y acepta por única guia la razon: y hace conducente al bienestar humano el criterio del bien y del mal.»

nidad fuese esclava para hacer la ruda obra de la vida, y debía ser excluida de su comprension ó campo, y de la cual era resultado indudable hacer de la mujer libre nominalmente como regla general, el esclavo virtual del hombre libre. Pero su gran distincion era que era una realidad y no una simple especulacion. Educaba á los hombres atrevida y completamente en todos los órganos de la carne y del espíritu y les enseñaba á vivir como estadistas, soldados, ciudadanos, hombres de estudio, filósofos, epicúreos y sensualistas. Tenia tambien sus cismas y sus herejías: un Aristófanes con un sistema más masculino, un Alcibiades con uno más afeminado. Tenia de igual manera una copiosa fantasmagoría de deidades; una gerarquía arriba, representada en el mundo de todos los dias por un sacerdocio sin fuerza social ni moral, y que suministraba, sin embargo, una parte de la grandeza requerida por la espléndida y elaborada vida de arte del pueblo, y quizás todavía sirviendo en parte el propósito del legislador imponiendo el freno del terror á las pasiones inferiores del vulgo.

A las masas de los hombres, este sistema no les prohibia absolutamente la religion: una religion idólatra en la forma, pero no por esto enteramente sin valor. A la vida educada del ciudadano libre, la prohibicion era tan completa como posible era hacerla: y el espectáculo de esa vida en la edad clásica de Grecia apenas puede satisfacer á aquellos que enseñan que tenemos en el ánsia insita del corazon humano por una religion como parte de su necesario sustento, una garantía para la conservacion de cuanto le es esencial como poder y como instrumento de nuestra disciplina. Esto, pues, lo descarto como religion de la «suficiencia de la vida;» con un rebajado culto añadido á ella para el ignorante, pero sin poder de union de enlace entre el hombre educado de una parte y algo más allá del marco del mundo visible de la otra. Sistema como este no puede ménos de concluir en completo egoismo y degeneracion: Todavía no debemos olvidar cuánto tiempo necesita nuestra caprichosa é inconsecuente raza para encontrar los últimos resultados de sus principios: y mientras que los hombres estaban solamente en el camino de la ruina

moral, habia espacio y campo para mucho patriotismo, mucho honor y tambien mucho amor.

El materialismo halla en la materia la base y origen de todo lo que es. Acaso esta es propia y extrictamente una doctrina de filosofía más bien que una religion conmovedora. Estoy muy escasamente familiarizado con las leyes y los límites reales de la concepcion para hablar con confianza; pero al presente no veo la respuesta á la siguiente proposicion. En nuestro mundo actual nos hemos presentado objetos y poderes sencillamente materiales; y nos hemos presentado tambien objetos y poderes que *incluyen* lo que es por completo diferente en forma y actividad de la materia. Así, pues, si en una base materialista podemos tener *Hamlet* y *Macbeth*, las obras de Aristóteles, la *Divina Comedia*, la imitacion de Cristo, los Evangelios y las Epístolas, puede en el mundo no visto ser alcanzado posiblemente, con la misma base, todo lo que la teología nos ha enseñado. Y de este modo el materialismo se daria las manos con la ortodoxia. Tal puede ser el sistema desde un punto de vista. En el uso comun, en lo que es acaso el uso más consistente, temo que la frase se aplique por aquellos que desean expresar en una forma crudísima y crasísima la exclusion de la Divinidad del mundo y de la mente del hombre y del gobierno de su vida, y la descendencia eventual á la materia de todo lo que ahora ociosamente parece á nuestros ojos estar por encima de ella. Tal materialismo es el peligro especial de tiempos de *comfort* y de hacer dinero. La multiplicacion de los útiles de la vida material y mundana, y el aumentado dominio de ellos en el cada vez mayor conjunto de riqueza en las clases favorecidas de la sociedad, silenciosa, aunque firmemente, tienden á debilitar en nuestros espíritus el sentido de dependencia y á borrar el sentido compañero del pecado. Por otra parte, están como acrecentando firmemente las avenidas del deseo y encareciendo el absorbente efecto del goce. Con esto viene la muerte de la más alta concepcion de la existencia y la disposicion para aceptar la más baja de todas.

Un candidato que goza de mayor favor á la plaza que se ha supuesto que está para dejar vacante el cristianismo y el

deísmo, es el panteísmo. Encontrándolo frecuentemente en sus aspectos negativo y de polémica, no estoy perfectamente bien al tanto del origen á que debo acudir para sacar una exposicion auténtica de su carácter positivo. Peca quizás por ambigüedad de definicion más que cualquier otro de los símbolos adoptados para designar un plan de religion. Puede entenderse que se concibe á Dios como el centro de los sistemas por querer y poder, que penetra é invade todo sér y es inmanente en cada cosa y en cada organismo, en proporcion á su constitucion, capacidad y fin. Ahora bien; este centro moral de toda vida y de todo poder puede ser resuelto en el centro negativo del círculo en matemáticas, punto que tiene posicion pero no partes, y cuyo imaginario poder de gravitacion es sólo un nombre para la suma de fuerzas que no son las suyas, que vienen á encontrar en ese punto su *máximum*, y que por consiguiente le dan una entidad convencional para señalar en la concentracion lo que solamente existe en la diffusion. En el primero de estos dos sentidos no estoy yo seguro ni mucho ménos de que Dante no fuera panteísta. Porque él habla de este modo de la voluntad divina, y lo que es más, por boca de un espíritu bienaventurado:

*In la sua voluntate é nostra pace:
Ella é quel mare, al qual tutto si muove,
O ch' Ella cria, ó che Natura face (1).*

En este sentido es el panteísmo ó puede ser el más elevado cristianismo. Pero en el otro sentido de la frase, el concepto de Dios está diluido, pero no agrandado: la creacion visible, que se llama su vestidura, es una vestidura puesta sobre una figura yacente; todo aquello por lo cual El inspira el miedo, la reverencia y el amor que se apiñan al rededor de una persona; todo lo que nos coloca en relacion personal con El y hace posibles las relaciones personales con El, está desintegrado y tenido en solucion, y no puede llenar sus propias funciones,

(1) En su voluntad está la paz nuestra. Ella es aquel mar, en el cual todo se mueve; créelo ella ó hágalo la naturaleza.—*Divina Comedia, Parad. c. III.*

como no puede el cobre disuelto en ácido servir ántes de la precipitacion á los objetos de un tinte (1).

Queda solamente de esta formidable octava el asunto del comtismo ó positivismo, ó como bien pudiera llamarse, humanismo. En un sentido general, parece adelantar sobre el panteismo, trayendo á cuento ciertos bienes, que el panteismo no se para á examinar, á saber, los vastos anales de la vida y experiencia del gran pasado humano, resumidos en una unidad. En los caracteres humanos, agregados ó escogidos, vé ó piensa ver una noble pintura: en los resultados humanos una gran acumulacion de capital social y moral lo mismo que material: en la una, un objeto capaz y propio de mover la veneracion y amoldar así el sér moral de la raza; en la otra, los medios y arbitrios necesarios para el progreso continuado en la carrera futura. Cuando se considera este sistema desde el terreno de la creencia, nada puede redimirlo del cargo de aquel gran acto inicial de destruccion, en lo que participa con sus siete competidores; todavía hay, se creeria, mucho de la fé y caballerosidad en este esfuerzo constructor, y alguna simpatía debe sentirse por este galante intento de edificar una obra que sustituya á la antigua creencia y de borrar el Ichabod (2) escrito en las tablas de un altar abandonado.

Algunas de las doctrinas que he colocado en esta quinta division, son, en boca de los más egoistas y vulgares de los que las profesan, meros nombres para cubrir el abandono de toda religion; y quizás algunas veces de muchas obligaciones morales. Con respecto á los demás, pienso que es importante insistir en la observacion de que son, por una ú otra causa, hombres excepcionales y no ordinarios, hombres de tal manera condicionados que en su caso la relacion entre la creencia y la vida no dá indicacion alguna de las consecuencias que un estado semejante, en cuanto á creencias, si llegara á preva-

(1) Al principiar el primer capítulo del Ensayo de Mr. Hunt sobre el asunto (Longmans 1566), están expuestos con claridad los varios sentidos posibles del panteismo. Hasta ahora no he visto todavía ninguna prueba de la proposicion de Mr. Hunt de que la personalidad envuelve la limitacion (página 341).

(2) ¿Dónde está la gloria?

lecer extensamente y en permanente medida, traería en las masas de los hombres. Son, por ejemplo, *rari nantes*; porque aunque su número reunido, en el círculo de hombres dedicados á tareas intelectuales, sea en este momento grande, el número de aquellos, cuyos testimonios convienen que estén (por decirlo así) en un sentido positivo de la misma comunión es pequeño, y las sectas de opinion pequeñas, no alentadas con extenso y general aspecto, no desarrollan rápidamente, aún en su propia conciencia, las consecuencias extremas que sus ideas producirían en la práctica. Por muchos motivos, buenos así como inferiores, se contentan con respirar la atmósfera moral de la comunidad que les rodea, se gobiernan por sus tradiciones y costumbres, y llevan sus atavíos, que ellos á menudo equivocan por la obra de sus propias manos. Hay además hombres cuya vida está absorta en tareas intelectuales y que se salvan por los altos intereses de su profesion ó funciones de los daños que esperan á manos y espíritus holgazanes.

Una vez más: me aventuré, últimamente, en la misma *Contemporary Review* en que escribo este artículo, á proponer una opinion agradable para algunos, y espero que ofensiva para nadie, de que en algunos casos la disposición á menospreciar ó á cercenar ó aún á abandonar la antigua creencia cristiana puede ser debida á una composición más feliz que el término medio en la suma ó energía de sus tendencias al mal y una consecuente insensibilidad para la real necesidad, tanto de restringir como de renovar los poderes, para la verdadera obra de la vida. Al mismo tiempo que tengo la conciencia, sin embargo, de no estar dispuesto para limitar admisiones de esta clase, sino más bien deseando alargarlas, sériamente protesto contra la inferencia, en cualquier forma, de que no traería la adopción general de estas ideas más frutos que los que ya se sabe que se cosechan de la aislada y deprimida existencia de estos sistemas. Permítaseme repetirlo: estaría tan dispuesto á admitir que una comunidad entera puede sostenerse con un plan dietético en la misma escala que ha bastado en los particularísimos casos que de vez en cuando se tropiezan en personas que pueden vivir y

en cierto sentido medrar, con una cantidad increíblemente pequeña de alimento y que parecen ya haber pasado á una existencia semi-etérea.

Al tratar de los cuatro primeros departamentos de este tosco mapa del pensamiento religioso, he intentado en cada caso indicar algunas de las especiales fuentes de su debilidad y de su fuerza respectivamente. Con respecto al quinto, renuncio á semejante intento, porque me llevaria á una consideracion general de las causas que recientemente han traído y que todavía están estimulando un gran movimiento de desintegracion en el dominio religioso. La paciencia del lector ha sido ya severamente puesta en tormento para que yo me permita entrar en un nuevo campo de discusion. Por tanto, dejo por ahora como está este múltiple ejército de fuerza dividida y en una gran extension contradictoria: lamentando de que para algunos pueda tener la apariencia de una tentativa para describir el campo en la víspera de la batalla de Armageddon (1).

W. E. GLADSTONE.

(*Contemporary Review.*)

PENSAMIENTOS.

Servir á la verdad, es heroismo;
 predicarla, virtud que no conviene;
 mas yo siento por ella fanatismo,
 y es porque la verdad para mí tiene
 la atraccion misteriosa del abismo.

Serán pueriles antojos;
 pero si matar á enojos
 no quieres mi pasion loca,
 haz que confirme tu boca
 lo que me han dicho tus ojos.

He de pedir que me entierren
 sentado, cuando me muera,
 porque no falte quien diga:
 —Ya no vive, ¡y aún espera!

MANUEL DEL PALACIO.

(1) Lugar en que Dios reunirá á sus enemigos para destruirlos. Nota de la R. C.

DON JOSÉ ANTONIO MAITIN

POETA VENEZOLANO.

I.

Cumpliendo la oferta que hice á los lectores de esta REVISTA al tratar de la *Literatura contemporánea en la América meridional y sus relaciones con la española* (1), comienzo en el presente artículo á dar noticia individualmente de algunos de los muy notables escritores venezolanos, incluidos por el Sr. D. José María de Rojas en la excelente Biblioteca que de ellos ha coleccionado y publicado en París recientemente.

Por qué doy principio á mi trabajo ocupándome en el examen y juicio crítico de las poesías del vate cuyo nombre en el epígrafe dejo escrito, y no tratando de las obras del señor D. Andrés Bello, á quien dá muy justificadamente la precedencia el ilustrado colector de la Biblioteca, voy á explicarlo tan lacónicamente como me sea posible.

Bello es, en primer lugar, un literato universalmente conocido, tanto en Europa como en América; y, además, sus obras, reputadas clásicas en la era presente, han sido tantas veces anunciadas, examinadas y juzgadas entre nosotros, que muy poco nuevo, y nada en realidad ya importante, me seria á mí posible decir en la materia. No sucede lo mismo con Maitin, de quien trata el Sr. Rojas inmediatamente despues que de Bello, y que á pesar del indisputable mérito que, á mi juicio al ménos, tienen sus poesías, apenas es en España cono-

(1) Véanse los números de esta Revista 8.º y 9.º correspondientes á los dias 30 de Marzo y 15 de Abril de este año, en las páginas 405, y siguientes; y 80 y siguientes.

cido fuera del círculo, por desdicha muy reducido, de los literatos que con algún interés estudian los progresos de la amena literatura en la América que fué española, y no me parece que puede nunca dejar de serlo, en cuanto al dominio de las musas se refiere.

Hago, pues, por ahora caso omiso de D. Andrés Bello, en razón á su notoria celebridad, y encabezo mi trabajo con el nombre de un poeta ménos conocido entre nosotros, y que merece, sin embargo, serlo mucho.

II.

Pocos y no muy detallados son los datos biográficos que, respecto á D. José Antonio Maitin, encontramos en la Biblioteca de escritores venezolanos, sin embargo de que su colector inserta íntegro en ella un extenso, muy bien pensado y elegantemente escrito *Juicio crítico* de las poesías de aquel, que publicaron «los célebres literatos chilenos D. Miguel y D. Gregorio Amunátegui» el año de 1851, y que en esta parte, y aún en la literaria, va á servirme de texto.

Maitin, pues, nacido en Puerto Cabello «algunos años antes de que allí estallara la revolucion de la independendencia, y que ya en 1812 tuvo que emigrar á la isla de Cuba, donde permaneció hasta 1824, era un hombre de la generacion á que pertenece el que esto escribe, aunque muy probablemente le excediera en la edad algunos años. Maitin nació español, y Maitin fué educado en tierra española, adquiriendo en su primera juventud el dominio completo del idioma castellano, que se revela en lo fácil y fluido de su versificacion, y en lo castizo, generalmente hablando, de su lenguaje.

En 1826, pasó á Lóndres, en calidad de adicto, ó agregado diplomático, como nosotros decimos, á la legacion colombiana en aquella capital; y á su regreso al país natal, cuya fecha ignoramos, parece que publicó «dos obras dramáticas en el género clásico, y compuso varias líricas, que siempre ha guardado en su cartera» (1).

(1) Todo lo entrecomado es copia del juicio de los Sres. Amunátegui.

Su vocación lírica no se pronunció realmente, ni ménos se reveló al público, nos dicen sus discretos biógrafos, hasta que, «habiendo llegado á sus manos, en 1841, las primeras publicaciones de Zorrilla, se sintió tan inspirado con ellas, que desde entónces comenzó á trabajar, y á insertar sucesivamente en los periódicos de Caracas, las diversas composiciones que despues han formado la coleccion de sus poesías (1).»

La fecunda y siempre inspirada musa de nuestro Zorrilla ha ejercido quizá más influjo todavía que en la española, en la literatura contemporánea americana, creando en nuestros antiguos dominios transatlánticos una escuela poética notable por sus indisputables bellezas, y tambien por sus peculiares defectos, que los discípulos han exagerado aquí como allí frecuentemente, sin acertar siempre á compensarlos con las altas dotes que el cielo ha concedido, como á pocos vates, al insigne maestro. Y es que con Zorrilla, como poeta lírico, acontece algo de lo que pasa con Lope, considerado como dramático: la inagotable vena de su fantasía, y la increíble riqueza de bellísimos detalles en todas sus obras, fascinan y deleitan de manera, que sin un grande esfuerzo no puede la razon sobreponerse al sentimiento, ni la crítica ejercer á sangre fria sus funciones normales. Por esa razon; porque Zorrilla aún felizmente vive; porque, en consecuencia, no ha dicho todavía su última palabra; y, en fin, porque yo me siento mucho más inclinado á admirarle, que con autoridad para juzgarle, seré muy parco aquí en cierto género de observaciones, de que, sin embargo, la índole de este escrito no me permite prescindir por completo.

Antes, empero, de exponer las indispensables, y no más que las absolutamente indispensables, conviene poner término al relato de los sobradamente escasos datos biográficos, que respecto á Maitin encontramos en el artículo que nos sirve de texto.

Desde el citado año de 1841, hasta el de 1874, en que falleció, solo se sabe que el insigne poeta pasó la vida apartado de los negocios en

(1) Publicadas en Caracas en 1851, por el Sr. Rojas.

«El valle delicioso,
 »Feliz, aunque apartado,
 »Hermoso, aunque olvidado,
 »Del blando *Choroní*» (1).

»Ese valle afortunado ha sacado su denominación de un
 »riachuelo cristalino, que se desliza mansa y apaciblemente
 »al pié de un cerro cubierto de lujosa vegetación, y al través
 »de un campo de verdura y flores:

«Allí no hay bellos palacios,
 »Ni dorados artesones,
 »Ni estatuas en los salones,
 »Sobre rico pedestal;
 »Ni músicas exquisitas,
 »Ni bulliciosos placeres,
 »Ni artificio en las mujeres,
 »Ni en los hombres vanidad;
 »Pero hay árboles copados,
 »Que se mecen blandamente,
 »Y un arroyo trasparente
 »Con sus ondas de cristal;
 »Y una tórtola amorosa
 »Oculta en la selva umbría,
 »Que exhala al nacer el día
 »Su arrullo sentimental» (2).

En ese lugar, con tan poética naturalidad, por Maitin mismo descrito en los anteriores versos, «encontraba el solaz de
 »su vida (nos cuenta su biógrafo) en la contemplación de la
 »naturaleza espléndida que le rodeaba. Durante el día, ó bien,
 »armado de su caña, se entretiene en pescar los peces del
 »diáfano riachuelo; ó bien, sentado á la deliciosa margen, á la
 »sombra de un javillo, cuyas ramas le sirven de dosel contra

(1) Versos de Maitin en su *Adios al Catuche*.

(2) De la composición titulada *El Hogar campestre*.

» los ardores del sol, se pone á leer, arrobado, los cantos del
 » divino Lamartine. Durante la tarde medita en medio del si-
 » lencio de los campos, admirando las magníficas y cambian-
 » tes luces del ocaso. Durante la noche, como el Endimion de
 » la fábula, ama con pasion á esa luna que, rodeada del cor-
 » tejo de resplandecientes estrellas, derrama sobre el mundo
 » tan apacible claridad. Allí, en ese retiro ameno, Maitin
 » deja trascurrir su existencia, siguiendo con su meditabunda
 » mirada el curso luminoso de los astros en el firmamento,
 » las aguas del arroyo que se deslizan por entre la yerba,
 » los movimientos de la brisa que juguetea entre las ramas del
 » bosque, deleitando el olfato con el aroma de las flores, en-
 » cantando el oido con las armonías de las aves.—¡Y sin em-
 » bargo, ese poeta no es feliz; no tiene el ánimo satisfecho, ni
 » el espíritu tranquilo!»

¿Por qué extrañarlo? pregunto yo.—¿Hay nada más natu-
 ral, nada más lógico, nada más fatalmente necesario, que el
 aburrimiento en la ociosidad, el disgusto en el aburrimiento,
 y la intranquilidad en el disgusto?—Entre el bullicio del
 gran mundo y la soledad del desierto, como entre el trabajo
 del forzado al remo y la inaccion absoluta del paralítico,
 como entre la continua penitencia del anacoreta y la molicie
 del sibarita, hay términos medios, en cuyas condiciones pue-
 den encontrarse la bienandanza, la satisfaccion del ánimo y
 la tranquilidad del espíritu, posibles al hombre en esta vida.
 Buscar esos bienes en los extremos, sean del género que fue-
 ren, es siempre una gran quimera. La vida meramente con-
 templativa le es al hombre tan poco genial, generalmente ha-
 blando, que, aun cuando á abrazarla le lleva la vocacion
 religiosa, há menester crearse en ella alguna ocupacion, ya
 espiritual, ya corporal. Así vemos á los anacoretas de los
 primeros siglos del cristianismo, labrar la tierra con sus pro-
 pias manos; á los monjes de la Edad Media, llevar á cabo tra-
 bajos literarios de una prodigiosa prolijidad; y á los cartujos
 modernos, ejercitarse, cada cual de ellos en su respectiva
 celda, en el oficio mecánico que más á su inclinacion le
 cuadra. Aun así, los espíritus que se aislan, ni son nunca
 alegres, ni tal vez, fuera de muy contadas excepciones, con el

mundo y con la humanidad muy indulgentes.—En suma: para mí es evidente que el hombre que no trabaja en algo, como no está contento consigo mismo, difícilmente puede estarlo con sus semejantes.

En efecto, «la vida del campo no dió á Maitin (como discretamente lo observa el Sr. Amonátegui) ni la moderación de afectos del epicúreo Horacio, ni el contentamiento de alma del cristiano Fr. Luis de Leon».—Verdad: pero el autor de la *Epístola á los Pisones* no hacia vida inactiva y solitaria, sino, por el contrario, cortesana, y no ménos á los placeres que á las musas consagrada; y en cuanto al Maestro Leon..... En cuanto al Maestro Leon, sobre que Dios le habia dado, con el alma de un ángel, el génio de un gran poeta, además de ser catedrático en la universidad de Salamanca, sus ejercicios piadosos, sus escritos filosófico-cristianos y su nunca muda lira, proporcionábanle ocupacion de sobra para excusarle todos los inconvenientes del aburrimiento.

Lo que hay es que la displicencia de Maitin, como la de otros muchos escritores de su época, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Mundo, sin que yo niegue que en algunos procediera de causas más ó ménos fundadas ó especiosas, tenia mucho más de aparente y de teatral, por decirlo así, que de real y efectiva.

La literatura padece tambien, como los pueblos, sus pestes, sus epidemias, y está sujeta, con harta frecuencia, al tiránico imperio de irracionales modas, ni más ni ménos que los prendidos y trajes de las mujeres. Cuando las várias corrientes de la civilizacion traen consigo una de esas épocas de contagio, á la manera que los vientos que del Oriente soplan han importado á nuestras regiones los deletéreos miasmas que en las orillas del Ganges engendraron el terrible cólera-morbo, el génio mismo sucumbe, las más de las veces, á su perniciosa influencia.

Así, por ejemplo, á mediados del siglo XVI, un poeta dramático, Jhon Lyly, de cuyas obras en ese género felizmente ya nadie se acuerda, inficiona el gusto literario y el idioma inglés mismo, en la córte de la reina Isabel, con un desdi-

chado libro, que tituló *Euphues*, obra maestra de la más incomprendible pedantería que imaginarse puede. En el siglo siguiente, Gomberville, La Calpréne y Scuderi, inoculan en la literatura francesa el virus de la más absurda extravagancia, así en el fondo como en la forma de sus producciones; en Italia, J. B. Mazzini, poeta, sin embargo, de fértil inventiva y armonioso versificador, pero afectadamente conceptuoso, corrompe también el gusto con sus desordenadas fantasías y su audaz fraseología; y en España, por último, Góngora, no contento con ser por naturaleza y gracia un eminente vate, estraga nuestra entonces floreciente literatura con el *culteranismo*, á cuyo tiránico poderío no alcanza á sustraerse ni el gran *Calderon*, como tampoco en Inglaterra pudo eximirse el gran Shakespeare de incurrir á veces en pecado de eufuismo. Y nótese bien esto: tanto el autor de *La vida es sueño* como el del *Hamlet*, más de una vez tronaron contra el vicio en que, sin embargo, incurrieron uno y otro.

No es muy de extrañar, por consiguiente, que á Maitin le alcanzara el contagio de la afectada misantropía y dramática desesperación que, en los albores del moderno romanticismo, estuvieron tan á la moda en el orbe literario, como en la época del renacimiento lo habían estado la inocencia pastoril y el sentimentalismo erótico-escolástico.

Goethe y Schiller, á fines del siglo pasado, habían iniciado en Alemania la revolución literaria, y Byron, en los primeros años de nuestra centuria, la inoculó con vigoroso impulso en el occidente de Europa. Pero Byron, sér excepcional en todo, en contradicción siempre con sus condiciones sociales, con las creencias y las costumbres de su país, y hasta consigo mismo, era un hombre que, en consecuencia, vivía luchando contra todo y contra todos, y padeciendo, por ende, un incesante moral suplicio. Su génio magnificaba, por decirlo así, los obstáculos con que luchaba; su fantasía prestaba infernal prestigio á las dificultades que se le oponían; y como con nada de lo en realidad existente estaba ó quería estar conforme, las más de sus composiciones parecen lamentos de desesperación y descreimiento, como los que el dolor de sus entrañas, eternamente por el buitre devoradas, pudiera arran-

carle al mitológico Prometeo. Tales obras, llevando en sí el sello de un talento de primer orden, y animadas por el más vigoroso estro, propagándose con eléctrica rapidez en nuestro escéptico siglo, tardaron poco en fundar escuela; y esa escuela, como todas y siempre, tuvo pronto también entre sus adeptos no pocos que, ora por fanatismo sincero, ora por incapacidad para otra cosa, exageraron sus principios y sus formas, á veces hasta el absurdo.

Convengamos, sin embargo, porque es de justicia, en que para ciertos poetas, á quienes su temperamento, sus circunstancias de carácter, y quizá también sus pasiones, colocaban en condiciones excepcionales, el romanticismo de Byron no fué más que una fórmula, á propósito y adecuada para expresar sus sentimientos. Espronceda, entre nosotros, se encontraba en ese caso; y así la amargura, la violencia y hasta la inconveniencia misma de alguna que otra de sus magníficas poesías, son pecados, sin duda, pero pecados que se explican por la historia de la vida íntima del poeta: no culpas á sangre fría cometidas por espíritu sistemático, ni solo con el fin de aparentar desdichas que no se padecen, ó de propagar doctrinas que no se profesan.

¿Estaba Maitin en el mismo caso de Espronceda?—No lo sabemos, ni parece probable que así fuera; y, en todo caso, tampoco el romanticismo quejumbroso y un tanto escéptico del poeta del Choroní, tiene grandes puntos de contacto con el del cantor de *El Diablo Mundo*. No es ciertamente Espronceda el modelo que tuvo á la vista el poeta venezolano, sino Zorrilla; y lo que va del uno al otro de esos dos eminentes vates, todo el mundo lo sabe.

Eso no obstante, paréceme á mí que Maitin es algo más sincero en sus dudas y amarguras, de lo que sus doctos chilenos críticos se lo figuran; solo que las vacilaciones proceden en él, más que de falta de fé en la conciencia, de la vaguedad del pensamiento; y sus lamentos, más que dolores del corazón, revelan ansiedad en el espíritu. Con un grande entendimiento, con un alma impresionable, el poeta se consume en la soledad y en la inacción; sus facultades alcanzan á mucho, y su voluntad en nada ó en muy poco las emplea: de

ahí el disgusto y el desabrimiento, de ahí que, no queriendo condenarse á sí mismo, se rebele contra el mundo en que, por culpa suya, no encuentra pábulo al fuego que arde inútil en su mente.

Por lo demás, y con verdad sea dicho, no encuentro yo en las poesías de Maitin ni virulencia en la expresión, ni fundamental escepticismo en las ideas. Hay, sí, alardés de desengaño, y desfallecimientos de la esperanza, y áun eso expresado con más tristeza que amargura. En el fondo, como en la forma, de aquellas de sus composiciones insertas en la biblioteca del Sr. Rojas—que son las únicas que yo conozco,—lo que advierto principalmente es una gran sensibilidad á las bellezas de la naturaleza, y una aptitud especialísima para describirlas.

Veamos algo de ellas, que de seguro no ha de pesarle al discreto lector conocerlas.

III.

Titúlase la primera «A Zorrilla»; y tanto porque en ella se hace completa justicia al mérito eminente de nuestro gran poeta, como para acreditar lo que respecto al venezolano hemos dicho al terminar el párrafo anterior, ha de permitirsenos que copiemos aquí algún fragmento de esa composición, ya que por sus dimensiones no nos sea posible insertarla íntegra.

Dícele, pues, á Zorrilla:

- «Dar vida sabes al viento,
- »Al campo, al agua, á la flor;
- »Vida al vasto firmamento,
- »A los céfiros aliento,
- »A la fuentecilla amor.
- »A la tarde das colores,
- »A la mañana arrebol,
- »Matiz á los ruisseños,
- »Que celebran sus amores
- »Saltando de flor en flor.

- » Y sus copas elevadas
 » Mecen los olmos silvestres,
 » Lánguidamente agitadas
 » Por las brisas perfumadas
 » De soledades campestres.

 » Y la aurora en el Oriente
 » Nevada sale, tocadas
 » Su cabellera y su frente
 » Con el velo trasparente
 » De nubes arreboladas.

 » A la noche silenciosa
 » Das flotantes vestiduras,
 » Que recoge magestuosa,
 » Cuando la aurora pomposa
 » Se eleva por las alturas.

 » Ora ese campo de estrellas,
 » Libre de nube importuna
 » Es un coro de doncellas,
 » Que va siguiendo las huellas
 » De su señora la luna.

 » Ora es el cielo azulado
 » Un pabellon de reposo,
 » Bajo el cual, aletargado,
 » Dormita el mundo, velado
 » De cortinaje pomposo.

 » Entónces callan los vientos,
 » Inmóvil duerme *la flor*,
 » Y hallas tú dulces acentos,
 » Un campo de sentimientos
 » Y un mundo de *inspiracion* (1).

 » ¡Ah! Permite que te admire,

(1) Así está en la biblioteca del Sr. Rojas, p. 94, c. 2.^a; pero es incorrección evidente, y lo es del poeta. Los vocablos *flor* é *inspiracion*, que terminan los versos segundo y quinto de esta quintilla, no son consonantes como debieran.

- »Que pruebe tu *inspiracion*,
- »Que si deliras, delire,
- »Con tus suspiros, suspire
- »Y llore con tu *dolor*» (1).

Verdaderamente, me parece que no pueden atribuirse á un poeta descreido y misántropo, esas tan lindas como sentidas quintillas, que, salvos algunos ligeros defectos de versificación, se me figura que Zorrilla mismo no se desdeñaría de haber escrito.

Puede argüírseme que, á poco y en esa misma composicion, exclama Maitin, siempre hablando con nuestro español poeta:

- «Al escuchar de la vida
- »La historia imperfecta y vana,
- »La torpe ilusion mundana
- »Se borra del corazon.»

Eso es cierto; pero á renglon seguido añade:

- «El hombre entónces levanta
- »Su vista abatida al cielo,
- »Y lo que pierde en el suelo
- »Lo halla en el seno de Dios;»

piadoso pensamiento, tan feliz como sencillamente expresado, y que no puede ser más ortodoxamente cristiano.

Y ya que de cristiano pensamiento he hablado, séame lícito, en abono de mi opinion y honra del poeta del Choroní, citar algunas estrofas, que en la composicion que ahora examino, me están, por decirlo así, á los ojos saltando.

Alude Maitin, sin duda, á versos de Zorrilla en que se trata del Juicio final (2), y encareciendo el vigor poético con

(1) El error mismo que hemos advertido en la nota anterior, se repite en la quintilla á que aquí nos referimos.

(2) No tengo á mano en este momento las poesías de Zorrilla, y me es imposible determinar de cuál de ellas se trata.

que en ellos está descrita esa futura postrer catástrofe del Universo, dice:

«Y el rayo suena espantoso,
 »Y las tempestades braman,
 »Y las sombras se derraman,
 »Y desaparece la luz,
 »Y se abre en grietas la tierra,
 »Y se oye la voz del juicio,
 »Y tiembla aterrado el vicio,
 »Y se asusta la virtud.

»Entónces, la vil caterva
 »De fieros conquistadores,
 »De la tierra los señores,
 »Son esclavos á su vez;
 »Y á la virtud que vejaron,
 »Al infeliz que oprimieron,
 »Al triste que persiguieron,
 »Besan los desnudos piés.

»Entónces la cortesana,
 »Que en blando lecho de flores
 »Alquilaba sus favores
 »Sin amor y sin placer,
 »Por ocultar se desvela
 »Su esqueleto carcomido,
 »Y de su sér corrompido
 »La espantosa desnudez.

»Entónces el avariento
 »Que riquezas atesora,
 »Y al pobre hambriento que llora
 »Jamás la mano alargó,
 »Escucha allí los gemidos
 »De la gente desgraciada,
 »Que, del hambre atormentada,
 »A su presencia murió.

»Allí se vé del ingrato
 »Vagar la sombra execrable,
 »La mirada inevitable



- »Huyendo del bienhechor,
- »Esa mirada que, en vano,
- »Huye la espantada sombra,
- »Que la acosa, que la asombra,
- »Cual fantasma aterrador.
- »Del mal hijo la congoja,
- »Los gemidos del perjuro,
- »En aquel cóncavo oscuro
- »Mezclan su confuso son;
- »Y el estampido del rayo,
- »El hondo silbo del viento,
- »Y el temor, y el desaliento,
- »El mundo llenan de horror.»

Seria hacer agravio al buen gusto del lector, detenerme á encarecer el mérito de esas bellas estrofas; y prurito de censura señalar tal cual defecto, más de correccion que de otra cosa, que en alguno de sus versos se advierte; pero no me parecen ociosas dos observaciones, que voy á someter al público muy concisamente.

La primera es que, en los versos que de citar acabo, hay algo más profundo y filosófico que la simple descripción de las bellezas externas de la naturaleza, asunto ordinario y dominante en las composiciones de Maitin. En esa referencia al Juicio final, nuestro poeta venezolano se muestra, á par que versificador fácil y poeta de fecunda fantasía, filósofo también y moralista. Conste.

Derívase de esa primera, mi segunda observacion, que consiste en notar que, ni como poeta, ni como filósofo, ni como moralista, encuentro á Maitin, en el pasaje que voy comentando, misántropo ni escéptico. No: el poeta confiesa y condena el mal, pero cree en el bien y en la justicia divina; el filósofo dá más importancia y anatematiza con más fuerza los vicios y perversidades del corazón, que los crímenes brutales, y, por eso, no nos habla ni del ladrón, ni del asesino, por ejemplo, sino de la ambición desenfrenada, de la tiranía cruel, de la prostitucion inverecunda, de la avaricia sin entrañas, de la ingratitude abominable, de la falta de piedad

filial, y del perjurio; y, por último, el moralista cifra el castigo de tales culpas en el remordimiento que engendran, mucho más que en las eternas llamas del averno. Conste también, en honra, como antes dije, del insigne poeta venezolano.

Ni es sólo en su composición á Zorrilla, donde Maitin es ó quiere ser tan filósofo como poeta, lamentándose de aquello mismo de que muy en vano se han lamentado infinitos escritores, desde que los ha habido en el mundo, hasta el momento presente. La tierra no es el paraíso terrenal; las mujeres no son todas ángeles; entre los hombres hay muchos que parecen demonios; y la vida humana, en resúmen, ni es ni puede ser la eterna bienaventuranza. Todo eso no es nuevo ciertamente, y todo eso se viene diciendo en todas las formas imaginables, y cantando en todos los tonos posibles, desde que se comenzó á escribir, y á perorar, y á cantar: ¡Cuán inútilmente, no hay pluma que no lo estampe, ni lira que no lo llore!

Sin embargo, eso produce siempre más ó menos efecto, porque, á quien padece, agrádale que su mal se deplora y poetice, y á los pocos—si hay alguno—que felices se imaginan, dóblales la satisfaccion de sus goces el contraste con los sufrimientos ajenos.

Yo confieso que, personalmente, no soy muy partidario de la filosofía doliente y quejumbrosa, porque me parece mejor combatir el mal que llorarlo; pero de gustos no hay nada escrito, y Maitin tenía el suyo—no muy exagerado por cierto,—que respeto sin participar de él, y del que voy á presentar aquí alguna muestra más de la ya citada.

En el *Adios al Catuche*, que ya mencionamos, y que es, por cierto, una composición en su género lindísima, el poeta, después que describe

«El bosque misterioso
 »De lírio y de jazmin,
 »Y sus frondosos techos,
 »Que apanan, solitarios,
 »Los rayos incendiarios
 »Que bajan del cénit;»

y despues tambien de exclamar en lírico rapto:

«¡Oh! ¡Cómo me deleitan
 » Tus palmas y tus flores,
 » Y, alados, los cantores
 » Que beben tu cristal;
 » Y el colibrí pintado
 » Que gira en vuelo incierto,
 » Y el plácido desierto
 » Que fecundando vás!»

Despues, digo, de una encantadora descripcion del *Catuche*, apostrofándole, escribe:

«¿No hay quien venga, claro arroyo,
 » A suspirar en tu seno,
 » Bajo el enramado ameno
 » Con que te engalanas tú?
 » ¿No hay un mísero que pruebe
 » En esa ciudad (1) gigante,
 » En su vida un solo instante
 » De indefinible inquietud?
 » Solo yo busco, ¡oh, torrente!
 » La paz de tu blando arrullo,
 » En tanto que tu murmullo
 » Los demás huyen tal vez;
 » Que el *enfado que me abruma*
 » Otro encanto no resiste,
 » Y el alma no encuentra ¡ay, triste!
 » Ilusion en el placer;
 » Y es por eso que, sentado,
 » Mis horas paso en tu orilla;
 » Una mano en la mejilla,
 » Y en *fantástica inaccion*,
 » Con un suspiro en los lábios
 » Y la vista en tu corriente,

(1) Caracas.

- »Un pensamiento en la frente
- »Y un—¡ay!—en el corazón.»

La verdad brota aquí del alma del poeta, y sus labios claramente la formulan: «el *enfado le abrumba*, vive en *fantástica inacción*,» y la vaguedad de su pensamiento le arranca á su corazón un ¡ay! que acaso no sea más que el eco del remordimiento de su conciencia, sensible al pecado de esterilizar así las altas dotes y el preclaro ingenio con que á la Providencia le plugo dotarle.

Pero, *chassez le naturel: il revient au galop*; Maitin tiene el alma de fuego propia de su raza meridional; siente con vehemencia, y la lúgubre inspiración del trovador germánico no es en realidad la suya, más que circunstancialmente. Así, pagado el tributo á la moda, ó si se quiere, desahogada en los versos que preceden la bilis de su enfado, vuelve á ser lo que la naturaleza le hizo, un entusiasta admirador de la belleza, cuyo arquetipo es y no puede menos de ser siempre la mujer amada, y brotan de su mente los siguientes, á mi juicio, bellísimos versos:

- «Tal vez tus limpios cristales
- »Irán, de alguna hermosura,
- »A lavar la frente pura
- »O los delicados piés;
- »Y en el pintado *lebrillo*
- »A reflejar, de sus ojos,
- »Ya el amor, ya los enojos,
- »Las angustias, ó el placer.»

¡Qué fluidez! ¡Qué naturalidad! ¡Qué de poesía en ese realismo, que no vacila en servirse de la muy prosáica voz *lebrillo*, y acierta á no deslucirse con ella!—Pero prosigamos:

- «¿Y qué será, cuando corras
- »Por el cútis reluciente
- »De un brazo torneado, ardiente,
- »De hermosura angelical?

- » ¿Qué será, cuando humedezcas
- » El abundante cabello,
- » Y descieras por el cuello
- » Transparente y virginal?
- » ¿No encontrarás en tal punto
- » Una vista que perciba,
- » Un corazón que conciba
- » Tu felicidad sin fin?
- » ¿No sentirás, á tu modo,
- » Cierta delirante anhelo?
- » ¿No perderás ese hielo
- » Con que vas corriendo aquí?»

Confieso que, en ese género erótico, pocos versos he leído en la moderna literatura, que tan bellos me parezcan como los que de copiar acabo; y confieso también que, en ese mismo género y en el descriptivo, es donde encuentro á Maitin mejor poeta.

Y no es que tal y muy bueno, no me parezca cuando al monte Ávila (rama de los Andes) le dice:

- «El templo altivo y suntuoso,
- » El palacio artesonado,
- » Son juguetes á tu lado,
- » Estupenda creacion;
- » Ni es extraño que, á tu vista,
- » Su pequeñez no me asombre:
- » Aquella es obra del hombre,
- » Y tú eres la obra de un Dios!» (1)

Poeta se muestra igualmente, y de muy alta esfera, en estas estrofas al *Reló de la catedral*, de Caracas sin duda:

- «Tú mismo, reló gigante,
- » Descenderás de tu asiento,

(1) ¿No sería de mejor efecto ese verso, si suprimiendo en él dos artículos inútiles, y que le hacen inarmónico, dijera

„Y tú eres obra de Dios“?

- » Y tu ruinoso cimiento
- » Te sepultará, tal vez.
- » Sí: tú sentirás del tiempo
- » Las iras devastadoras;
- » Y, si cuentas nuestras horas,
- » Las tuyas cuentas también.
- » Tú serás, génio del tiempo,
- » Por el tiempo al fin vencido,
- » En tu base conmovido,
- » Roto y deshecho despues.
- » ¡Hoy vives!—Habrá un mañana,
- » Y otro mundo, y otra historia,
- » Que borre hasta la memoria
- » De lo que fuistes ayer.»

Y no hay razon, tampoco, para negarle el lauro de muy buen poeta lírico á quien, como vamos á verlo, define el tiempo, y pinta sus terribles efectos:

- « ¡El tiempo, el tiempo!... Lento, silencioso,
- » Eterno, como Dios, é incorruptible,
- » Sin principio, sin medio, sin un fin.
- » Él lleva entre los pliegues de su manto,
- » No las venganzas de un poder divino,
- » Los ocultos decretos del destino
- » De los mundos al último confín;
- » Él, con la clara luz de lo pasado,
- » Al hombre instruye, y por igual enseña
- » Al que agreste se oculta entre la breña
- » Y al culto habitador de la ciudad;
- » Y llevando, en sus manos descarnadas,
- » Encendido el fanal de la experiencia,
- » Si nos alumbra el libro de la ciencia,
- » Nos desnuda la estéril realidad.
- »
- » Él se lleva tras sí nuestros contentos
- » Con nuestras ántes dulces esperanzas;
- » Muerte y dolor arrastra en sus mudanzas,

- » Y, con cien penas, un placer fugaz;
- » Y cada nuevo sol, que alumbra hermoso,
- » Al estrechar los lindes de la vida,
- » Arranca al alma una ilusion querida,
- » Deja en el pecho un desengaño más.
- » ¡El tiempo, el tiempo!—A su fatal contacto
- » Se desquician las cúpulas doradas,
- » Y las altas techumbres, desplomadas,
- » A la tierra descenden con fragor.
- » Todo es frágil para él; y el hombre vano,
- » Que de la tierra emperador se llama,
- » Arista, que en los aires desparrama
- » Un débil soplo suyo, abrasador.»

Y aquí, despues de eximir, un poco temerariamente, de la deletérea irresistible accion del tiempo á esa maravillosa multitud de astros radiantes y de oscuros planetas, que en la inmensidad del espacio,

«Sobre sus ejes giran inmortales,»

el poeta, considerando la fragilidad caduca de la humana vida, exclama melancólico:

- «A mí, ¡infeliz! me abrumará su peso:
- » Habré tambien ¡oh vida! de perderte;
- » Y el yermador aliento de la muerte,
- » Del corazon la llama extinguirá.
- » Entónces yo, desde la nada oscura,
- » No más veré del sol el rayo hermoso,
- » Ni de la luna el carro silencioso,
- » Cuando el éter azul cruzando vá;
- » No oiré los sonos lúgubres, que arranca
- » Al arpa de marfil mi plectro de oro,
- » Ni de la fuente el murmurar sonoro,
- » Ni de las aves la gentil cancion.
- » No más veré los ángulos salientes,
- » De esas enormes rocas desprendidas,

- »Bajo cuyas terríficas guaridas
- »Iba á buscar la bella inspiracion (1);
- »Feliz mi sombra entónces, si algun bardo
- »De la risueña y vírgen Venezuela
- »Viene á entonar su blanda cantinela
- »Al pié de mi pacífico ataud.
- »Si una corona en mi sepulcro deja,
- »Si al débil resplandor del sol que espira,
- »Con los acentos turba de su lira
- »De mi tumba la fúnebre quietud.»

Repitámoslo: si bien no grandilocuente como Quintana, ni arrebatador como Espronceda, ni clásicamente correcto como Ventura de la Vega, Maitin es indudablemente un excelente poeta, áun cuando gime, ó filosofa, ó moraliza: pero cuando describe la naturaleza, cuyos encantos siente como pocos, es á mi parecer cuando puede llamársele resueltamente un vate de primer órden. Pocos de sus versos bastarán, si no me engaño de medio á medio, para probarlo con evidencia.

IV.

Más de una vez me he referido ya al *Adios al Catuche*, y sin embargo, no puedo ménos de hacerlo ahora de nuevo, aunque sólo sea para recomendarle esa composicion al lector curioso, como una de las más bellas, en su género, á Maitin debidas, y tambien como muy señalada entre las que mejor caracterizan la índole de su natural ingénio, y ménos por la moda y la imitacion parecen inspiradas.

Sigue á esa, en el órden de su colocacion en la biblioteca del Sr. Rojas, pero no le cede en mérito, la que se titula *La Fuentecilla*; de la cual voy á copiar algunas de las que á mí me parecen sus mejores estrofas, comenzando por la primera, que dice así:

(1) Por no citar incompleta esa estrofa, he copiado sus últimos cuatro versos; pero no puedo ménos de protestar contra los *ángulos salientes*, las *rocas desprendidas*, no se sabe de dónde, y las *guaridas* mismas, que no se dice de quién lo son.

«Fuentecilla deliciosa

- » De aqueste bosque sombrío,
- » ¿Si vas á morir al río,
- » Para qué corres así?
- » ¿A quién el presente llevas
- » De esas perlas que derramas?
- » Fuentecilla, si no amas,
- » ¿A dónde las llevas, dí?

- » Entre sus pliegues undosos,
- » Recoge ambicioso el viento
- » El embalsamado aliento
- » De la flor matutinal:
- » Y, al escuchar el concierto
- » De tu inocente murmullo,
- » Lo aspira con un arrullo
- » Sobre tu onda de cristal.

»

- » Si tus cristales recoges
- » Al abrigo de un remanso,
- » Para dar algun descanso
- » A tu curso triunfador,
- » Allí te halaga amorosa
- » La vaga, la blanda *brisa*,
- » Y tu faz tranquila *riza* (1)
- » Con sus suspiros de amor.

»

- » Cerca de mi ingrata ¡oh fuente!
- » Al pasar tus ondas bellas,
- » No la retrates en ellas
- » Para no mirarla yo;
- » Porque si distante lloro,
- » Si lejos de ella suspiro,
- » ¿Que haré, si en tu fondo miro
- » Su retrato encantador?»

(1) Lo semejantemente que se pronuncian, en América como en nuestras provincias meridionales la *s* y la *z*, explica, pero no justifica, que estén aquí usadas como consonantes las palabras *brisa* y *riza*.

Excusando comentarios que me parecen inútiles, porque realmente la fluidez de la versificación corre parejas, en el trozo citado, con la naturalidad del sentimiento que con evidencia le inspiró; y prescindiendo de los *Recuerdos á los lugares de la infancia*, que sirven de pretexto y no más, á una prolija, aunque á veces en verdad poética, lamentación romántica, en que el vate se queja amargamente de las inevitables condiciones de nuestro viaje por este valle de lágrimas y desengaños, y más aún de que á muerte hayamos todos nacido sentenciados, creo hacerle al lector un servicio llamando su atención sobre *El hogar campestre*, composición en que las dotes especiales del ingenio de Maitin y su peculiar estro, se revelan y campean muy ventajosamente á mi juicio. Mas como no pretendo que, en materia de crítica, sobre mi sola palabra se me crea, allá va, si no todo, una buena parte del texto, para que el discreto, con él á la vista, juzgar pueda en conciencia:

- «A la falda de aquel cerro,
- »Que el sol temprano matiza,
- »Un arroyo se desliza
- »Entre violas y azahar:
- »Allí tengo mis amigos,
- »Allí tengo mis amores,
- »Allí mis dulces dolores
- »Y mis placeres están.
- »Allí, al lado, se levantan,
- »De peñascos cenicientos,
- »Los búcares corpulentos
- »De tamaño colosal;
- »Y allí el ánima se olvida,
- »En su embeleso profundo,
- »Del laberinto del mundo,
- »Del ruido de la ciudad.
- »No hay allí suntuosos templos,
- »Cuya gótica techumbre
- »Con su mole y pesadumbre
- »Piensa la tierra oprimir;

- » Donde en los rostros se nota
- » Del concurso cortesano,
- » Que un pensamiento mundano
- » Lo vá persiguiendo allí.
- » Pero hay sencilla una iglesia,
- » Con su campanario y torre,
- » A donde el creyente corre
- » De la campana al clamor;
- » Allí sus cantos entona,
- » Postrado, humilde, en el suelo,
- » Y su oracion sube al cielo
- » Hasta el trono del Señor.»

Sigue á esa, para mí bellísima estrofa, otras dos, que en obsequio de la brevedad omito, y luego la que comienza: «Allí no hay bellos palacios,» que ya en el párrafo segundo de este artículo dejo copiada, con la que á continuacion de ella se lee en el original; y luego continúa el poeta:

- «No alumbra la alegre fiesta
- » Clara, elegante bujía,
- » Que se pueda con el dia
- » Comparar en esplendor;
- » Ni exquisitos los pebetes
- » Aromáticos olores
- » Difunden en corredores
- » Y del baile en el salon;
- » Mas hay, lánguida, una luna,
- » Que sirve de antorcha al cielo,
- » Y que refleja en el suelo
- » Su melancólica faz;
- » Y hay claveles entreabiertos
- » En las colinas cercanas,
- » Donde sus alas livianas
- » Va la brisa á perfumar.»

Siento que voy alargándome excesivamente en las citas, y á pesar de ello no acierto á resistirme al deseo de hacer

todavía una más siquiera, que me parece indispensable, como se lo pareció, en parte al ménos, á los Sres. Amunátegui, en su excelente Juicio Crítico de las composiciones de Maitin, para que de ellas pueda formarse cabal juicio. Permítame, pues, el lector benévolo, que le ruegue fije su atención en los versos que siguen, y están tomados de la segunda parte del *Hogar campestre*.

Encarece el poeta

- » Cuán dulce es reposar bajo la sombra
- » De la ceiba ramosa y estendida,
- » Y entre la yerba ver, que el suelo alfombra,
- » Correr la fuente que á beber convida;

extasiase ante el magnífico espectáculo de la puesta del sol; y no le es ménos placentera su reaparicion sobre el horizonte, puesto que nos dice:

- « Y cuando al aclarar, en Occidente,
- » Su luz sepulta, en fin, la última estrella,
- » Cuán grato es ver en el opuesto Oriente
- » La aurora despuntar, cándida y bella.»

Entre los alados cantores, que en sonoros trinos hacen salva á la nueva luz, fíjase la atención del vate en un alegre jilguero, á quien dirige estos sentidos versos:

- « ¡Oh, descuidado y bello pajarillo,
- » Que vagas libre en pos de tus amores!
- » ¡Ah! Cuánto envidio tu vivir sencillo,
- » Tus colinas, tus bosques y tus flores.

»

- » Tú eliges á tu gusto tus amores,
- » Sin que te paren leyes importunas;
- » Que del aire los plácidos cantores
- » No han menester repúblicas ni reyes;
- » Ni palacios, ni templos, ni mezquita;
- » Ni Senado, ni Bey, ni capitolio,

»Ni mandatario altivo, que dormita
 »En alta silla ó encumbrado sólio.
 »Ni hay banderas vistosas y lucidas,
 »Que flotan á merced del aire vago;
 »Ni conocen las lanzas homicidas,
 »Ni de la guerra el destructor amago,
 »Ni en sangre del hermano desgraciado,
 »No vas tus plumas á manchar bermejas;
 »Y cada, al corazon, golpe asestado
 »Un triunfo no es, que vencedor festejas.
 »No os dice un mirlo, de golilla y toga:
 »ESTA ES LA LEY, Á MUERTE TE CONDENA;
 »Y al cuello te echan la infamante soga,
 »Ó arrastras, infeliz, dura cadena.
 »Ni al dintel del alcázar opulento
 »Vas á llevar tu palidez sombría,
 »Para mezclar con tu apagado acento
 »Las risas destempladas de la orgía;
 »Que el campo para tí su gala ostenta,
 »Y el grano encierra la ondulante espiga,
 »Y el sabroso manjar que te sustenta
 »En cada flor encuentras sin fatiga.
 ».
 »¡Oh! descuidado y bello pajarillo,
 »Que vagas libre en pos de tus amores!
 »¡Ah! Cuánto envidia tu vivir sencillo,
 »Tus colinas, tus prados y tus flores!
 »Yo buscaré la vida en tus cantares,
 »En tus bosques la paz y la ventura,
 »Y acabaré la voz de mis pesares
 »De quieta soledad en la espesura.»

«Desgraciadamente para Maitin (exclaman aquí los señores
 »Amunátegui), la felicidad de la vida del campo no fué para
 »él más duradera que las otras felicidades de que habia go-
 »zado en la tierra.» Eso, si algo prueba, será una verdad de
 que á nadie, por desdicha, puede caberle la menor duda. La
 felicidad absoluta, en este mundo caduco, es una quimera;

porque, como Lamartine, de los poetas no españoles, el favorito de Maitin, lo ha dicho muy bellamente:

L'homme est un Dieu tombé, qui se souvient des cioux;»

y la nostalgia de su divina originaria patria le aqueja constantemente, y con tanta más intensidad cuanto mayor y más elevado es su ingenio, mientras en nuestro sublunar planeta habita.

Maitin no era feliz, ni en el campo, ni en la ciudad, porque no sabia vivir en prosa, y la vida poética no es, ni puede ser nunca, más que una quimérica aspiración de la exaltada fantasía.

Y, sin embargo, Maitin, lejos de aborrecer la vida, no le encontraba mayor defecto que el de ser muy corta, si en efecto decia lo que pensaba al exclamar:

«¿Qué nos importa vivir,
 » Si, aunque cien años contemos,
 » Se tocan en los extremos
 » El nacer con el morir?
 »
 » ¿Por qué habremos de llegar
 » A nuestro término impío,
 » Como las ondas de un río
 » A los abismos del mar?»

Y eso, ¿qué significa? Una cosa bien óbvía: la vida, buena ó mala, ya la conocemos, y hemos aprendido á luchar con sus dificultades y á soportar sus aficciones; pero la muerte... la muerte es lo desconocido, y por consiguiente, áun para la fé misma, el más temido de todos los riesgos.

V.

El lector sabe ya que, á mi juicio, Maitin en sus obras, como atinadamente lo observan sus ilustrados biógrafos chilenos, los Sres. Amunátegui, «se ocupa más en la naturaleza que en el hombre;» y que, por tanto, su poesía tiene poco

de filosófica, aunque no me parece, á decir verdad, que tan desprovista esté de pensamiento trascendental, como aquellos sus sábios críticos lo afirman.

Para los Sres. Amunátegui, la belleza de la forma es indisputable en las composiciones del vate venezolano; pero, en su sentir, deja mucho que desear «la materia del fondo,» ménos filosófica que ellos quisieran y creen conveniente en la poesía moderna.—«¿El poeta, dicen, debe abandonar al hombre y buscar sus inspiraciones en el espectáculo de la naturaleza? Ó bien, ¿debe mezclarse al movimiento de la vida y tratar de imprimir, con sus cantos, una direccion á la existencia de sus semejantes? La poesía, ¿debe ser contemplativa, ó activa?»

Paréceme que la cuestion no está así bien planteada, porque el poeta lo es más por vocacion que por su voluntad; y la vocacion lleva consigo un impulso irresistible, como el que impele al proyectil, al espacio por la boca de fuego lanzado, á caminar precisamente en una y no en otra cualquiera direccion determinada. Este poeta tiene el estro épico, mientras que aquél el dramático; los vicios de la sociedad, uno sabe ridiculizarlos y otro sólo anatematizarlos. ¿Quién se atreveria á exigirle á Homero que templara su lira al tono de la de Aristófanés? Cada poeta canta como sus facultades se lo imponen y se lo permiten: exigirle otra cosa es absurdo.

Eso no obstante, comprendo bien que se discuta qué género de poesía es el más útil, el más importante, el más digno de aprecio, aunque en puridad sea dicho, para mí, como para Boileau,

«Tous les genres sont, bons, hors le genre ennuyeux.»

Y hecha esa muy sincera confesion de eclecticismo en la materia, claro está que no tengo para qué entrar á fondo en el debate por los Sres. Amunátegui provocado, y que, en resúmen, viene á reducirse á una cuestion de gusto y de circunstancias; porque la poesía, que ciertamente ejerce siempre en la humanidad más ó ménos influencia, no está, sin embargo, hace ya muchos siglos llamada á dominarla y dirigirla, como en los tiempos heróicos ó en los bíblicos.

A todo lo que me parece que la poesía puede hoy aspirar es, generalmente hablando, á neutralizar hasta cierto punto la acción absorbente y materializadora del espíritu utilitario que en la moderna sociedad domina; y no hará poco si tanto alcanza.

Pero, sea como quiera, si «sublime es, en efecto, el mundo »de que Dios nos ha rodeado»—como lo confiesa Longfellow (1), en cuya autoridad muy respetable se apoyan los ilustrados críticos chilenos,—¿por qué no ha de ser meritorio y útil, y recomendable, cantarlo tan bien como Maitin lo ha hecho?—Norabuena que al cisne norte-americano le parezca «que es más sublime todavía ese mundo que el Hacedor Supremo ha puesto dentro de nosotros»: no disiento de su opinion en ese punto; pero figúraseme que va demasiado léjos cuando exclama: «Hé ahí el verdadero país de »la musa; hé ahí la verdadera patria del poeta.»—En proposicion tan absoluta, se envuelve poco ménos que un anatema contra la mayoría inmensa de los poetas de todos los países y de todas las épocas; y se suprimen, *ab irato* y sin fundamento sólido, las cuatro quintas partes, cuando ménos, de los naturales dominios de la poesía.

Volveré á decir, para terminar este ya excesivamente largo artículo:

«*Tous les genres sont bons, hors le genre ennuyeux;*»

y el venezolano D. José Antonio Maitin, que tan inspirada, fácil y elegantemente, ha cantado las naturales bellezas del mundo, es digno, á mi juicio, de figurar en primer término en el catálogo de los buenos poetas, tanto españoles como hispano-americanos.

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

(1) Ilustre y muy justamente célebre poeta anglo-americano contemporáneo.

EL POSITIVISMO Y LA CIVILIZACION.

I.

Es sabido que en el Ateneo de Madrid se ponen á discusion las cuestiones que más preocupan á los hombres de ciencia, dando siempre la preferencia á aquellas que, no sólo interesan á la pura region de las ideas, sino que trascienden inmediatamente á la vida, influyendo en bien ó en mal en la civilizacion de los pueblos. No es, por tanto, extraño que en el presente curso haya discutido una de las secciones de dicha corporacion, *si el actual movimiento de las ciencias naturales y filosóficas en sentido positivista constituye un grave peligro para los grandes principios morales, sociales y religiosos en que descansa la civilización*. Hacer con ocasion de la larga é interesante discusion que con este motivo tuvo lugar algunas observaciones críticas sobre el tema propuesto es el fin que nos proponemos al escribir este artículo. No desconocemos las dificultades graves con que habremos de tropezar, puesto que, de un lado, los tiempos actuales piden en las investigaciones científicas un rigor de que no nos creemos capaces, y mucho ménos discutiendo con un sistema, como el *positivismo*, que es en este punto de los más exigentes (1); y de otro, abrigamos la íntima conviccion de que la ciencia es maestra de la vida, y por tanto la responsabilidad que acepta todo aquel que se propone dilucidar cualquiera de las importantes cuestiones que hoy preocupan el pensamiento humano. Bien se nos alcanza que al lado del conocimiento científico, encontramos el comun ó vulgar, y que el hombre no obra en la vida guiado por la fria inteligencia, sino que

(1) En efecto, preciso es que todos se convenzan de que hoy sirven de poco, si se quiere permanecer en la esfera propia de la ciencia; el dogmatismo sentimental y el sentimentalismo dogmático.

al lado de esta está siempre para impulsarle el sentimiento. Pero hay una gran diferencia entre reconocer que la investigación rigurosa y reflexiva de la verdad rectifica al sentido común y que este señala los extravíos en que aquella puede caer (1), y considerar como completamente desligadas la ciencia y la vida, dejando á esta sin luz y sin guía, y convirtiendo aquella en un puro pasatiempo. De igual modo es evidente que el hombre no obra bajo la sola y exclusiva dirección del conocimiento, sino que la fuerza que le mueve y anima á seguir el camino que aquel le traza, no es otra que el sentimiento; pero constituir á éste en causa única é incontrastable de nuestra conducta, vale tanto como suponer que el hombre se deja llevar por las sollicitaciones de un impulso ciego. El sentimiento guiado por la razón es la locomotora que, mientras marcha sobre los carriles, salva abismos y traspone montañas con vertiginosa velocidad, sin daño y sin peligro, al paso que cuando pretende prescindir de aquella luz, es como la locomotora descarrilada que lleva por todas partes la destrucción y la muerte. No tenía razón ciertamente Augusto Comte al afirmar que la historia de la humanidad es regulada por la del entendimiento humano; pero ménos le asiste á Herbert Spencer, al decir que la sociedad es regida por sentimientos y no por ideas; pues, como dice Flint, «sin el sentimiento, el pensamiento nada puede hacer; pero sin el pensamiento, el sentimiento no puede ni existir.»

Por esto, los más de los oradores que tomaron parte en esta importante discusión reconocían su inmensa trascendencia, como que por tenerla, y grande, para la vida, se había puesto al debate el tema en cuestión. La historia muestra claramente el influjo real y positivo que los sistemas científicos, determinados por las evoluciones del pensamiento humano, han ejercido directamente en la marcha de la civilización. ¿Quién puede desconocer la parte que tuvo la filosofía griega en la formación del dogma cristiano, el estoicismo en el desarrollo del derecho de Roma, Descartes y Bacon en la emancipación del pensamiento, y por tanto en la vida científica y religiosa, Kant en el sentido que ha inspirado hasta el presente á la revolución, Montesquieu en la legislación, Adán Smith en el orden económico, y Proudhon en los problemas sociales contemporáneos? Precisamente, como más adelante tendremos

(1) Ancillon hace notar una de las diferencias que distinguen el conocimiento científico del común, el carácter *reflexivo*, diciendo á propósito de la lógica: "*Qu'est ce que la logique naturelle? C'est la logique artificielle qui s'ignore: et la logique artificielle n'est, á son tour, que la logique naturelle qui se sait.*"

ocasion de repetir, una de las causas de que tanto preocupe el movimiento de las ciencias en sentido positivista es la rapidez con que sus adeptos sacan las consecuencias de su doctrina para hacer que sean ellas las que dirijan é inspiren la vida de los individuos y de los pueblos.

No es por lo mismo maravilla que en la discusion de que nos ocupamos hayan estado representadas todas las escuelas menos una: la comunmente llamada *tradicionalista* ó *ultramontana*, aunque ella pretende, quizás con razon, no merecer, propiamente hablando, otra denominacion que la de *católica*. Y en verdad que ha sido objeto de general extrañeza su silencio. ¿Cómo, se decian todos, ella, tan batalladora en los años anteriores cuando se discutian la propiedad, la organizacion del Estado, los intereses de las clases conservadoras, se cruza de brazos en este debate, en que se trata de la causa del espíritu, de la libertad y de Dios? No puede ser la razon de semejante conducta el dejar á las puras escuelas filosóficas el combatir los principios del *positivismo*, cuando con repeticion han sido todas ellas declaradas incapaces é impotentes para alcanzar la verdad. No puede tampoco atribuirse esta actitud á consideraciones de prudencia, ó de una pretendida habilidad, puesto que cuando se trata de principios tan fundamentales y de creencias sostenidas por una fé viva, lo hábil y lo prudente es defenderlas donde quiera que se las vé atacadas. Lo que ha sellado los lábios de los católicos que asistian á esta discusion, es que los más de ellos están imbuidos en los principios de una escuela que conforma en la parte parte crítica con la *positivista*. En efecto, los tradicionalistas comienzan por declarar la impotencia y la incapacidad de la razon, para deducir luego de aquí la necesidad de la revelacion, y tan de acuerdo están en aquella primera afirmacion, que, como ha hecho notar oportunamente Flint, los argumentos que contra la psicología y la metafísica de su tiempo emplearon Broussais y Augusto Comte, eran los mismos de que ántes se habian servido Bonald y Lammenais para atacar á la filosofía. Es verdad que en nuestro país pugna por sustituir al *tradicionalismo* el *tomismo* bajo el influjo de un ilustre filósofo, que, al procurarlo, presta un innegable servicio á la par á la religion y á la ciencia; pero los principios del que llamaba con razon un escritor francés *tradicionalismo sensualista* continúan dominando los espíritus de los más de los católicos en fuerza del imperio no disputado que por tantos años ha venido ejerciendo. De aquí que en frente de la crítica del *positivismo* se encontraban sin medios y sin armas para combatirlo, así como desautorizados para oponerse á las afirmaciones que en el orden ontológico formula este sistema.

¡Ojalá no llegue un día en que alguien se levante en nuestra patria y les dirija con fundado motivo estas palabras de Moleschott: «habeis arrojado á la juventud de la metafísica, y la juventud se ha venido á nuestro campo,» esto es, al *materialismo*.

Veamos, pues, lo que es este sistema con severa imparcialidad, que si á ello no nos obligara el respeto debido á toda opinion sinceramente profesada, bastaria á aconsejárnoslo las circunstancias verdaderamente extraordinarias con que se nos presenta este poderoso movimiento científico, que parece querer avasallar todo. En efecto, con el nombre de *positivismo* en Francia, de *monismo* en Alemania, de *psicologismo* en Inglaterra, de *experimentalismo* en Italia, vá extendiéndose rápidamente por todos los pueblos cultos; correspondiendo á una de las dos direcciones que señalan en el desarrollo del pensamiento humano Platon y Aristóteles, Bacon y Descartes, Hegel y Comte, vienen á darse la mano algunos de los discípulos de estos dos últimos filósofos desde los cuales siguen aquellas dos tendencias el movimiento en sentido contrario que vinieran recorriendo, pero ya no en línea recta, sino en curvas entrantes, dándose así el caso de que Feuerbach se acueste, como dice un escritor inglés, un día hegeliano y se levante al siguiente materialista, y de que Spencer termine su sistema por donde habia comenzado el suyo Hegel; nace el positivismo como protesta contra las exageraciones de la tendencia opuesta, y, sin embargo, coincide en puntos esenciales con Kant, que la inicia, y con Hegel, que la cierra; niegan algunos de sus secuaces la existencia del espíritu, y tiene la escuela una rica literatura psicológica; reniegan de la Metafísica, y otros de sus adeptos construyen sistemas ontológicos; amenaza destruir las dos fuerzas cuya resultante empuja en nuestros días la vida de los pueblos, la tradicional y la progresiva, la Religion y la Filosofía; desciende con una rapidez pasmosa á las aplicaciones prácticas, contando por lo mismo en su seno, no solo filósofos y naturalistas, si que tambien jurisconsultos, economistas, historiadores, literatos, etc., que procuran llevar á las ciencias particulares el sentido de la doctrina; encierra en su seno una gran variedad de matices, hasta uno denominado *positivismo creyente*, lo cual debia, al parecer, estorbar la propaganda de su doctrina, y, sin embargo, aprovechando en Francia los recuerdos de la filosofía del siglo pasado, en Inglaterra la tradicion filosófica, cuyo carácter descubren bien los nombres de Bacon, Locke, Hobbes, Hume y Benthan, en Alemania la constante aspiracion á la unidad, que hace de ella la patria propia del panteismo, y en Italia el renacimiento filosófico y

literario (1), cunde y se extiende á modo de Mahoma científico que todo lo inunda y lo avasalla; movimiento sorprendente, del cual puede decirse lo que el ilustre Tocqueville decia de la Revolucion francesa: «Religion sin Dios, sin culto y sin la creencia en la otra vida, y que, sin embargo, ha invadido toda la tierra con sus apóstoles y sus soldados.»

En medio de la variedad de matices que, segun hemos dicho, se dan dentro del *positivismo*, debidos á las tradiciones científicas de cada país, á las ciencias particulares que profesan sus adeptos, á los distintos sistemas filosóficos de que se deriva ó con los que se relaciona, y á la índole misma del sistema, hay dos que son los principales y que corresponden á problemas cuya solucion viene agitando y agitará perpétuamente al pensamiento humano: el problema *crítico* y el problema *ontológico*. Por este motivo, limitaremos nuestro trabajo á examinar el tema propuesto bajo este doble punto de vista, que fué tambien, como no podia ménos, el que apareció en la importante discusion del Ateneo.

Es verdad que uno y otro positivismo, el *crítico* y el *ontológico*, tienen una nota comun, puesto que ámbos se declaran enemigos de la Metafísica y de la Teología, ambos dan la preferencia á los hechos sobre los principios, ámbos proclaman como único método lógico la observacion y la experiencia, ámbos declaran que la Filosofía es tan solo una induccion, una generalizacion, y ámbos afirman que, si más allá de los hechos hay algo, este algo es incognoscible, y que el orden trascendental, si es que existe, no nos es dado conocerlo. La consecuencia lógica de todas estas afirmaciones es suprimir el problema ontológico é imponer respecto de él la más completa abstencion.

Pero aquí comienza la diferencia entre uno y otro positivismo, puesto que á la par que los unos, fieles al método propuesto, se abstienen de ocuparse del referido problema por miedo á caer en el *dogmatismo* que tanto les repugna, otros, por el contrario, atraídos por la imprescindible necesidad que de resolver aquel tiene el hombre, llegan á afirmar la existencia de una esencia, de un *nouménos*, cayendo así en el *mate-*

(1) En España el *positivismo* está penetrando por dos puertas, abiertas, la una, por los dedicados á las ciencias naturales, la otra por los neo-kantianos. Quizás los esfuerzos de los primeros sean más eficaces que lo fueron en otros tiempos los de aquellos que, consagrados á las ciencias médicas, trataron de propagar una doctrina análoga; pues no es posible desconocer que los actuales positivistas disponen de más medios y manejan mejor templadas armas, sobre todo por el carácter y amplitud de su cultura. Sin embargo, nos parece evidente que es mucho más probable la propagacion del positivismo en España bajo el influjo y proteccion del neo-kantismo.

rialismo. Los positivistas del primer grupo rechazan esta tendencia, puesto que, dicen ellos, viene á concluir en un dogmatismo tan censurable como cualquiera otro; y si bien es cierto que entre uno y otro matiz hay con frecuencia relaciones lógicas que no es posible desconocer, tambien lo es que no hay derecho alguno para atribuir á los que se mantienen fieles al punto de vista meramente *crítico* las afirmaciones que los otros hacen desde el punto de vista *dogmático*; y eso que todo el que imparcialmente atienda á este movimiento positivista, encontrará que los más de los que pretenden abstenerse de dilucidar el problema ontológico sienten una secreta simpatía hácia las doctrinas de los que en su mismo juicio son infieles al método propuesto.

Por este motivo examinaremos el tema en cuestion bajo este doble aspecto, ya que, de un lado, no es lícito confundir el *positivismo crítico* con el *ontológico* (1), y, de otro, no lo es tampoco detenerse en el problema del conocimiento, porque el hombre necesita para vivir saber, no solo cómo conoce, sino tambien lo que es el mundo, lo que es la realidad, para poder así descubrir el puesto que en esta ocupa y la obra que le toca llevar á cabo en relacion con todos los séres. Nos proponemos, por tanto, examinar el influjo que en la civilizacion pueden producir las doctrinas de uno y otro positivismo en la debida separacion, y con la misma vamos á exponer y juzgar brevemente las afirmaciones de ámbas tendencias, preliminar inescusable para estimar luego la relacion de aquellas á la vida, que es el objeto propio del tema.

II.

El *positivismo crítico* plantea el problema del *conocimiento* del siguiente modo. El hombre ve y conoce cosas que pasan, cambian y suceden, y las conoce atendiendo á ellas, *observándolas*; y como nota entre las mismas relaciones de semejanza ó desemejanza, de continuidad, de causalidad, las agrupa y clasifica mediante la asociacion y diferenciacion, reduciendo varios fenómenos á uno más general, y llamando á la sucesion continua *ley*. Pero al hacer todo esto, nosotros aña-

(1) De intento damos á este positivismo el calificativo de *ontológico* ó *dogmático* y no, como es frecuente, el de *materialista*. Aparte de que el darle este último nombre no seria justo respecto de todos los que siguen esta tendencia, nos mueve á no emplearlo la consideracion del sentido que á este término se dá en la vida ordinaria y que puede ser ocasion á que suscite en el espíritu de las gentes, respecto de aquellos á quienes alcance, una idea contra la cual con razon protesta enérgicamente Haeckel. Es muy *provechoso* servirse en las discusiones de ciertas palabras, pero no siempre es lícito.

dimos, vemos ó suponemos algo que no es el hecho mismo, que no es el *fenómeno*, como la relacion, la continuidad, la ley, la causalidad. Ahora bien: ¿qué es todo esto? ¿de dónde proviene? Esto, dice el *positivismo*, no es real; solo existe en nuestro pensamiento, y de aquí la estrecha relacion de esta doctrina con la de Kant, la cual, mantenida de nuevo en su parte más esencial por el neo-kantismo, es hoy un elemento que con razon es incluido por muchos dentro de la corriente general *positivista*.

Si aquel elemento del conocimiento, continúa diciendo el *positivismo crítico*, fuera real, se daría en algo, y no siendo este algo el fenómeno, tendría que ser algo oculto á los sentidos y á la observacion, esto es, sería un *noumenos*. Mas como el elemento componente del conocimiento, que entra en este con el dato de hecho, no tiene realidad, y solo existe en nuestro pensamiento, ó no hay nada más allá del *fenómeno*, ó si hay algo que de este exceda, es inaccesible á nuestro entendimiento, y es, por tanto, una pura abstraccion el suponer detrás de cada série de fenómenos un *noumenos* y con todos estos componer el mundo.

El *positivismo*, colocado en este punto de vista, comienza por incurrir en una inconsecuencia, puesto que lo que hace es negar unos conceptos metafísicos, como los de esencia, sustancia, etc., y afirmar otros, como los de causa, relacion, continuidad, unidad, etc., olvidando que es arbitraria tal distincion; puesto que, por ejemplo, no es posible atribuir un efecto á una causa sin admitir los principios de identidad y de esencia, ya que sin ellas no se daría aquella relacion; que admitir la continuidad es reconocer algo sobre lo que subsiste y en lo que se da la mudanza; que la ley lleva en sí envuelta la afirmacion de lo permanente; que la agrupacion de fenómenos supone la unidad como principio de clasificacion, etcétera; y, por tanto, que lo lógico sería limitarse á declarar que conocemos *fenómenos* y *no más*, y abstenerse rigurosamente de emplear idea alguna, categoría ó principio de razon.

Se deduce de aquí, que el *positivismo crítico* no puede detenerse en el puro fenómeno, pues que afirma algo que de él trasciende; solo que niega su realidad, sosteniendo que existe sólo en nuestro pensamiento. Ahora bien; este elemento es comun á toda cosa, y se da en todo conocimiento. En el examen de cualquiera clase de fenómenos, nos encontramos con los principios de unidad, esencia, continuidad, relacion, semejanza, ley, etc., y la cuestion, por tanto, es la misma para todos ellos: así que si hallamos que en algunos este elemento es real como el fenómeno mismo, estaremos autoriza-

dos para afirmar su existencia respecto de todos. ¿Hay algo en que esto se verifique?

Los positivistas, incurriendo en el error de la escuela escocesa y del espiritualismo francés, confunden la *observacion psicológica* con las *declaraciones ó intuiciones* de la conciencia. Yo no sólo sé, por ejemplo, que *pienso* ántes, ahora y despues, sino que sé que soy *sér pensante*, que tengo esta propiedad, y que á ella refiero todos mis pensamientos; y no sólo sé que tengo esta propiedad y otras, sino que por encima de ellas, conteniéndolas y fundándolas, afirmo la existencia del *sér* que las tiene; afirmo el *sér* mismo: *yo*. De suerte, que respecto de éste, conozco en junto y á la par, el *noumenos* y el *fenómeno*, puesto que no se trata aquí de una cosa exterior á la que añado algo que sólo en mí se da, sino que lo conocido mismo es ámbas cosas; porque, como ha dicho un escritor (1), cuando veo un hecho exterior, digo que hay una causa; cuando se trata de un hecho mio, veo y afirmo la causa al producirse el efecto, ántes y despues. En este caso, por tanto, no es ni siquiera posible suponer, que de los dos elementos del conocimiento, se da uno en lo conocido y otro en el que conoce, sino que ámbos se dan en lo conocido; puesto que encuentro que por encima de todos los estados ó hechos, trasformaciones ó evoluciones, queda invariable, permanente é inagotable en mí algo que ni muda, ni cambia, ni se disuelve, y en este algo se funda todo lo que de comun y constante se da en los fenómenos, sin excluir el *mudar* mismo, puesto que ella es en sí una propiedad *inmutable*. Así, pues, encuentro en mi *sér* dos órdenes distintos; de un lado, lo esencial, lo permanente, lo que siempre es lo mismo; de otro, lo pasajero y mudable; mi pensamiento y mis pensamientos, mi sentimiento y mis sentimientos, mi voluntad y mis voliciones; en una palabra, mi esencia y mi vida, el *sér* que soy y lo que hago y vivo.

Resulta, por tanto, que hay algo que contiene en sí mismo y en lo que se dá *realmente* eso que el positivismo supone puramente *formal*; que no es este elemento, como se supone, una creacion de nuestro pensamiento que aplicamos cuando conocemos, ni algo que está dado en nuestro espíritu como para este fin, sino que se dá en él en cuanto es *sér* y solo como *sér*, y no en una relacion particular, esto es, como *sér* que conoce. Ahora bien, si en el conocimiento de nosotros mismos no pone este elemento el espíritu como conecedor, sino que se da en el mismo como objeto conocido, ¿cómo

(1) Jonffroy, si no recordamos mal.

puede ser otra cosa en los demás conocimientos, ya que estos mismos dos elementos se dan en todos ellos?

Dado este punto de vista del *positivismo crítico*, tenía que concluir necesariamente por proclamar como única fuente de conocimiento la *observacion*, como único método la *inducción*. Bajo el influjo de los asombrosos adelantos que merced á estos procedimientos han realizado las ciencias naturales y de los graves errores en que han incurrido algunos filósofos, al aplicar al estudio de la naturaleza el opuesto procedimiento de la *deducción*, los positivistas han llegado á desconocer el valor y legitimidad de esta y afirmar que ni la filosofía general, ni las ciencias particulares son otra cosa que una induccion y una generalizacion. Bien pudiera llamar su atencion el hecho de estar sometidas á continua correccion las verdades y las leyes que los naturalistas han afirmado siguiendo el procedimiento *inductivo*, y el contraste que forman con el valor absoluto de las debidas á la deducción. Las clasificaciones zoológicas y botánicas, por ejemplo, mientras no tengan otro fundamento que el dato de hecho, estarán pendientes de modificacion, como lo muestra la esperiencia, al paso que no consienten correccion ni enmienda verdades como esta: «la suma de los tres ángulos de un triángulo es igual á dos rectos.» El que investiga la verdad empleando la induccion, se encuentra en un caso análogo al en que se halla el que sabiendo que hay bolas de dos colores en una urna cerrada, no tiene otro medio de averiguar la relacion en que están las de un color con las de otro que ir sacando bolas y notando la proporcion en que están las blancas con las negras que van saliendo. Si sabe que el número total de ellas es, por ejemplo, noventa y nueve, y en las experiencias sucesivas que va haciendo encuentra que salen en la proporcion de dos blancas y una negra, *inducirá* que hay en la urna sesenta y seis de aquellas y treinta y tres de estas; pero la seguridad que irá alcanzando, segun va siendo mayor el número de bolas sacadas, aunque va creciendo sucesivamente, no puede adquirir un carácter absoluto, sino en el momento en que se han extraido las noventa y nueve. Ahora bien; sin que pretendamos afirmar que la *inducción* sea un mero cálculo de probabilidad, antes bien reconociendo su valor real, se encuentra, por lo que á su carácter relativo hace, en un caso análogo al propuesto en el ejemplo. Para el *positivismo*, la esencia de cada sér es una urna cerrada, cuyo contenido no nos es dado conocer sino observando los hechos y fenómenos que de su seno brotan, al modo que salian las bolas de la urna, mientras que cuando se afirma la existencia de esa *esencia* y la posibilidad de conocerla, de ella es posible

deducir el carácter y naturaleza de los hechos en que aquella se ha de mostrar y realizar, al modo que el que hubiese presenciado la introduccion de las bolas en la urna, podria predecir la proporcion en que saldrian de la misma las de uno y otro color. Para lo que la deduccion es impotente, es para determinar *á priori* el modo de realizarse los hechos en su última concrecion, y por no tener esto en cuenta han incurrido en graves errores aquellos que han pretendido formar especulativamente una historia de la naturaleza ó de la humanidad, como si fuera posible encontrar en una deduccion lógica las trasformaciones particulares de un planeta ó la aparicion en la vida de un Sócrates, de un César ó de un Napoleon; y por esto, al paso que las leyes biológicas se deducen de la naturaleza de los séres de cuya vida se trata, no es posible obtener el contenido y forma de esta de otro modo que por medio de la *observacion* y de la experiencia.

Este punto relativo al método tiene naturalmente una estrecha relacion con el modo de considerar los dos órdenes que ántes hicimos notar, el de la esencia y el de la vida, el *noumenos* y el fenómeno, uno de los cuales suprime ó declara incognoscible el positivismo. Cuando se admiten ámbos, se reconoce el uno como fundamento del otro, y se afirma por consiguiente que los séres tienen una *naturaleza* propia, de la cual pueden deducirse las leyes de su vida y el contenido general de esta, y que la completa realizacion de su *esencia* es el fin á que tienden aquellos; es, en una palabra, su bien. De aquí la gran trascendencia que tiene para la vida humana, segun veremos más adelante, el modo de resolver tan delicados problemas, puesto que si puede conocerse la *naturaleza y esencia* de un sér, todo lo que ha de desenvolver este en el tiempo es cognoscible y existe como posible, mientras que si, por el contrario, no puede conocerse, desaparecen para el sér racional y libre, así el ideal absoluto como los relativos que forma en vista de aquel y de las circunstancias históricas de cada momento.

De todo lo dicho puede deducirse el carácter general que este *sentido crítico* imprime á las ciencias, y que habremos de tener presente al examinar el influjo que en consecuencia ha de ejercer en la vida. Respecto de la Metafísica ó ciencia primera, el *positivismo crítico*, ó la anula, ya negando la realidad del objeto que estudia, ya declarándola incognoscible, ó arrojándola de la esfera de la ciencia, entrega el estudio de que se ocupa á la Religion ó al puro sentimiento, ó la confunde, como ha hecho Hegel, con la Lógica. Respecto de las ciencias particulares, concluye, como no podia ménos, en la exaltacion de las históricas y en la desestima de las filosófi-

cas; y por esto, como hace notar oportunamente Flint, que «el doble fenómeno de haberse hecho rápidamente científica la historia y rápidamente históricas casi todas las ciencias, es una señal de los tiempos.» De aquí el afán en nuestros días por investigar el camino andado por la humanidad, de parte de aquellos que pretenden elevar el hecho á la categoría de principio, olvidando que, cuando se desconoce la realidad, de un elemento esencial y permanente, es arbitrario el declarar si aquello que se encuentra constantemente y sin interrupción en la historia está ó no llamado á perecer y morir. Este sentido tiene mayor trascendencia respecto de las ciencias que tienen por objeto al hombre, puesto que, debiendo éste, como ser racional y libre que es, determinar por sí su vida, se queda sin luz y sin guía en ella cuando se declara pura y vana abstracción el orden de las ideas, y se le priva de criterio cuando se niega la existencia y el valor de los principios.

III.

El *positivismo ontológico* tiene de comun con el *crítico* el considerar sólo posible el conocimiento de los hechos (1), el no reconocer otra fuente de aquel que la observación, ni otro procedimiento, por tanto, para adquirir la verdad, que la inducción; pero se aparta de él en que, infiel á las consecuencias que de tal doctrina se deducen, en vez de abstenerse de investigar qué pueda ser ese algo que trasciende de los fenómenos y que el positivismo crítico declara incognoscible (2), afirma una esencia, la materia, incurriendo así en un *dogmatismo*, que rechazan los que se colocan en el punto de vista que queda examinado.

Esta inconsecuencia tiene su explicación. Y es, que no solo, según en otro lugar hemos indicado, es imposible al hombre detenerse en el *problema lógico* y prescindir del *ontológico*, sino que de tal modo se nos imponen las *categorías*, que, querámoslo ó no, referimos los hechos á una esencia. Ahora bien; los naturalistas, que son los principales mantenedores de este sentido, se encuentran con una que estudian y que no pueden desconocer; lo que hacen es negar que los principios, las ideas, las categorías, supongan la existencia de otra sustancia que aquella, creyendo, por el contrario, que todos los

(1) Buchner pone al frente de una de sus obras estas palabras de un escritor inglés: *what we now want is facts*, lo que ahora necesitamos son hechos.

(2) Schiff lleva su abstención hasta el punto que revela esta frase: "yo no digo que sea incognoscible lo absoluto, porque esto sería un *apriorismo*."

fenómenos que en nosotros y fuera de nosotros se nos ofrecen, son de una misma naturaleza y que están colocados en una série entre cuyos extremos hay gran distancia, pero sin solución de continuidad entre todos ellos, viniendo así á constituir todo un sistema ontológico, el *monismo*, despues de haber declarado una vana abstraccion el órden metafísico. Prescindiendo de lo que tienen de comun ámbas tendencias y que hemos examinado ya, veamos las consecuencias más importantes que de esta doctrina se deducen con relacion al hombre y á la realidad toda.

Respecto de aquel, el *positivismo ontológico* concluye en la negacion del espíritu. No desconoce, en verdad, todo el órden de fenómenos que denominamos comunmente afectivos, intelectuales, morales, etc.; pero, léjos de referirlos á un sér distinto del cuerpo, considera que no hay en el hombre la dualidad que se supone, sino que toda aquella série de hechos no es más que la florescencia más pura de la materia, y de aquí que busquen los mantenedores de esta doctrina en la organizacion y modo de ser del sistema nervioso la explicacion de los fenómenos más íntimos y delicados de la conciencia humana, habiendo llegado á formular esta doctrina uno de sus secuaces, diciendo que al modo que el hígado segrega la bÍlis y los riñones la orina, el cerebro segrega el pensamiento; sin que los detenga en el camino de sus afirmaciones la dificultad de explicar ciertos hechos de la vida humana, puesto que con la teoría del hábito y de la herencia, y tomando como cómplice al tiempo, encuentran solución á todo en los átomos de la materia. Es debido este que consideramos grave error á la confusion por parte del *positivismo ontológico*, de dos conceptos que son muy distintos, el de *causa* y el de *condicion*.

En efecto, todos los argumentos que aducen para negar la existencia del espíritu, los toman en el rico arsenal constituido por las observaciones y experimentos relativos á la relacion y dependencia de aquel respecto del cuerpo. Son bien conocidos los resultados del estudio que á este propósito hacen con entusiasta afan los adeptos de esta escuela, y el cual no es otro que el mostrar por medio de numerosos é interesantes ejemplos cómo á la supresion ó alteracion de un órgano corporal corresponde la desaparicion ó modificacion de una de las funciones que se atribuyen al espíritu, de lo cual deducen inmediatamente, que, siendo evidente esta correlacion, los hechos que solemos atribuir en nosotros á un sér que no es material, no son sino efecto del cuerpo. Ahora bien; salta á la vista que, como deciamos, aquí se confunde la *causa* con la *condicion*. Un músico tocará mejor ó peor un

instrumento, según sea este bueno ó malo; cualquiera de nosotros escribirá de uno ó de otro modo; según sea la pluma que se ponga en nuestras manos; un industrial producirá más ó menos, según que tenga ó no mercado para dar salida á los productos que fabrica; y sin embargo, ni el instrumento toca, ni la pluma escribe, ni el mercado produce, sino que en todos estos casos, el hombre es la *causa* de la música, de la escritura y del producto, siendo sólo el mercado, la pluma y el instrumento, *condicion* para que el efecto se produzca. La diferencia esencial en estos dos conceptos, es que en el un caso se da identidad de esencia entre los dos términos, esto es, entre la causa y el efecto, mientras que en el segundo, lejos de exigirse aquella, puede ser un principio ó un hecho de cierta naturaleza condicion para que se produzca un fenómeno de otra naturaleza completamente distinta. Por esto, viniendo al caso presente, entre el hígado y la bilis se dá la relacion de causa á efecto, porque entre ellos existe dicha identidad de ciencia, mientras que esta no se da entre el cerebro y el pensamiento.

Además, esa corelacion, que pretende ver constantemente y en todas partes el *positivismo ontológico*, entre el estado del cuerpo y la vida que referimos al espíritu, lejos de mostrarse con el carácter de necesidad ó de permanencia con que se nos presentaria, si ámbos términos estuvieran unidos por la relacion de causa á efecto, podemos observar que á veces se interrumpe y que encontramos verdadera contradiccion en vez de esa supuesta armonía. ¿Qué significa, si no, el que coincidan á veces la alegría espiritual y la pena corporal y al contrario? ¿Qué es el disimulo sino la prueba manifiesta de que existe en nosotros un principio que es capaz de alterar aquella armonía? ¿Qué explicacion tiene el martirio para la doctrina que estamos examinando, puesto que dentro de ella es imposible distinguir el que sacrifica y lo sacrificado? ¿Cómo darnos cuenta del revivir del espíritu de los niños y de los ancianos en la hora de la muerte, cuando vemos que, al mismo tiempo que el cuerpo débil y apenas desarrollado en los unos, debilitado y consumido en los otros, va á deshacerse y desmoronarse, el espíritu parece que recobra la frescura de la edad viril en los segundos y que muestra el desarrollo que no llegará á alcanzar en los primeros? ¿Cómo podriamos explicarnos que en el cuerpo débil y enfermizo del ilustre Kant habitara un espíritu tan poderoso como el suyo, y cómo que siendo iguales en génio Goethe y Schiller, mientras el uno encerrado en su habitacion y respirando los miasmas que exhalaban manzanas podridas producía sus magníficas creaciones, el otro necesitara para las suyas respirar en una atmós-

fera pura y el aire libre del campo? Todos estos hechos demuestran que cuando el mismo materialista pronuncia estas palabras: yo conozco mi cuerpo, no dice meramente una frase, sino que se las arranca la existencia real y verdadera de esta dualidad de sér que en nosotros se da y que él niega, pretendiendo destruir los poderosos argumentos con que le contradicen sus adversarios, hasta los relativos á la *conciencia* y á la *libertad*.

Para demostrar la dualidad de cuerpo y de espíritu se ha hecho notar que éste, á diferencia de aquél, tiene la propiedad de ser *conscio*, resultando de aquí la posibilidad de trazar entre uno y otro órden una línea divisoria, que el ilustre Jouffroy señaló con gran elocuencia y precision (1), mostrando como al paso que de los hechos del cuerpo no tenemos conciencia alguna, la tenemos de los del espíritu, pues que mientras yo sé que pienso y lo que pienso, que quiero y lo que quiero, ignoro cómo se verifica en mi estómago la digestion de los alimentos y cómo circula la sangre por mis venas. Y de tal suerte es esencial esta distincion, que no tenemos para conocer todo lo que á nuestro cuerpo se refiere otros medios que aquellos de que nos servimos para conocer los cuerpos extraños, siendo así que todos sabemos bien que conocemos directa é inmediatamente nuestros pensamientos y nuestras voliciones; dándose el caso de que muchos hombres terminan su vida en esta tierra sin saber apenas nada de lo que constituye su organismo corporal, y siendo de notar la singular circunstancia de que aquella parte de nuestro organismo que está en las lindes que confinan con la esfera del espíritu, y que segun los positivistas es la causa de los fenómenos que á aquel referimos, esto es, el sistema nervioso, es precisamente el que nos es mas extraño y desconocido.

¿Qué tiene que oponer á este argumento el positivismo? Lo que podemos llamar la teoría de lo *inconsciente*, que tan importante papel desempeña en algunos sistemas filosóficos novísimos. Dice que en la esfera del espíritu no se da siempre la *conciencia*, sino que, por el contrario, pasan para nosotros ignorados muchos hechos que son de la misma índole y naturaleza que aquellos otros á que la conciencia llega, y que, por tanto, léjos de ser una característica que diferencie el órden espiritual del corporal, es una condicion que

(1) Véase la *Exposicion histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos*, cap. VII, por D. Patricio de Azcárate, y el discurso leído por el mismo en la Sociedad Económica de Lion sobre *el materialismo y el positivismo moderno* en el año de 1870.

dentro de aquel se da unas veces y no se da otras, resultando por lo mismo que es esta una propiedad que se adquiere y que no puede servir de límite que separe una de otra esfera. El *positivismo ontológico*, al argüir de esta manera, olvida una diferencia importante, y es, que lo *inconsciente* respecto del cuerpo es esencial é imborrable, mientras que en el espíritu corresponde á un estado transitorio, que depende tan sólo del sugeto, y es por lo mismo posible convertirlo ó hacerlo *consciente*.

Ni el esfuerzo individual, ni el poder del hábito y de la herencia dan señales de que sea posible al hombre tener conciencia de los hechos que constituyen las funciones de su organismo corporal, mientras que no hay quien deje de reconocer que es *conscio* de todos los actos que se verifican en su espíritu; sin otra diferencia entre unos y otros que la mayor ó menor *reflexion* con que á ellos atiende. Es verdad que parece que á veces somos extraños á las operaciones de nuestro espíritu, como si estas se verificaran sin nuestra intervencion; pero no lo es ménos que desde el momento en que atendemos y reflexionamos, aquello que parecia inconsciente pierde este carácter. Por ejemplo, con frecuencia no tenemos conciencia de lo que vemos y de lo que oímos; pero sabemos bien que está siempre en nuestra mano el convertir el ver en mirar, y el oír en escuchar, así como que podemos regir los numerosos movimientos que de ordinario verificamos inconscientemente. Así, pues, este principio, este hecho de la *conciencia* es un límite infranqueable entre los dos órdenes que constituyen el dualismo que en nosotros se dá, puesto que siempre viene á resultar que sé que tengo un espíritu y *lo que él es*; que yo sé que tengo un cuerpo, pero no *lo que es él*.

Dado este punto de vista del *positivismo dogmático* respecto de la naturaleza humana, tenia que concluir necesariamente en la negacion de la libertad, en el *determinismo*, y esto por dos razones, una que alcanza tambien al *positivismo crítico*, otra que es propia del *ontológico*. En efecto, de una parte, como el único elemento que trasciende del fenómeno, segun los mantenedores de la primera de estas dos tendencias, es la *ley* que rige á aquellos, deducen de aquí que, siendo las leyes necesarias, se hace incompatible con ellas la libertad; y de otra, el naturalismo, afirmando la materia como única sustancia, claro es que ha de estender á la realidad toda el fatalismo que no alcanza al espíritu, segun opinion de los que, para afirmar la existencia de éste, se fundan principalmente en su condicion de *libre*, á diferencia del cuerpo sometido á distinta, ya que no contraria, ley.

Por esto, bajo el primer punto de vista, recuerdan con fre-

cuencia los positivistas una conocida frase del estadístico Quetelet, el cual decia: que con la misma regularidad con que el hombre paga tributo al Estado y á la Naturaleza, lo paga á las cárceles y á los presidios; con lo cual queria dar á entender, deduciéndolo de los datos reunidos por la estadística criminal, que necesaria y fatalmente salen cada año del seno de las sociedades cierto número de delincuentes. Y siguiendo por este camino, el malogrado historiador inglés Buckle afirmaba que de tal suerte estaban sometidos los hechos del hombre á estas leyes ineludibles, que la estadística de correos de Inglaterra acusaba en cada año un número de cartas que se habian puesto sin sello en los buzones, que guardaba una proporcion próximamente igual con el número total de ellas, es decir, que lo que parece en nosotros más arbitrario, la distraccion, estaba tambien sometido á ley. Toda la fuerza de este argumento se deriva de un hecho inexacto y de un concepto erróneo de la libertad.

Consiste aquel en afirmar una regularidad y una exactitud en la produccion de los actos del hombre que no existe, puesto que basta examinar las estadísticas criminales, por ejemplo, de distintos años, para observar cómo la delincuencia crece y mengua, cómo varía la naturaleza de los delitos, cómo se altera la relacion en este respecto entre una y otra provincia dentro de un pueblo, etc.; diferencias y variaciones que serian imposibles é inesplicables, si el hombre no fuera libre. Hojéese un anuario estadístico y saltará á la vista que al paso que en unos puntos se observa esa regularidad, como por ejemplo, en lo relativo á los datos climatológicos, en otros, tanto no existe, como que nos servimos de sus variaciones para venir en conocimiento del progreso ó del retroceso de la civilizacion de un pueblo.

Fúndase tambien esta objecion en un equivocado concepto de la *libertad*, porque se confunde esta con el *libre albedrío*. Cuando se estima que aquella consiste en escoger entre el bien y el mal, convirtiéndola así en una pura arbitrariedad, claro es que, implicando el concepto de ley algo de fijo y de permanente, parece que hay contradiccion entre uno y otro término. Pero si la libertad es, por el contrario, la propiedad que tenemos de regir nuestra vida, de ser dueños de nuestro destino, de ejercer imperio sobre nosotros mismos, no hay tal incompatibilidad, porque el hombre, obrando, como no puede ménos, segun leyes que se derivan de su propia naturaleza, es libre en cuanto dentro de ellas actúa y determina su vida por sí mismo. De otro modo, vendriamos á parar en que aquel que con más frecuencia llevara á cabo esa eleccion entre el bien y el mal, seria el más libre, cuando la

sana razon declara *esclavo* de las pasiones al que en tal caso se encuentra, al paso que estimamos que es más soberano de sí propio aquel que muestra en su vida una rectitud y una regularidad, que siendo en la apariencia análoga á la que impera en la Naturaleza, es en realidad producto de la libérrima accion del hombre.

Es tal la evidencia del principio de la *libertad* y con tal claridad la vé el hombre en su conciencia, que son pocos los que, arrastrados por una lógica inflexible, llegan á defender esta consecuencia manifiestamente errónea de su doctrina. Y cuando, desafiando á la sana razon, se pretende elevar á la categoría de un principio verdadero el *determinismo*, todos los argumentos de sus mantenedores enmudecen ante la voz de la libertad que todos oímos en la conciencia, y que parece puesta allí por Dios como dique en que se estrellan los dos grandes peligros en que puede caer la razon humana, el materialismo y el panteísmo.

Esta cuestion de la *libertad* tiene una gran trascendencia, porque ella suscita en el espíritu contradicciones que solo pueden tener solucion en la Metafísica. «Nada dentro del mundo, ni entre el mundo ni el hombre, si otra cosa no hubiera, puede explicar este hecho maravilloso: que sabiéndonos libres, nos sentimos en el punto y con la misma voz limitados, y, sin embargo, ni la libertad sea amenguada por la limitacion, ni ésta sea borrada, contrariada por la libertad. El mundo sólo no explica esta primitiva armonía de una contradiccion primitiva tambien; si por este sólo fuera, el individuo no seria libre; si por el individuo sólo fuera y otra cosa no hubiera, el mundo estaria á sus piés. Del mundo abajo sólo cabria la libertad sin límite, ó la servidumbre sin libertad. Si no hemos, pues, de hallar la contradiccion y el vacío en la esfera más alta del Espíritu, hemos de reconocer un principio y órden supremo de la vida, que funde igualmente nuestra libertad y nuestra limitacion; nuestra libertad, como semejantes; nuestra limitacion, como dependientes y causados por este fundamento. Bajo este principio y ley suprema, el lado receptivo de nuestro sér que al ojo vulgar parece pura negacion y contradiccion inconciliable con el espontáneo y activo, es reconocido como la limitacion infinita de nuestra libertad por la libertad divina, que la comprende de todos lados, la penetra por todos los modos, y, sin embargo, la deja entera é ilesa en su límite y análoga á sí misma.» (1)

A la negacion de este fundamento á la par de nuestra li-

(1) Sanz del Rio.—Discurso inaugural pronunciado en la Universidad de Madrid en 1857.

bertad y de nuestra limitacion llega el *positivismo ontológico* por otro camino, puesto que, no deteniéndole en el desarrollo de su doctrina las consideraciones de estos dos hechos, principios y propiedades, la *conciencia* y la *libertad*, tienen que concluir necesariamente en afirmar una sola sustancia, la *materia*, y desde este momento, claro es que, así como la dualidad de cuerpo y espíritu lleva consigo la afirmacion de un sér que sea razon y fundamento de ámbos y de su union, desconocida aquella, no es posible ni hay para qué admitir la existencia de cosa alguna que de la materia trascienda, puesto que declarada la unidad de sér en el hombre, casi todas las llamadas pruebas de Dios vienen al suelo. En efecto, si la consideracion del movimiento nos lleva á afirmar un motor inmóvil, ¿por qué no ha de ser este la Naturaleza? Si el principio de causalidad nos conduce á reconocer la existencia de una *causa causarum*, ¿por qué no ha de ser esta asimismo la Naturaleza? Si la induccion es la que nos ha de llevar, ascendiendo de grado en grado, hasta Dios, ¿por qué, puesto que es preciso pararse en algun punto, no hemos de detenernos tambien en la Naturaleza? Si cuanto el hombre produce de ordenado y bello en la vida es producto de su cuerpo, es secrecion de su cerebro, ¿por qué atribuir el órden y la belleza del universo á otro sér que á esa misma Naturaleza, en cuyo seno fué engendrado el cuerpo? Así que no es en verdad extraño que el *positivismo ontológico*, despues de afirmar la unidad de sustancia, atendiendo á la naturaleza é índole de los argumentos aducidos por ciertas escuelas para demostrar la existencia de Dios, haya venido á concluir en la negacion del Sér Supremo, en el *ateismo*.

Un malogrado pensador español (1) ha dicho que «el espíritu sereno y reflexivo ve que el nombre de Dios está escrito en todas partes, en los cielos y en la tierra, en el polvo y en el sol, en la cabeza de los filósofos, en la fantasía de los artistas, en la boca de sus sacerdotes, y especialmente en el fondo de la conciencia humana.» Sí, es verdad, en su conciencia encuentra el hombre este sér, por más que los preocupados no acierten á comprender que en el seno de un sér finito se albergue el que es infinito y absoluto. Confundiendo la *comprension* física con la espiritual, creen imposible esta relacion de presencia, que ellos estiman de continencia, porque olvidan que no llevamos á Dios en la conciencia al modo que los alimentos en el estómago, sino á la manera que llevamos la patria en el corazon.

Si atendemos á la conciencia, encontraremos en todas y

(1) D. Tomás Tapia.

cada una de sus esferas la presencia de Dios. En la referente al *conocimiento* hallamos, al lado de datos particulares, mudables, transitorios, que debemos á la observacion y á la experiencia, principios inmutables, universales y absolutos; al lado de elementos que pone la actividad de nuestra inteligencia, otros que se nos imponen y que son condicion necesaria para que tenga lugar el conocimiento; y hallamos tambien que en este vemos siempre un más allá; que los objetos y relaciones que conocemos son poca cosa al lado de la infinita realidad y de las infinitas relaciones que unen á los séres que la constituyen. Ahora bien: eso que ni muda ni cambia, que es siempre lo mismo y que con soberano imperio se nos impone; ese conjunto de ideas, de principios, de categorías, que penetra en todos los séres y no procede de ninguno, no puede tener su razon y fundamento, sino en un sér que siendo absolutamente infinito é infinitamente absoluto, sea fundamento y razon de todos ellos. Y de otro lado, si la realidad toda tiene la propiedad de ser cognoscible y en correspondencia con ella ha de darse un sér capaz de conocerla para que así tenga aquella la debida realizacion, no pudiendo el hombre ser este sér, puesto que no alcanza á conocer sino una pequeña parte de esa realidad y un corto número de las infinitas relaciones que unen á los séres que la constituyen, es evidente que ha de existir un sér infinito que reciba en sí la presencia de la infinita realidad.

De igual modo, atendiendo á nuestra conciencia, hallamos una série de *sentimientos* que nos unen á todo cuanto existe; pero encontramos que aquellos constituyen una série ascendente, desde los sensibles hasta los racionales, los unos pasajeros y transitorios, los otros particulares é incompletos; más por encima de todos ellos tenemos conciencia de uno que ni muda, ni cambia, ni recae sobre un objeto particular, sino que, por el contrario, se nos muestra permanente, siempre igual é infinito; de aquí que, mientras que los primeros aparecen y desaparecen, produciéndonos en el espíritu el gozo ó la pena, el último nos mantiene perpetua é íntimamente unidos á algo que ni es particular ni deja de estar siempre presente en el espíritu, para que el hombre pueda satisfacer la eterna necesidad de amar. Y de tal suerte se diferencia este sentimiento de lo absoluto de todos los demás, que, cuando, lejos de encontrar satisfaccion á esta necesidad en nuestras relaciones con los séres particulares, parece que todos se apartan y separan de nosotros; cuando la naturaleza, bajo el influjo de alguno de sus procesos, en lugar de atraernos, nos repele; cuando el amigo nos es desleal, la mujer que amamos nos engaña, la familia nos abandona y la sociedad es con

nosotros ingrata, parece como que cerramos los ojos para no ver todos estos desencantos, y volviendo sobre nosotros mismos, encontramos allá en el fondo de nuestro ser algo que ni nos falta, ni nos abandona, y al calor de lo cual, no sólo sentimos consuelo en el corazón, sino que á su contacto el alma se temple y vuelve al exterior dispuesta á entrar de nuevo en esta relacion de union con todos los seres y á pagarles con amor su ódio y su indiferencia.

En la esfera de la *voluntad* es igualmente fácil encontrar el Dios de la conciencia. Todo el que atienda á sí propio, hallará que, en el fondo de su espíritu, hay perpétuamente un diálogo interior de dos voces que son esencialmente distintas. La una nos aconseja la mentira, el ódio, el interés, la conveniencia; la otra, la verdad, el amor, el desinterés, el trabajo; la una es tan propia de cada cual, que, mientras yo no revelo por palabras ó por actos lo que ella me dice, todos lo ignoran; la otra, por el contrario, tan es verdad que dice lo mismo á todos los hombres, que en las relaciones de cada uno con los demás, lo damos siempre por supuesto; la una, á mi conjuero, él se irrita ó calla, se levanta, ó se apaga y muere; la otra, siempre igual y la misma, parece la voz del varon justo y fuerte que conserva la serenidad de espíritu en medio de las más graves circunstancias de la vida; la una nos aconseja que nos erijamos en centro del mundo y de la realidad, poniéndolos á nuestro servicio; la otra, por el contrario, que reconocamos el lugar subordinado que en aquella ocupamos, y que por lo mismo sacrifiquemos nuestro bien particular al cumplimiento del bien uno y todo, del destino universal de los seres. Voz aquella, que nos hace caer y pecar; voz, esta, que nos redime y nos levanta, que todo hombre lleva dentro de sí mismo junto al Adam pecador el Cristo redentor; voz, aquella, en fin, de un Mefistófeles que yo creo y que yo mato; voz, ésta, que es tan sólo eco de una que se hace sentir al mismo tiempo en todas las conciencias, como la accion de la luna se hace sentir á la vez en todos los puertos del Océano.

Hé aquí como encontramos, segun decíamos, en cada una de las esferas de la *conciencia*, en el conocimiento, en el sentimiento y en la voluntad, el Dios cuya existencia niega el *positivismo ontológico*. Y no es este el Dios de una secta ó de una escuela, sino el Dios de ántes, de ahora y de siempre: aquél que proclamaba hace treinta y tres siglos un Código de Oriente, cuando decia al hombre:—«mientras que tú dices: estoy sólo conmigo mismo, en tu corazón reside permanentemente este espíritu supremo, observador atento y silencioso del bien y el mal: este espíritu, que está en tu corazón,

es un juez severo que castiga inflexiblemente, es un Dios; este es el sér que hablaba en el interior del alma de Sócrates y que le condujo á proclamar su existencia en medio de aquella sociedad *politeista*; es el Dios, de cuya verdad depone lo que Tertuliano llamaba *testimonium animæ naturaliter christianæ*; es el Dios de nuestro ilustre Servet, para quien no era otra cosa el Espíritu Santo que el principio que habla en el corazón del hombre: es en el que pensaba Scheleimacher cuando afirmaba que el hombre lleva en sí mismo la conciencia de lo eterno y de lo infinito, constituyendo el fondo de su sér, y que, por tanto, lo que los detractores de la Religión desprecian es su propio santuario; este es el Dios, criterio de nuestros juicios, fuente de nuestros amores, norte de nuestra voluntad, piedra angular que no puede ser removida en nuestro espíritu sin que retiemble y venga abajo todo el edificio intelectual humano, de que hablaba en ocasión solemne Sanz del Rio; éste es, por último, el Dios que inspiró á Herder la que fué su divisa en vida y después inscripción de su sepulcro: *luz, amor, vida*: luz para la inteligencia, amor para el sentimiento, vida para la voluntad. Si alguna voz blasfema repitiera algún día la frase que oyó la Francia de 1848: *Dios, retírate*, podrán huir de la tierra dioses antropomórficos y los que son creación de la fantasía; pero continuará el hombre oyendo en su espíritu la voz, siempre viva, siempre igual, del Dios de la conciencia.

GUMERSINDO DE AZCÁRATE.



CORRESPONDENCIA DE PARÍS.

15 JUNIO DE 1876.

Justo es que empiece esta carta hablando á mis lectores de la cruel pérdida que acaban de experimentar las letras francesas. Mad. Georges Sand ha muerto la semana pasada en su finca de Nohant, situada en los alrededores de La Chatre, en el Berry. Es el suyo uno de los más ilustres nombres de este siglo. Y ¡cuántos nombres ilustres hemos visto desaparecer en muy pocos años! ¡Guizot, Quinet, Michelet, Remusat! Abandonánnos nuestras glorias una tras otra y no sabemos quién las reemplazará. Tres semanas han pasado desde que, reintegrado París por la justicia, pues se ha necesitado un pleito para conseguirlo, en posesion de los mortales restos de Michelet, pudo al cabo rendirle los fúnebres honores que bienpiadosamente ha celebrado la gran ciudad. Cien mil personas han acompañado al cementerio del padre Lachaise el cuerpo del gran historiador, y hé aquí que muy pronto viene á herirnos una nueva pérdida...

Mad. Georges Sand, que, tomando el nombre de su marido, de quien por otra parte estaba separada cincuenta años há, se llamaba Mad. Dudevant, y que llevaba cuando soltera el nombre de Aurora Dupin, nació en 1804. Tenia, por tanto, setenta y dos años. A pesar de ser su edad tan avanzada, parecia que ningun motivo existia verdaderamente para temer por su vida: tan robusta y animosa se habia conservado, y de tal modo seguia produciendo sin cesar nuevas obras. Hacíase sentir, sin duda, la edad en ocasiones; alargábanse demasiado sus últimas novelas; el pensamiento cedia bastante por intervalos, y sin embargo, apenas se veia en la nueva generacion un sólo nombre que pudiera compararse con el de la grande escritora. Todavía sabia trazar su pluma páginas de magnífico estilo en que se la volvía á encontrar íntegramente.

Cuarenta y cuatro años habian trascurrido desde que empezó á escribir. Dióse á conocer por vez primera en 1832 con el brillante éxito de *Indiana*, que siguieron muy cerca *Valentine*, *Jacques*, *Lelia Mauprat*. Puede decirse que desde entónces no se dió punto de reposo. Es preciso contar á centenares las obras que ha producido, y cuenta que nunca tuvo colaboradores en sus libros ni secretarios que la ayudaran. Puede decirse que la mitad de sus libros son obras maestras, y sólo las debe á su ingenio, á la prodigiosa imaginacion con que ha creado caractéres é inventado intrigas, cuya originalidad la pertenece exclusivamente. ¡Qué incomparable fecundidad! ¡Qué maravillosa organizacion!

El estilo era uno de sus dones más extraordinarios. Mucho temo que los extranjeros, áun haciéndola justicia, no puedan apreciar sin grandes dificultades este don. Habia en el estilo de Jorge Sand para los oidos franceses número y armonía sin pases. El período largo, que es tan difícil en nuestra lengua, lo manejaba sin cesar aquella escritora, sin que nunca resultara enfático ni lánguido en sus producciones. No era nunca afectado su lenguaje ni tirantes sus frases, pues siempre escogia la palabra más sencilla y al par más bella, con lo cual resultaba que nadie tuvo tan verdadera y natural elocuencia. Era en esto el contraste de casi todos sus contemporáneos, pues sin

exceptuar á los más ilustres dejaban entrever frecuentemente la lima. Diríase que escribía sin curarse del modo de hacerlo, y en efecto, era extraordinaria su facilidad. Su mérito mayor consistía en el horror que siempre le inspirara la afectación y el amaneramiento. Entregábase de lleno á la concepción de sus novelas y á las escenas que imaginaba, sin buscar jamás los efectos de detalle, que son en todo extremo opuestos al arte verdadero.

Casi constantemente retraída en su finca de Nohant vivía allí Mad. George Sand há treinta años próximamente la más serena y ordenada vida. Una gran parte del día trabajaba con sus manos en el jardín cultivando las flores, que adoraba. Dedicaba la tarde á recibir las visitas de sus vecinos y á conversar con amigos que acudían desde París para verla. Pocas veces aconteció que no tuviera alguno á su lado, pues era su casa la más hospitalaria que imaginarse puede. Era más dada á oír las conversaciones que á sostenerlas, pues si acreditaba buen sentido cuando se decidía á intervenir, faltábanle el penetrante ingenio y la viveza que constituyen el fondo de la conversacion francesa. Muy á menudo decía de sí propia: *soy tonta (Je suis une bete.)* Cuando la noche llegaba y se iban todos á descansar, volvía ella á su habitacion y casi siempre se pasaba escribiendo gran parte de la noche. Llenaba así cuartillas tras cuartillas de esa letra grande y regular, que daba á cada página el mismo contenido de líneas y á cada línea el mismo contenido de letras. Fácilmente se creería que una mujer tan propensa á pintar las tempestades de las pasiones era de nerviosa é inquieta organizacion; juicio completamente inexacto, pues distinguióse por las dos fuerzas que á todas se anteponen: la calma y la serenidad.

No fué ella tan sólo un gran génio literario, el génio femenino más grande que ha producido la Francia, aun contando á Mad. de Sevigné y á Mad. de Stael, tal vez el más grande tambien que ha visto la historia; era al mismo tiempo una mujer buena y dulce, buena en toda la extension de la palabra. No ha hecho daño voluntariamente á nadie, y ha hecho en cambio mucho bien. Defendía siempre á las personas que delante de ella atacaban, explicaba todas las acciones humanas por los más favorables motivos, y solo reconocía el mal cuando no podía hacer otra cosa. Caritativa con los pobres, accesible á los pequeños, será mucho tiempo para las gentes del país en que habitaba *la buena señora de Nohant*. ¡Dichosos y benditos los grandes ingénios que han sido al mismo tiempo grandes corazones!

Si Mad. Sand hubiera sido hombre, habria pertenecido desde há mucho tiempo á la Academia francesa, y es permitido creer que fuera excelente inspiracion de la Academia é inspiracion que la honrara haber ido á buscarla, sin curarse de averiguar si el reglamento habia previsto el caso de que una mujer figure entre los grandes escritores. No hay ciertamente en la actualidad cuatro escritores entre los cuarenta inmortales que pueden compararse con ella por su talento. Ni Mr. Dumas, cuya recepcion se verificó el otro dia, ni aun M. Jules Simon, que tomará posesion de su plaza la semana que viene, llegaron nunca á alcanzar la gloria literaria de Mad. George Sand. El nuevo académico Mr. Dumas, no es Alejandro Dumas, hijo, el novelista, es Mr. Dumas, químico ilustre, que está muy en su lugar como secretario perpétuo de la Academia de Ciencias, ó más bien del Instituto. El más importante título que tenia para pertenecer á la Academia francesa era su deseo de entrar en ella. A Mr. Dumas, que es el hombre oficial en todo su esplendor, y en quien concurren todas las condecoraciones y todos los títulos que puede tener un hombre, le habria faltado algo si no hubiera ingresado en la Academia francesa. No le han querido dar este disgusto sus nuevos compañeros, y han ido hasta darle un puesto ilustre que conmemorase á M. Guizot; pero siento decir que Mr. Dumas ha salido lastimosamente del paso.

Mr. Jules Simon pronunciará el jueves próximo el *Elogio* de Mr. de Remusat, á quien ha reemplazado. Las invitaciones para esta sesion son objeto de tal interés, que casi han llegado á ser imposibles de encontrar. Bastantemente conoceis, sin duda, el nombre de Mr. Jules Simon y la popularidad que adqui-

rió defendiendo durante el imperio la causa de la instrucción primaria obligatoria, y no os sorprenderá, por tanto, que muchos quieran oír su discurso de recepción. Se opina, por lo demás, que la política tendrá por fuerza alguna parte en esta sesión, y en Francia la política es siempre el mayor atractivo, principalmente allí donde no está en su sitio. Mr. Jules Simon, como Mr. de Remusat, á quien reemplaza, era individuo del gabinete de Mr. Thiers, y se espera que se tratará del 24 de Mayo, así para someterlo á juicio, como para defenderlo. Si me atengo á ciertas indiscreciones, esta expectación corre algún riesgo de equivocarse.

No solo recibe este mes la Academia á dos académicos, sino que ha nombrado otros dos. Sin duda sabeis que la ceremonia de la recepción sigue siempre á distancia de varios meses á la electoral. Hace falta tiempo para escribir y corregir los discursos, y las oraciones académicas son las que más tiempo necesitan. Los dos nuevos miembros son Mr. Gaston Boissier y Mr. Charles Blanc. Este último es hermano del ilustre historiador y orador republicano Luis Blanc, y ha consagrado su vida á la crítica de Bellas Artes. Ha publicado con Mr. Paul Mantz: *Vilas de pintores* de todas las escuelas que constituyen una de las más importantes publicaciones de estos tiempos. Ha publicado también una *Gramática de las artes del dibujo*, que es uno de los libros más estimados que tratan de los principios de la escultura, la pintura y la arquitectura. Era director de Bellas Artes en el ministerio de Mr. Jules Simon, y há tiempo que pertenece en calidad de miembro libre á la Academia de Bellas Artes, y es un crítico bastante delicado, aunque á mi ver demasiado sutil, en materia de arte. Era su adversario en la elección otro crítico de artes, que no es literato sino artista, el pintor Eugenio Fromentin, que se ocupa principalmente en asuntos africanos. Después de haber conquistado un nombre con su pincel, Mr. Fromentin ha querido ejercitarse también en el manejo de la pluma. Algunos años há que publicó dos tomos sobre el *Sahel algerien* y una novelita titulada *Dominique*. Ha querido escribir también un libro de crítica de arte, y en este intento hizo el verano pasado un viaje á Bélgica y Holanda consagrado á los museos, contándolo después á los lectores de *La Revue des Deux Mondes*. Ese trabajo obtuvo el éxito más lisongero en el pequeño círculo parisiense que forma las reputaciones. Preciso es confesar que el asunto no puede ser más interesante. Rubens, Van Dyck, Ruisdael, Rembrandt, nombres afortunados para cuantos tienen la suerte de hallarlos en su camino. Tenía Mr. Fromentin la gran ventaja de poder hablar de los pintores en el lenguaje de estos. Las apreciaciones son, por tanto, curiosísimas, aunque muy á menudo son también discutibles. Alentado por el éxito de su libro, Mr. Fromentin ha querido intentar el ingreso en la Academia, y poco le ha faltado para conseguir su objeto.

En cuanto á Mr. Gaston Boissier, puede decirse que no ha tenido competidor. Mr. Gaston Boissier es un profesor del Colegio de Francia y de la Escuela normal superior, que se ha ocupado particularmente en estudios sobre la literatura y la sociedad romanas. Es á la vez un erudito, un moralista, y sobre todo, un escritor. Sobresale en dar interés y vida á los estudios concernientes al pasado; su saber es de muy buena ley, pero es la suya una ciencia coqueta y elegante que se cura mucho de decir bien todo lo que dice y que detesta el aparato doctoral y la pedantería. El éxito de Mr. Boissier es uno de los más merecidos, pues son pocos los profesores que honran tanto á nuestra universidad.

Mr. Ernest Renan no pertenece á la Academia francesa. ¿Pertenecerá, acaso, algún día? Dudoso es el caso. No ha presentado nunca su candidatura y se contenta con ser miembro de la de Inscripciones y Bellas letras. Nadie estaría en la Academia francesa más en su lugar, pues nadie posee en más alto grado las cualidades que hacen á los grandes escritores, lo cual no impide que si Mr. Renan pretendiera su puesto, se vería implacablemente rechazado aún hoy en día. Y esto consiste, en que la Academia no se fija sola-

mente en el talento literario, atiende todavía más á las opiniones políticas y religiosas de los candidatos. Las opiniones políticas de Mr. Renan no le servirían de obstáculo, ciertamente, pues es lo ménos republicano posible; pero sus opiniones religiosas obrarían eficazmente contra él. Ha escrito la *Vida de Jesús* y no cree en la divinidad de Cristo. Pase que no se crea. Merimée era académico, él que ni siquiera creía en Dios; pero Merimée se callaba sus opiniones. En cambio, Mr. Renan dice en voz alta las suyas, las difunde y las sostiene. Ése es su imperdonable delito. ¿No es por ventura comprometer todo lo que constituye el orden social carecer de la hipocresía á falta de la fé y atreverse á afirmar lo que se cree verdadero aún cuando esta verdad no sea la oficial? Tal es el modo de pensar de muchas personas.

Pero tiene Mr. Renan á su favor algo que vale más que los testimonios que pudieran rendirle las corporaciones oficiales, y son los del público, pues sus obras son leídas y admiradas. Nunca produjo por ventura más asombroso libro que el tomo publicado el mes anterior y titulado *Diálogos filosóficos*. Paréceme, en efecto, que nunca dió más altas muestras de talento, que nunca manejó tan maravillosamente la lengua francesa. Es hoy en día Mr. Renan un maestro que posee con tal perfeccion su instrumento, que ni siquiera se ocupa ya en hacer admirar su destreza con rasgos de efecto. Me es dado hablar de su talento con tanta mayor confianza cuanto que respecto del fondo de esta obra debo confesaros que estoy muy léjos de aceptar todas las ideas que ha desarrollado el autor en esta ocasion.

Nos dice él mismo en el prólogo de su obra que los *Diálogos* fueron compuestos en Versalles en 1871 durante la *Commune*. Mientras se batían los ejércitos en derredor de las murallas de París, Mr. Renan daba forma en su cabeza, paseando en el jardin de Versalles, á la exposicion de sus ideas y tambien de sus ensueños filosóficos. Esto basta para daros á conocer la admirable serenidad del personaje. Mr. Renan hace constar, no sin cierta amargura, que sus compatriotas rehusaron conferirle un mandato político cuando lo solicitó, pero yo creo que obraron perfectamente en no llamar á la vida política á un hombre que en momentos críticos sabe desentenderse tan maravillosamente.

Para la exposicion á que nos referimos, ha adoptado Mr. Renan la forma de que tan maravilloso uso hizo Platon: la del *diálogo*.

Paréceme que despues de haber leído el libro de Mr. Renan admiro mucho más que ántes á Platon. Grande es el talento de Mr. Renan, pero no ha sabido dar á sus diálogos esa variedad de caracteres y de tonos que es en Platon tan asombrosa. A excepcion de uno sólo, los personajes de Mr. Renan no son más que comparsas; sólo toman la palabra para ayudar al principal personaje á completar su exposicion; no le hacen nunca objeciones que puedan ponerle en apuros; no discuten ni una sola vez con él seriamente. Cuán lejos está todo esto de los admirables modelos que nos ha dejado Platon en el *Gorgias* y en el *Fedon*. En realidad, Mr. Renan no se ha propuesto abordar los sistemas ni ha tenido otro fin que dar á conocer sus opiniones, y puede decirse que ha conseguido su objeto.

Los diálogos son tres, y se titulan: el primero, *La certidumbre*; el segundo, *Las probabilidades*, y *Los sueños* el tercero. La certidumbre de Mr. Renan está limitada á dos puntos: es el uno que nunca apreció lo sobrenatural ni influyó en la tierra, y es el otro que el mundo tiene un fin desconocido, al cual se encamina, debiendo contribuir nosotros á que adelante en su cumplimiento, sin que sepamos, despues de todo, si avanza hácia el bien ó hácia el mal. El primer punto es en cierto modo la negacion, y el segundo la afirmacion, ámbas en el pensamiento de Mr. Renan. Creo que bastará en lo sucesivo reproducir y citar su argumentacion contra la doctrina de la intervencion de lo sobrenatural en las cosas humanas, porque es una demostracion clara, precisa, abrumadora, que me parece definitiva. Mas á su tiempo se discutirá la otra cuestion que, á mi ver, pertenece al orden de la fé filosófica más bien que al de la ciencia.

Los diálogos segundo y tercero tratan de nuevo, extendiéndola más y más, al par que complicándola con las más aventuradas conjeturas, la idea de esa segunda parte, que pudiéramos llamar la religion de Mr. Renan. De pasada habla el autor de todas las cosas, y desarrolla largamente sus opiniones sobre el porvenir de la humanidad y la mejor organizacion social. Esto es lo que ciertamente, de todo lo que el libro contiene, aquello que más importancia ha de obtener en estos tiempos. Sabiamos ya, por muchas y repetidas declaraciones, que Mr. Renan no es demócrata. Ha escrito esta frase, que no ha vacilado en repetir: no es cosa averiguada que el papu sea un hombre. Mas su ódio al vulgo, su desprecio á los inferiores, su desden á los débiles no se habian afirmado nunca con tanta fuerza, con tanta franqueza ni con tanta serenidad. El *Humanum paucis vivit genus* del poeta es en absoluto divisa suya. Juzga que no es cosa muy interesante que se mejore en una sociedad la suerte del mayor número, ni en lo que concierne á los intereses materiales ni tocante á la parte moral. Lo que, en su juicio, importa á la organizacion social, es que una pequeña aristocracia de la inteligencia halle las mejores condiciones que darse puedan para pensar y deleitarse en las obras de arte y los placeres del espíritu. Un sólo individuo podria resumir toda la vida intelectual y sensible de la humanidad convirtiéndola á los demás en instrumentos de sus deseos y servidores de sus necesidades, sin que en esto viese mal alguno Mr. Renan. Este seria en verdad el Dios realizado y existente en la tierra.

Paréceme que si el sueño de Mr. Renan pudiera realizarse, él mismo correria graves riesgos de arrepentirse. Y tal vez no le seria dado decir como Jehová cuando creó el mundo: *y vió que era bueno*. En cuanto á mí, pienso que en materia de sueños es preferible el que produjera á la humanidad millares de años há, al de una edad más dichosa en que se sufra ménos, y la miseria no esté tan extendida y no sea tan ruda, en que puedan alcanzar los pobres con más facilidad el sustento, y los oprimidos más fácilmente justicia. Ni me es dado comprender la razon de que el dominio de la democracia debe impedir que, dotado el hombre de más altas facultades, pueda desarrollarlas convenientemente. Carece la filosofía de Mr. Renan, de las entrañas humanas que tenia la filosofía pagana de Ciceron y Séneca; y en verdad que no valia la pena de vivir tantos años en compañía de Jesús y los apóstoles, para no conseguir darse cuenta de la grandeza de la doctrina que enseñaban: el amor á los que padecen hambre y sed.

La librería Calman-Levy, que ha dado á la estampa los *Diálogos filosóficos* de Mr. Renan, acaba de publicar otra obra de muy distinto carácter: dos tomos de *Cartas de Mr. Xavier Doudan*.

Mr. Xavier Doudan, que murió cuatro años há proximamente, pertenecia á la generacion de 1830 como los Sainte Mare Girardin, los Sainte Beuve, los Remusat. Figuró en esa juventud liberal de la Restauracion que preparó la revolucion de Julio y que al dia siguiente del éxito que obtuvo mostróse tan estéril é indiferente para sacar algo más que buenas posiciones de la fundacion de la monarquía de los Orleans. Mr. Doudan habia sido amigo de muchos de los jóvenes que se conquistaron casi todos un nombre algo más tarde. Era apreciado por todos cuando jóven por la brillantez de su talento, lo penetrante de su juicio y la extenion de su saber. Dejó que se elevaran todos los otros á los honores y á una reputacion, mientras que fuera de un reducido círculo de amigos, permaneció desconocido para su siglo. Poco tiempo ántes de la revolucion de 1830 entró en la casa de Broglie para no salir de ella. Difícil es decir la situacion que en ella ocupó: preceptor, secretario, familiar, cliente, hombre de confianza, amigo, fué algo de todo eso y lo fué todo á la vez. No hay motivos por otra parte para sospechar que su amor propio padeciera alguna vez ni que se tratara de suscitarle mortificaciones. Posiciones así eran muy comunes entre los literatos del siglo XVII; pero en nuestros dias son raras, y no seré ciertamente quien deplora su desaparicion por amor á la dignidad de las letras.

Mr. Doudan era á un tiempo perezoso para escribir y muy severo con sus propias producciones, medios ámbos muy propios para llegar á la importancia. No hizo más que algunos artículos críticos diseminados en el *Journal des Debats*. Escribía, sin embargo, á sus amigos, á los individuos de la familia de Broglie, cuando estaban ausentes, cartas en que les repetía los incidentes de la vida de París ó del campo, y formulaba sus juicios de los libros que leía ó que habian leído las personas con quienes estaba en correspondencia. Era en cierto modo para algunas jóvenes un director literario é intelectual. Esas cartas son las que se han publicado recientemente. Son todas muy interesantes, están llenas de ingeniosas reflexiones, de observaciones sobre hombres y cosas; todo nuestro siglo está allí, desde 1830 hasta 1870, y desfila, por decirlo así, en esos dos tomos, al través del lente, algo estrecho en verdad, de la escuela del gusto literario y de la pequeña sociedad orleanista en política. Abundan en esas cartas ese buen gusto y el ingenio, aunque el buen gusto es un tanto ficticio á las veces, y el ingenio se muestra tambien en ocasiones con alguna afectacion.

Estos meses de Mayo y Junio, han sido, como habeis visto, más fecundos ahora que de ordinario en la estacion en que estamos. Tendria que mencionarnos aún, para ser completamente exacto, un número bastante considerable de obras publicadas en la librería Charpentier: la reimpression de un par de tomos de novelas de los hermanos Goucourt; uno de Teodoro de Banville, algo culterano (*precieus*), pero de docto y delicado estilo; las *Esquisses parisiennes*, y por último, otro de Mr. Gean Wallon, que no tiene nada que ver con nuestro ex ministro de Instrucción pública, sobre la mision y los sentimientos del clero francés en 1789 (*du clergé francais en 1789*). Todo lo que al clero se refiere, es particularmente en la actualidad de verdadera importancia. Es muy probable que en Francia, así como en Bélgica, Italia, España, Suiza, Alemania y en todas partes, absorban las luchas religiosas los últimos años del siglo XIX. La lucha está entablada entre el espíritu ultramontano y el espíritu láico de las sociedades modernas, y mientras vosotros discutís la cuestion de la tolerancia religiosa, estamos á nuestra vez muy próximos á discutir una ley sobre la enseñanza superior, cuyo sentido es idéntico. Nuestra ley, que tiende á reivindicar las prerogativas del Estado, gravemente comprometidas por la ley que votó el año pasado la mayoría clerical de la Asamblea Nacional, excita hoy las pasiones de todo el clero francés. Se hacen manifiestos, se firman peticiones, se pronuncian violentos discursos. Esperamos que el buen sentido y legítimo derecho que ha triunfado ya en la Cámara de los diputados, triunfará tambien en nuestra alta Cámara.

El teatro ha entrado en esa temporada de verano, que no es ciertamente la que se distingue por la novedad. *L'Odeon*, *Les Bouffes*, *La Opera Comica* y otros varios teatros están cerrados ya. El éxito de los *Dominos roses* continúa en el *Vaudeville*. En el *Teatro Francés* se ha representado con favorable acogida una nueva obra en un acto, del autor del *Passant*, Mr. Francois Coppée. La nueva obra á que nos referimos se titula *Le Luthier de Cremore*. Encuéntrense bonitos versos y algunos rasgos de grata poesía; pero el enredo es débil, por no decir nulo. Cada día temo más que Mr. Coppée no adquirirá nunca el sentimiento dramático. El acontecimiento teatral de la temporada ha sido la representacion de la ópera de Verdi, *Aida*, en el teatro Italiano. La obra ha estado muy bien cantada, y los jueces que más severos se muestran habitualmente con Verdi, no han podido negarle sus aplausos esta vez. Pero Madrid ha oido antes que París esta magnífica ópera y es ocioso decir en esta carta sus alabanzas.

CHARLES BIGOT.

Madrid, 30 de Junio de 1876.

Director y propietario: JOSÉ DEL PEROJO.

Madrid, 1876.—Imprenta de M. G. Hernandez,
San Miguel, 23, bajo.